

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

HISTORIA Y OLVIDO.
ENRIQUE JUAN PALACIOS MENDOZA (1881-1953)
Y LOS ESTUDIOS HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICOS EN MÉXICO

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRA EN FILOSOFÍA DE LA CIENCIA
PRESENTA

HAYDEÉ LÓPEZ HERNÁNDEZ

DIRECTOR: DR. CARLOS LÓPEZ BELTRÁN

ENERO DE 2006



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Léida desde demasiado cerca,
la imagen no es fácil de descifrar en el tapiz.*
J. Revel

INDICE GENERAL

agradecimientos	9
introducción	11
i. olvido	17
Construir una pequeña historia alternativa	19
En la historia, resaltan sin embargo, varios olvidos.....	28
La frontera de cientificidad	38
ii. vida.....	43
Los años de formación	45
Tenacidad y rigor positivo,.....	50
La participación en los festejos de la independencia del país.....	53
El interés por conocer el territorio mexicano	60
Otro espacio intelectual relevante	63
iii. historia	69
El énfasis en las bases analíticas,.....	72
El sentido de la narrativa histórica	89
Su retiro.....	98
conclusiones	101
bibliografía citada	105
archivos	113
siglas y abreviaturas utilizadas.....	115
anexo	117

Índice de cuadros y figuras

Cuadro 1. Nombramientos laborales de Enrique Juan Palacios Mendoza.....	119
Cuadro 2. Comisiones y licencias de trabajo arqueológico de Enrique Juan Palacios Mendoza	121
Bibliografía de Enrique Juan Palacios Mendoza.....	124
Figura 1. Enrique Juan Palacios Mendoza, ca. 1922.....	45
Figura 2. Piedra del Sol.....	69
Figura 3. Enrique Juan Palacios Mendoza, ca. 1940.....	99

agradecimientos

TODO TRABAJO DE INVESTIGACIÓN es una labor conjunta y éste no es, de ninguna manera, una excepción. Indagar en la figura de don Enrique Juan Palacios y armar este bosquejo fue una tarea que se hizo posible gracias al apoyo y ayuda de numerosas personas e instituciones, si bien, huelga mencionar, todo el contenido es de mi absoluta responsabilidad.

Quisiera agradecer, en primera instancia, a la Universidad Nacional Autónoma de México quien me recibió de nuevo en sus espacios para la realización de los estudios de posgrado, y al Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología por su apoyo económico en el transcurso de dichos estudios.

La elaboración de este proyecto de investigación, desde sus primeros bocetos, fue apoyada por el Dr. Carlos López Beltrán, tutor de este trabajo. La ayuda y entusiasmo del Dr. López en el transcurso de la investigación fueron fundamentales en cada una de sus etapas. Asimismo, las constantes discusiones con el Dr. Fernando López Aguilar abrieron numerosas preguntas e inquietudes a lo largo de esta investigación y me ayudaron a repensar el pasado y presente de la disciplina arqueológica.

Las cátedras brindadas por la Mtra. Gloria Villegas Moreno en la Facultad de Filosofía y Letras constituyeron un espacio fundamental de recreación para analizar y contextualizar este tema durante los años de la llamada posrevolución. Sus comentarios en la lectura de este escrito, así como los del Mtro. Rafael Guevara Fefer, constituyeron un aliento para repensar, desde la disciplina histórica y la de la historia de la ciencia, la problemática aquí esbozada. Y las pertinentes y agudas preguntas de la Dra. Laura

Cházaro, siempre tendientes a cuestionarse más, resultaron de gran ayuda en la redacción final del manuscrito y en la reconsideración de cada una de sus partes.

Asimismo, las acogedoras charlas, colmadas de remembranzas y sabiduría, del Dr. Carlos Navarrete fueron un estímulo para indagar más en la figura de don Enrique Palacios, este “auténtico personaje puro de la honrada arqueología mexicana”, como en alguna ocasión lo llamara.

Por otro lado, la consulta de los diversos materiales bibliográficos y de archivo utilizados durante la investigación resultó una tarea más sencilla y grata gracias a la ayuda del personal de la Biblioteca Nacional, de la Biblioteca Central-UNAM, de la Biblioteca “Samuel Ramos” de la Facultad de Filosofía y Letras- UNAM, de la Biblioteca “Dr. Eduardo García Maynez” del Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, del Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública, y al del Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México.

De manera especial quisiera agradecer al Dr. César Moheno, al Arqlgo. Ignacio García y a la Dra. Ruth Arboleyra por su espléndido apoyo para localizar y consultar los expedientes laborales de Enrique Palacios. La ayuda del Lic. Héctor Mendiola y el Lic. Enrique Durán Casas fue fundamental en la consulta de estos materiales en los acervos de Biblioteca del Museo Nacional de Antropología y el Archivo General de Expedientes de Personal de la Comisión Nacional de Recursos Humanos, ambas, dependencias del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Asimismo, el entusiasmo y las siempre amenas charlas de José Ramírez, jefe del Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH, así como sus inquietudes acerca de la vida de don Enrique Juan Palacios, fueron un verdadero aliciente para emprender esta investigación.

Del mismo modo, este trabajo debe en mucho a la espléndida ayuda del Lic. Rafael Ángeles, de la Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, por su amistosa atención y dedicación en la pesquisa del material bibliográfico escrito por don Enrique Juan Palacios. Sin su apoyo, sencillamente, este trabajo no hubiera podido realizarse.

introducción

UN VACÍO MOTIVA ESTE TRABAJO. El vacío histórico construido alrededor de un personaje y su mirada sobre el quehacer arqueológico durante la primera mitad del siglo pasado. Enrique Juan Palacios Mendoza (1881-1953) es una figura que no forma parte de las historias de la arqueología que conocemos, fue olvidado de ellas. Centrar la mirada en él no tiene la intención reivindicatoria de ensalzar su presencia o construir una hagiografía con su figura. Rastrear su historia nos permite observar una arista más de la arqueología. La intención es escapar de las generalidades de la historia conocida de esta disciplina y acercarse a una de las prácticas que conformaron el desarrollo de ésta la misma en México durante las primeras décadas del siglo pasado -la sustentada por Enrique Juan Palacios a lo largo de su trayectoria académica como arqueólogo. Se trata de una práctica que hoy pudiera ser observada como la confluencia de dos disciplinas: la historia y la arqueología. La biografía de Palacios, en este sentido, me servirá como hilo conductor para explorar y entender parte del complejo proceso que llevó al distanciamiento entre la arqueología y la historia. Se trata de un proceso enmarcado social, política y académicamente que, en estas páginas, será observado con los recursos de los estudios sociales de la ciencia.

No pretendo imponer etiquetas en los campos disciplinares -hoy reconocidos- de la historia y la arqueología. Por el contrario, mi interés es comprender una parte del proceso de construcción de la arqueología en los espacios “borrosos” que imperan durante las primeras décadas de la construcción del estado revolucionario.

Enrique Juan Palacios se formó profesionalmente en el ámbito de la educación en los años porfirianos, durante la construcción de aquellos “artilugios” -señalados por Tenorio Trillo- de la modernidad nacional, y fue parte de la “generación revoluciona-

ria” reconocida por González y González.¹ A la vez, perteneció a la primera generación posrevolucionaria que se dedicó de manera exclusiva a los trabajos arqueológicos subsidiados por el Estado y, por tanto, fue uno de los “magos de la nación revolucionaria”, siguiendo la metáfora de Tenorio Trillo. Como tal, su obra en el Museo Nacional, la Dirección de Arqueología, el Departamento de Monumentos Arqueológicos y en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, fue parte fundamental de las propuestas que conformaron la disciplina arqueológica en la primera mitad del siglo XX. Algunos de sus contemporáneos, como Miguel Othón de Mendizábal y Roque Ceballos Novelo, siguieron por ese camino. Otros en cambio, generaron las propuestas que tendrían mayor éxito en las décadas siguientes, basadas en las tipologías cerámicas y arquitectónicas, así como en el indigenismo.

La figura de don Palacios, poco recordada por la comunidad arqueológica actual, es fundamental en la conformación de la temática que pretendo resaltar. Pese a su ingreso tardío en la naciente comunidad académica –tenía alrededor de 40 años–, fue un profuso escritor y trabajador de campo y gabinete. Desde una mirada presentista, parecería que atendió diversas especializaciones de la arqueología, sobre todo lo concerniente a los estudios iconográficos. O bien, que su trabajo estaba fuera de los principales intereses de la academia. He de confesar que yo misma, al inicio de esta investigación, lo veía como un personaje erudito pero ensimismado en elucubraciones carentes de interés para sus contemporáneos y para la práctica arqueológica misma. Su marginalidad se diluyó, sin embargo, al acercarme a su obra y vida.

Mi propósito en este trabajo fue, entonces, observarlo en su propio contexto, en el que la disciplina no atendía a subdivisiones precisas, y los límites temáticos y metodológicos contemporáneos no existían. Desde esta mirada menos anacrónica, Palacios se acerca más a la imagen del estudioso decimonómico que al especialista en glifos. Su atención hacia los jeroglifos va de la mano con su interés por la etnografía de los pueblos en los que se hallan los restos arqueológicos, las fuentes del siglo XVI, y la cosmogonía de las culturas que estudia. Su trabajo y propuesta no atienden a las espe-

¹Tenorio Trillo, 1998; González y González, 1997.

cializaciones que hoy reconocemos sino que encuentran su arraigo y punto de origen en los estudios históricos del siglo XIX.

Así, esta es la narrativa de una propuesta que no cuajó, de una “no historia”, que ha dejado algunos rastros en la obra de algunos estudiosos de los cuales Palacios formó parte. No obstante, me parece que la ausencia –la interrupción de un proyecto– puede esclarecer los procesos de gestación de la arqueología y su distanciamiento de la historia.

Subyacen a este trabajo preguntas generales que, aún cuando no fueron abordadas de manera directa, guiaron toda la investigación. Una de ellas es la concerniente a la gestación de la narrativa histórica nacional, del panteón cívico, de los símbolos y emblemas de la nación posrevolucionaria que se deslinda paulatinamente de su pasado inmediato –el Porfiriato–, así como el proceso de distanciamiento del conocimiento arqueológico del histórico, y al surgimiento del indio vivo y muerto y cómo éstos se instauraron como parámetros temporales e íconos míticos para la nación. Otra pregunta que estuvo presente se relaciona, por un lado, con el papel de las instituciones, de los proyectos y ejes de acción dentro de los programas gubernamentales de educación e integración nacional y, por el otro, con la participación de las comunidades científicas y sus relaciones de poder en la toma de decisiones metodológicas de la disciplina. Finalmente me pregunté por la aportación individual de los actores, por su capacidad y límites de acción ante sus proyectos académicos, en relación a su papel en las redes académicas y políticas del momento.

Para contextualizar tales problemáticas utilicé fuentes secundarias especializadas en historia política, antropología y educación. Acercarme a la vida de don Enrique Palacios, por el contrario, fue una tarea por demás compleja. No me fue posible localizar su archivo personal. Alcancé a bosquejar gran parte de su vida académica gracias a los documentos laborales resguardados en el Archivo de Concentración y el Archivo Técnico de Arqueología, ambos del Instituto de Antropología e Historia (ATA-INAH y AC-INAH), en el Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (AHUNAM), y en el Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública (AHSEP).

No obstante, la trayectoria de don Enrique Palacios en diferentes dependencias – como lo atestiguan tales documentos de archivo- sólo constituyó el marco general para ubicar al personaje. Fueron sus obras escritas (publicaciones y reportes de exploración) las principales fuentes que me guiaron a lo largo de su vida. De tal suerte, son éstas las que constituyen la columna vertebral de esta investigación.

Esta tesina, como primer paso de una investigación mayor y posterior, está dividida en tres apartados. El primero de ellos, a manera de preámbulo, plantea el olvido generado alrededor de la figura de Enrique Palacios desde las historias de la arqueología vigentes. Sostengo que este olvido no es fortuito: está revestido de significados. Palacios no fue incluido en estas historias porque su postura teórica resultó inasimilable en los cánones de científicidad que se instauraron en algún momento y que hicieron suyos los historiadores de la arqueología de la segunda mitad del siglo XX.

En el apartado siguiente hago un esbozo de la vida de Enrique Juan Palacios que intento proyectar como una posible contra-historia del olvido señalado. Así, relato brevemente su inserción en los espacios académicos de las primeras décadas del siglo XX y reseño algunos de sus iniciales trabajos en el ámbito de la literatura y la educación.

Finalmente, en el tercer apartado, muestro su inserción en el ámbito arqueológico. Asimismo abordo su postura teórica frente a la historia -como pasado, como narrativa y como profesión- y, por tanto, a la arqueología, como disciplina científica, con base en algunos de sus trabajos que, en su tiempo, fueron parte de los principales debates de la época.

Estos apartados se acompañan de un anexo que resume brevemente las principales actividades laborales (arqueológicas y educativas) de don Enrique, así como sus exploraciones arqueológicas. Finalmente, tomando como base la bibliografía publicada, a raíz de su muerte, por Lauro José Zavala en 1953, agregué algunos títulos de su extensa obra.²

En todo esto apenas si he conseguido hacer un primer boceto de la vida de don Enrique Juan Palacios. He dejado pendientes aspectos fundamentales al respecto que

² En Palacios, 1981:sin número de página.

tan sólo me he permitido señalar, como por ejemplo, su participación en las polémicas en torno a la cultura olmeca y la identificación de la ciudad de Tula referida en las fuentes coloniales. El desarrollo puntual de tales temáticas pudiera esclarecer también el “olvido” construido alrededor de Enrique Palacios. No obstante, su análisis será parte de una investigación posterior.

i. olvido

“¿QUÉ SERÍA DE LA HISTORIA o de las memorias colectivas sin la complicidad del olvido?”, se pregunta Tenorio Trillo en *El urbanista*. Él mismo responde que, sin el olvido, “contaríamos sin duda con más evidencias, más datos y nombres, pero no tendríamos historias colectivas. Seríamos entes, naciones, regiones, mundos cargados de memoria sin pasado”.³

Es cierto que, en un primer acercamiento, el olvido se concibe como un defecto de fiabilidad de la memoria. El olvido es, percibido así, un espacio vacío, incompleto o defectuoso. La memoria se convierte entonces en el remedio para completar la huella del pasado en el presente, como una eterna lucha en contra del olvido. Pero sólo en este sentido, la memoria se define como la contraparte del olvido, generando una oposición engañosa. Tampoco confiamos en la memoria absoluta, completa. La construcción de la memoria necesita de la colaboración del olvido. Al igual que Funes el Memorioso, sin el olvido, no seríamos capaces de tener un solo recuerdo pese a recordarlo todo. Como afirma Ricoeur:

[...] nuestro conocido deber de memoria se enuncia como exhortación a no olvidar. Pero, al mismo tiempo, y con el mismo impulso espontáneo, desechamos el espectro de una memoria que no olvide nada; incluso la consideramos monstruosa. [...] ¿Habría pues, una medida en el uso de la memoria humana, un “nada en exceso” según la fórmula de la sabiduría antigua? ¿No sería, pues el olvido, en todos los aspectos, el enemigo de la memoria? ¿Y no su equilibrio con él? [...]⁴

El olvido, a la vez que evade el recuerdo, hace posible el constante viaje del pasado al presente. Asimismo, es una frontera borrosa y una paradoja que sugiere que son

³ Tenorio, 2004:35, 37.

⁴ Ricoeur, 2004:532.

los espacios vacíos dejados por el olvido, los que permiten hilar los recuerdos en la historia.⁵

Desde la memoria personal hasta la de recreación colectiva, sea escrita u oral, profesional o personal, la construcción de las historias requiere y usa (a veces abusa) del olvido. Esta mezcla inevitable y necesaria de memoria y olvido manifiesta el acto selectivo del proceso de rememoración desde el presente. La historia -como ese pasado recordado desde un presente cualesquiera- es necesariamente selectiva. Es en este sentido que los olvidos, lejos de ser espacios sin significado ni intencionalidad, subyacen a las historias narradas, revelando las elecciones –consientes o inconscientes- del narrador, su presente y miradas.

El binomio olvido-memoria es el que limita la posibilidad de una narrativa completa abriendo, a la vez, la posibilidad de creación de multiplicidad de historias. Siempre es posible colocarse en una posición externa a la de una narrativa cualquiera, ineludiblemente diferente en tiempo y espacio a la del narrador, desde donde sea posible observar la perspectiva de aquél y los claroscuros de elecciones que no pudo –o quiso- observar. Desde esta nueva posición espacial, cronológica e incluso, personal, seríamos capaces de narrar una historia diferente, a su vez, tramada con elecciones y exclusiones propias. ¿Qué sentido tendría centrar la mirada en un lugar diferente al del historiador dado si no es posible escapar de la amenaza del olvido? Además de ser de algún modo inevitable, este desplazamiento abriría la posibilidad de creación de narrativas alternas que, al igual que las que sirvieron de base para mirar hacia el pasado, iluminarían puntos antes oscuros e, inevitablemente, colocarían en la penumbra a otros antes iluminados, bajo la luz de la subjetividad del nuevo observador. La ventaja de esta nueva mirada radicaría en la pretensión de aportar una pieza más en el cuadro del pasado que, lejos de desenmascararlo, debele un poco más su complejidad.

⁵ Idem, p. 546-7.

Construir una pequeña historia alternativa

a la historia de la arqueología mexicana es el reto en lo que sigue. El rodeo que he dado por los olvidos y la memoria ha tenido el objetivo de enmarcar un problema particular en la historia de la arqueología en México. Para sustentar históricamente su nacimiento como disciplina científica se han escrito narrativas generales -hoy canónicas- con base en diferentes olvidos, aparentemente inocuos e imparciales. No obstante, estas reconstrucciones del pasado de la arqueología mexicana y las elecciones que los apuntalan están cargadas de significados implícitos y explícitos y, ocultan, al mismo tiempo tanto a actores como a historias alternativas.

Evidentemente el camino trazado por estas historias ha variado en el tiempo y sería posible rastrearlo desde el siglo XIX. No obstante, me interesa resaltar aquí las narrativas recientes, las del siglo pasado, pues es a partir de este siglo cuando la arqueología se institucionalizó y profesionalizó como saber especializado e institucionalizado.⁶

En un primer acercamiento historiográfico parecería que la arqueología, a diferencia de otras disciplinas, estuvo rezagada en la construcción de su propia historia, y que inauguró este ejercicio en 1979 con el trabajo de Ignacio Bernal, *La historia de la arqueología en México*.⁷ No obstante, los primeros arqueólogos que se reconocieron como tales a principios del siglo XX escribieron sus propias historias que eran las de una disciplina que estaba en construcción. Como preámbulo a sus investigaciones o como recuentos históricos explícitos, las narrativas escritas por estos personajes se preguntan por los métodos más adecuados para recuperar el pasado, por el cómo preservar su materialidad y para qué, y por las metodologías que debían regir su escritura. De esta forma, por ejemplo, Ramón Mena Issassi (1874-1957), Lepoldo Batres Huerta (1852-

⁶ Parto del postulado de Luhmann (1996) sobre la construcción de las disciplinas científicas como sistemas autopoieticos.

⁷ Son pocos los autores que han hecho recuentos sistemáticos sobre el particular. Excepciones notables las constituyen los trabajos de Gándara (1996) y Vázquez (2003). No obstante, ninguno de estos autores se enfoca a las primeras décadas del siglo XX.

1926), Ignacio Marquina Barredo (1888-1981) y Enrique Juan Palacios (1881-1953) narraron el surgimiento y desarrollo de la arqueología en México.⁸

Estas historias fueron sustituidas por las hechas por los miembros de la siguiente generación, la de los alumnos de aquellos primeros arqueólogos. Entre éstas se encuentran, por ejemplo, las escritas por Ignacio Bernal y García Pimentel (1910-1992) – ya referida-, Juan Comas Camp (1900-1979) y José Lameiras Olvera (1938-2003). Los autores de antaño se convirtieron en los actores de las nuevas narrativas y sus polémicas, a su vez, se transfiguraron, ocultaron o resaltaron, ante las reconstrucciones de esta siguiente generación colocada ya en la segunda mitad del siglo XX.⁹ Algunos de los primeros arqueólogos se salvaron de la ráfaga del olvido y, de entre ellos, unos pocos fueron convertidos en padres fundadores, como por ejemplo Manuel Gamio Martínez (1883-1960) y Alfonso Caso Andrade (1896-1970). Pero hubo quienes, como Enrique Juan Palacios, no alcanzaron un lugar en el pedestal de la memoria.

Se puede considerar que la escritura general y sistemática de las historias hechas por la generación de estos primeros discípulos, tras la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), arrancó con la obra de Ignacio Bernal -referida arriba. Este trabajo inauguró las reflexiones y construcciones sobre la historia de la arqueología en el país en la segunda mitad del siglo XX.¹⁰

La obra de Bernal debe ubicarse en el contexto de la polémica en torno a la verdad científica desatada a raíz de las críticas del neopositivismo y del historicismo, sobre

⁸ Cf. entre otros, Marquina, en Gamio, 1979[1922], vol. 2:108; Palacios, 1929; Batres, en Gallegos (coord.), 1997:319; Mena, Ramón, "Las exploraciones arqueológicas en México", ms. 40 pags. en AHSEP, 4.11 Departamento de Antropología, fólder 1, 1922.

⁹ Bernal (1992), Comas (1956) y Lameiras (1979).

¹⁰ Como señala Fernando López Aguilar (comunicación personal, 14 de octubre de 2005), es cierto que antes de la historia escrita por Bernal se realizaron algunas otras, como por ejemplo, la que hizo Eusebio Dávalos Hurtado para conmemorar los 25 años de la Escuela Nacional de Antropología e Historia o la elaborada por Juan Comas en 1956, arriba citada. No obstante, me parece que el libro de Ignacio Bernal puede considerarse como piedra angular de este ejercicio en la segunda mitad del siglo debido a la profundidad y extensión de la obra, así como al posterior impacto que tuvo en la memoria colectiva del gremio antropológico en general.

todo en los países anglosajones.¹¹ El cuestionamiento sobre nociones tales como objetividad, subjetividad, relativismo, verdad, ciencia, etc., resonaron en el ambiente de las humanidades, las cuales comenzaron a discutir y revalorizar su propia cientificidad a partir de los valores nacidos en el seno de las ciencias naturales.

Si bien desde el siglo XIX se había planteado el problema de la cientificidad de la arqueología y desde los años veinte del siglo pasado existieron fuertes críticas a la objetividad de los métodos arqueológicos, es hasta después de los años sesenta cuando, al parecer, se vuelven insoslayables las preguntas sobre la neutralidad de las observaciones y la supuesta objetividad de los informes y datos arqueológicos, ahora como parte de las inquietudes y reflexiones en torno a la ciencia en general.¹²

Las críticas en este último sentido tomaron al menos dos rumbos que, en parte, se entrecruzaron. Por un lado, tales posturas se convirtieron en estandartes para la creación de nuevas corrientes teóricas. Es el caso de la llamada *new archaeology*, del estructuralismo y de la arqueología simbólica, entre otras. Partiendo de la premisa de que el pasado es cognoscible, desde estas posturas la discusión se centró en el cómo y para qué debe conocerse. Entraron en escena las polémicas en torno a la existencia de las regularidades en la historia, a la posibilidad de establecer leyes sociales equiparables a las del mundo natural, y al rigor lógico y metodológico de las investigaciones. En casi todos estos casos se insistió en la necesidad de la objetividad científica y del establecimiento del conocimiento universal.¹³

La construcción de la historia de la arqueología se vinculó también al problema de la objetividad y la cientificidad disciplinar. Brindar la fecha de nacimiento de la arqueología como ciencia y crear su genealogía debía fundamentar históricamente los principios metodológicos y teóricos de la disciplina. Con ello se establecía, de otra ma-

¹¹ Me refiero en particular a los trabajos de Karl Popper, Thomas Kuhn y Paul Feyerabend, entre otros. No por ello descarto las pertinentes observaciones de López Piñero (1992) sobre la presencia previa de estas discusiones en la tradición romántica en Europa.

¹² La precisión (tempo-cultural) del método estratigráfico fue cuestionada desde su misma introducción en los ámbitos arqueológicos. Los textos de Palacios ("La gran ciudad sagrada de Teotihuacán", en Betancourt y Sodi, 1923: sin número de páginas) y Cowgill (1977) resultan ejemplos notables al respecto.

¹³ Un análisis interesante al respecto de las polémicas de la *new archaeology* en López Aguilar, 2003.

nera, un límite (esta vez temporal) entre lo científico y lo no científico y, a la vez, se imponía el único camino válido y posible para su desarrollo futuro.

Para Pierre Bourdieu las historias fundacionales, observadas como construcciones del imaginario colectivo de la comunidad científica, son el fundamento de la *doxa* en la disputa del juego de intereses que es la ciencia.

La lucha en la cual cada uno de los agentes debe comprometerse para imponer el valor de sus productos y su propia autoridad de productor legítimo, tiene, de hecho, siempre en juego el poder de imponer la definición de ciencia (i. e. la delimitación del campo de los problemas, de los métodos y de las teorías que pueden ser consideradas como científicas) más conforme a sus intereses específicos, es decir la más adecuada para permitirle ocupar con total legitimidad la posición dominante, asegurando la posición más alta, en la jerarquía de los valores científicos, a las capacidades científicas de las cuales es el detentador a título personal o institucional (por ejemplo, como detentador de una especie determinada de capital cultural, como antiguo alumno de una institución de enseñanza particular, como miembro de una institución científica determinada, etc.).¹⁴

La historia de la arqueología en México de Ignacio Bernal, tiene claramente esos rasgos. Esta obra pretende ubicar cronológica y contextualmente el nacimiento de la ciencia arqueológica y normar, a la vez, las formas válidas del ejercicio disciplinar.¹⁵

Bernal escribió su historia en la cima de su carrera. En 1979 tenía 69 años y 37 en la práctica arqueológica. Tras hacer estudios de leyes en la Escuela Libre de Derecho, ingresó a la Escuela de Antropología a los 32 años de edad, posiblemente por invitación de Alfonso Caso, quien a partir de entonces se convirtió en su mentor.¹⁶ Ya como profesional, Bernal también ocupó altos cargos en el INAH. Entre 1962 y 1964 dirigió el Proyecto Teotihuacán; ocupó la dirección del Museo Nacional de Antropología (MNA) desde su creación (1962) y hasta 1968; y la del INAH en dos periodos, entre 1968 y 1970 y de 1970 a 1975. De hecho, al presentar su libro sobre historia de la arqueología, Bernal era director del Instituto que, para ese momento cumplía ya 30 años de haber sido fundado, y la profesionalización de la disciplina era un hecho desde hacía varios lustros.

Dedicó su historia a Alfonso Caso. La obra consta de 208 páginas y 103 láminas. Está conformada por siete capítulos que narran desde las primeras “opiniones” sobre la

¹⁴ Bourdieu, 2000:81-2.

¹⁵ Bernal, 1992.

¹⁶ Castro-Leal, 1988.

cuestión del hombre americano, transitan por las aportaciones de los ilustrados, viajeros y positivistas, para culminar con “el triunfo de los tepalcates”, es decir, el propio tiempo del autor. Por medio de este desarrollo, la historia delinea el devenir de la arqueología desde sus antecedentes más remotos y hasta su nacimiento como ciencia.

Dice Bernal en el prólogo:

Mientras el anticuario de antes trabajó más bien en la tradición bíblica, el arqueólogo de hoy lo hace sobre todo en el mundo de la evolución.

Si nos atenemos a la etimología de arqueología –“el conocimiento de lo antiguo”- incluiríamos toda la historia. Pero ni los griegos lo consideraron así [...] La arqueología empieza con el anticuario como lo consideramos hoy, o sea el prearqueólogo, que busca los objetos más bien por su belleza o como curiosos y extraños sobrevivientes del pasado. En ocasiones tiene finalidades políticas, religiosas o simplemente comerciales. Se puede decir que *anticuario es el arqueólogo antes de la utilización del método estratigráfico*, la idea de establecer periodos de tiempo y de considerar objetos como parte de una cultura pasada, siendo ella y no las cosas el sujeto de investigación.¹⁷

Bernal consideraba que la historia de la arqueología inició en la segunda década del siglo XX. En particular, con el inicio de las actividades de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnologías Americanas (EIAEA) en México y debido a la introducción del método estratigráfico. Esta Escuela fue la primera en el país en utilizar la estratigrafía para la identificación cronológica y cultural de los restos cerámicos contenidos en los estratos, lo que para Bernal, no sólo modificó la técnica empleada en las exploraciones (al considerar la sucesión física de los estratos y su contenido cultural), sino que transformaba el estatus de los resultados obtenidos al validar la objetividad del dato.¹⁸

Para Bernal, el problema crucial de estos años era la ubicación cronológica de los restos arqueológicos. Los estudiosos decimonónicos, si bien habían intentado resolverlo, no habían conseguido resultados precisos, sobre todo para las culturas que no eran mencionadas en las fuentes coloniales. Como resultado, los objetos de las colecciones arqueológicas no podían ser fechados y no era posible establecer una secuencia temporal y, por tanto, histórica, de las culturas prehispánicas.

¹⁷ Bernal, 1992:7-8. Cursivas mías.

¹⁸ Bernal, 1992:155-6.

Para Bernal, fue Franz Boas (1858-1942), primer director de la Escuela Internacional, quien inició las exploraciones estratigráficas y, a partir de ello, realizó la primera secuencia cerámica para la Cuenca de México. En el trabajo de campo lo acompañaron Jorge Engerrand (1877-1961) como profesor de la Escuela, y los estudiantes Isabel Ramírez Castañeda (1881-1943) y Manuel Gamio Martínez. Por medio de la metodología estratigráfica, fue posible establecer una secuencia temporal relativa de los objetos contenidos en cada estrato del subsuelo y, por tanto, datar relativamente cada una de las culturas.

Me parece, sin embargo, que en este episodio Bernal mezcla dos procesos diferentes. Por un lado se encuentra la excavación estratigráfica (por estratos naturales o culturales), que ya había sido practicada previamente por algunos investigadores mexicanos. Por el otro, el análisis de la cerámica resultante de la exploración y su agrupación en tipos culturales, metodología que sí fue introducido por Franz Boas. Cabe aclarar, además, que, a lo largo del texto, Bernal no considera los cambios conceptuales que involucra la práctica estratigráfica a lo largo del siglo XX. De esta forma la estratigrafía aparece como técnica inmutable a lo largo del tiempo y carente de cualquier valoración epistémica.¹⁹

Al poco tiempo de haber finalizado los trabajos de la EIAIA en 1917, Gamio fundó la Dirección de Antropología (DA) e inició las exploraciones de la zona arqueológica de Teotihuacán basándose en los estudios estratigráficos y apropiándose del prestigio de la Escuela Internacional. Es en este sentido que, para Bernal, la calidad científica sustentada en el método estratigráfico fue incorporada al contexto mexicano gracias al genio de Franz Boas, a la postre reconocido como el “padre de la antropología americana”, y al de su discípulo directo, Manuel Gamio. El trabajo de éste último fue el que transformó –según esta crónica- los primeros ensayos realizados por la Escuela Internacional en toda una tradición epistémica en México, al instaurar la estratigrafía como

¹⁹ Chavero, 1981[1889]; Batres, en Gallegos (coord.), 1997:284. Sobre este punto he ahondado más en López Hernández, “Nación y ciencia. Reflexiones en torno a las historias de la arqueología mexicana durante la posrevolución”, ms, en prensa.

metodología básica en los trabajos arqueológicos realizados por la mencionada Dirección.

No obstante, Bernal omite señalar que los trabajos de la DA no fueron exclusivamente estratigráficos. Si bien esta metodología se aplicó en diversos lugares explorados por la Dirección, constituyó sólo una parte de los estudios realizados en cada área (mismos que no fueron considerados por Bernal en su narración) para atender las preguntas sobre cronología y secuencias culturales. La estratigrafía realizada en el Valle de Teotihuacan, por ejemplo, tenía el objetivo de confirmar la secuencia propuesta por Boas para la Cuenca de México y realizar una separación precisa entre los tipos cerámicos propuestos por aquél, pero se acompañó de análisis de fuentes, iconográficos y arquitectónicos. Estos últimos estudios, propuestos por mexicanos, cabe señalar, sí fueron una novedad en el ambiente nacional.

Bernal, en su historia, acepta que la arqueología ya estaba institucionalizada como práctica avalada por el Estado desde el siglo XIX, cuando el inspector de monumentos, Leopoldo Batres, consiguió financiamiento del gobierno porfiriano para la investigación arqueológica de campo en Teotihuacan. No obstante, considera que fue hasta que Gamio creó la Dirección de Antropología que se logró establecer en México, por vez primera, un organismo oficial dedicado a estos estudios de manera científica. Con ello, Bernal liga la institucionalización con la ciencia en un binomio indisoluble, y define a las instituciones del siglo XIX (Museo Nacional e Inspección de Monumentos) como precientíficas. Por el contrario, la verdadera institucionalización –científica– es inaugurada por Gamio en la DA. Considera que esta última dependencia se transforma en el Departamento de Monumentos Prehispánicos en 1934 y, finalmente, junto con otras instituciones, en el INAH. Por medio de esta genealogía de dependencias, el autor crea la imagen de la descendencia, casi genética, de la científicidad iniciada por Boas tomando como base la metodología estratigráfica.

Por otro lado, la narrativa de Bernal considera que México también aportó su vena científica más allá de las capacidades de Manuel Gamio como discípulo y difusor.

El clímax científico de la disciplina se alcanzó gracias al mestizaje de las importaciones europeas con el genio mexicano de las siguientes décadas.

Toda esta actividad después de 1930 se debe sobre todo a Alfonso Caso, que fue la influencia preponderante, y logró el nacimiento del Instituto y de la Escuela de Antropología. Su genio organizador de institutos y estudios ha sido el manantial primordial de donde brotó tanto adelanto...²⁰

La científicidad, traída desde Europa por Boas y consolidada por Gamio en el suelo mexicano, alcanzó la madurez (institucional) con Alfonso Caso. En este aspecto Bernal es más preciso al definir la científicidad de la disciplina. Para el autor, si bien la metodología importada de Europa fue necesaria para resolver parte de los problemas teóricos de la arqueología, ésta sólo logró salir de la fase amateur cuando

[...] quedó organizada, contando no sólo con un Instituto, sino con laboratorios, museos, etc., y un cuerpo de investigadores más numeroso y bien preparado. Ya no fue necesario esperar la aparición del raro genio autodidacta. El trabajo ya podía hacerse en equipos que contaran con especialistas en las diferentes ramas. Ello permitió intentar estudios sobre temas antes no tratados o vistos solamente según los datos de las fuentes escritas. [...] La arqueología en México empezó a salir de la fase exclusivamente descriptiva y a entrar en la fase interpretativa [...]

El triunfo del estudio de los tepalcates significa el triunfo de los arqueólogos de campo sobre los de simple gabinete, que prevalecían antes de 1910.²¹

Resulta claro que para Bernal, la arqueología se basa, además de la institucionalización de la práctica, en su profesionalización, especialización y posibilidades de experimentación y trabajo de campo. Además estaba la parte epistémica. La estratigrafía únicamente representaba un primer paso en el desarrollo de la arqueología como ciencia, que no excedía el nivel de descripción. Fue gracias a las investigaciones de Alfonso Caso que se inició la etapa siguiente al atenderse problemas “realmente” científicos. Gracias al genio de Caso se superó la simple descripción y se alcanzó el nivel de interpretación de las culturas pasadas, en temáticas tales como la cronología y sucesión cultural; la distinción entre toltecas y teotihuacanos; la edad de la cultura maya con relación a la teotihuacana; los olmecas y el origen; y el norte y su relación con

²⁰ Bernal, 1992:184.

²¹ Idem, p. 187-8.

Mesoamérica.²² Con Caso también se resolvieron problemas metodológicos urgentes, como los subyacentes en la lectura de los calendarios y la iconografía, en la relación entre fuentes escritas y los datos arqueológicos; y entre el arte y la arqueología. Menciona por ejemplo el problema olmeca, y el concerniente a la identificación geográfica de la ciudad histórica de Tula (mencionada en las fuentes coloniales), así como el de la interpretación adecuada de calendarios, códices y fuentes coloniales.

No obstante, Caso únicamente fue un guía en una actividad colectiva ya que, en ambas etapas de la consolidación científica de la arqueología, contribuyeron muchos otros personajes. Bernal sólo menciona a un puñado de mexicanos: Eduardo Noguera Auza (1896-1977), José Reygadas Vértiz (1886-1939), José García Payón (1896-1977) e Ignacio Marquina. En contraste, hace sobresalir las aportaciones de una larga lista de nombres extranjeros. Alfred Tozzer (1877-1954), Franz Boas, Byron Gregory Cummings (1860-1954), Alfred Kroeber (1876-1960), Herbert Spinden (1879-1967), George Clapp Vaillant (1901-1945), Sylvanus Griswold Morley (1883-1948) como parte de la Carnegie Institution, Alfred Vincent Kidder (1885-1963), Franz Blom (1893-1963), Oliver Ricketson (¿?), Matthew Williams Stirling (1896-1975) como parte de la Smithsonian Institution y la National Geographic Society, Gordon Frederick Ekholm (1909-1987), Guy Stresser Pean (1913-¿?), Meade (¿?), Walter Krickeberg (1885-1962), Isabel Trusdell Kelly (1906-1982) y Ana Sheppard (¿?), son algunos de los más relevantes para el autor.

Para Bernal, la cualidad científica de la arqueología estriba en dos estadios: el descriptivo, basado en la metodología estratigráfica –como base de la objetividad en las relaciones cronológicas de los materiales; y segundo, como etapa final y complementaria, se inserta la fase interpretativa que parte de los estudios de fuentes coloniales (códices). Se tienen con ello dos padres de la arqueología o, en palabras de Bernal, los dos “manantiales” de la disciplina científica: Manuel Gamio y Alfonso Caso.

²² Cabe resaltar que, en todas estas problemáticas señaladas por Bernal, subyace Mesoamérica como realidad inmutable, cuando en realidad este concepto fue acuñado en 1943 y, al menos hasta esta fecha, ninguna investigación lo consideraba.

En la historia, resaltan sin embargo, varios olvidos.

Bernal omitió la presencia de personajes con numerosos trabajos publicados, como Enrique Juan Palacios, que incluso fueron sus maestros. Al olvidarlos, los excluyó del devenir científico de la disciplina, colocándolos en el limbo de la práctica *amateur* carente de interés. ¿En qué se basó Bernal para hacer tales descalificaciones e implantar el corte entre lo científico y lo no científico? ¿Cuáles son los significados que muestran y ocultan sus olvidos?

Posiblemente, algunos de ellos sean resultado de su formación como arqueólogo. Bernal perteneció a la primera generación que fue instruida de manera formal y especializada en la Escuela Nacional de Antropología. Pese a que hubo cátedras de antropología que se impartieron en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía (MNAHE) desde 1906,²³ fue hasta la década de los años treinta que se formalizó la enseñanza de cuatro especializaciones (antropología física, etnología, arqueología y lingüística) como carreras técnico-profesionales en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Departamento de Antropología del Instituto Politécnico Nacional (ENCB-IPN). Ante la necesidad de crear cuadros técnicos especializados en antropología que proyectaran los caminos necesarios para alcanzar el progreso de las comunidades indígenas, el entonces presidente, Lázaro Cárdenas, impulsó el proyecto de esta Escuela.²⁴ Fue en este proyecto en el que se formaron quienes, décadas después, se convertirían en los primeros historiadores de la arqueología -tras la fundación del INAH- como Bernal mismo.

Cada una de las especialidades que impartía la Escuela estaba conformada por cursos especializados (obligatorios y optativos) y generales como tronco común. Entre los profesores que integraban la especialidad de arqueología para el año académico de 1939 se encontraban Alfonso Caso (“Arqueología de México”) y Pablo Martínez del Río (1892-1963) (“Arqueología prehistórica y protohistórica”). Al año siguiente se integra-

²³ Rutsch, 2002.

²⁴ Rubín, 1993. Sólo hasta 1942 se consolidó la Escuela Nacional de Antropología, que se transformaría en la actual Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

ron además Mario Mariscal (1907-1962?) (“Inscripciones mayas”), Eduardo Noguera (“Estratigrafía y cerámica”, “Arqueología de Sudamérica” y “Arqueología de Norteamérica”), Ignacio Marquina (“Arquitectura prehispánica”), Enrique Palacios (“Arqueología del Centro de México” y “Arqueología maya”) y Salvador Mateos (“Monolitos e inscripciones de México”).²⁵

Los primeros años de la Escuela, sin embargo, fueron bastante inestables y cada año se modificaron los cursos y profesores. Para el año de 1943, fecha en que Bernal ingresó como alumno a la Escuela, los cursos obligatorios para arqueología eran: “Arqueología de México y Centro América” I y II (Alfonso Caso), “Estratigrafía y cerámica” y “Arqueología del Norte y Sudamérica” (Eduardo Noguera), “Historia antigua de México” (Wigberto Jiménez Moreno -1909-1985-), “Arqueología y etnografía clásicas” (Pablo Martínez del Río), “Topografía para arqueólogos” (Pedro Armillas -1914-1984-), “Dibujo técnico y fotografía” (Agustín Villagra Caletí -1907-1985-), “Arqueología maya” (Enrique Palacios), “Monolitos e inscripciones nahoas” y “Códices indígenas” (Salvador Mateos) y “Geología y Paleontología” (Federico Müllerried -¿?-1952-).²⁶

En ambas currículas (de 1939 y 1943), sin embargo, se mantuvieron los contenidos generales de las materias y predominaron en número los profesores que fueron parte de la generación de arqueólogos posrevolucionarios. Éstos últimos fueron quienes habían iniciado las exploraciones en sitios monumentales y culminaron el proyecto de la Carta Arqueológica, los que fueron parte fundamental de las primeras instituciones de arqueología del siglo XX y escribieron las primeras historias para la disciplina. En el proyecto de la Escuela, todos confluyeron para formar a la nueva generación, aquella que seguiría el camino iniciado por ellos.

Para este momento, la centralización de la práctica arqueológica era ya un hecho. Desde 1934 se había redactado una legislación para el manejo e investigación del patrimonio arqueológico y, a finales de 1938, se fundó el INAH, institución que en ade-

²⁵ “Anuario del Departamento de Antropología para el año académico de 1939”, ms, 8 págs., AHENAH, s.n.f.; Departamento de Antropología, 1940:6-19.

²⁶ ENA, 1943:26-7.

lante centralizaría toda la actividad arqueológica del país, y que en 1942 se haría cargo también de la Escuela, la única en México por varias décadas.

Como puede observarse en las currículas arriba citadas, cada uno de los profesores se avocaba a la enseñanza de un saber, a una parte de la totalidad de la ciencia arqueológica. Ello podría ser traducido como cierta uniformidad en la práctica y enseñanza de la arqueología en el país, así como una incipiente subespecialización de la disciplina, sobre todo, partiendo de la centralidad en las dependencias gubernamentales alcanzada para este momento. Habría que tener cuidado, no obstante, en no confundir la institucionalización centralizada de la actividad con la homogeneidad de prácticas, objetivos, métodos y estrategias de investigación.

Un breve acercamiento a algunos de estos cursos podría brindar un panorama más amplio al respecto. Pedro Armillas, condiscípulo de Bernal, recuerda algunos de sus primeros cursos en la Escuela. Como señalé arriba, era Alfonso Caso quien impartía la cátedra de “Arqueología de México”. Este curso

[...] estaba dedicado esencialmente al estudio de la cultura azteca y sus antecedentes. Comenzaba presentando la sucesión cultural en la región central de México de lo que se llamaba “arcaico” [...] a lo azteca histórico y la de Oaxaca desde Monte Albán I en adelante; se refería a la cuestión olmeca, que apenas comenzaba a perfilarse a raíz de los primeros descubrimientos de Stirling en Tres Zapotes y La Venta [...].²⁷

Por otro lado, el *Anuario de 1940* registra que la materia “Arqueología del Centro de México”, inicialmente impartida por Enrique Palacios y ausente en la currícula de los años siguientes, se centraba en los

Movimientos, distribución e interrelaciones de las culturas arcaica, tarasca, huasteca, otomiana en general, matlazinca, mixteca, zapoteca, zapoteca, olmeca, totonaca, chocho-popoloca y limítrofes, tolteca y azteca.²⁸

A partir de lo anterior se podría pensar que había dos asignaturas que abordaban los mismos temas con diferentes profesores. Esta duplicidad de materias sobre el centro de México pudo haber significado la posibilidad del estudiante para observar las diferentes posiciones de los profesores sobre una misma temática o área de estudio. Sin

²⁷ Armillas, 1997. *Cursivas mías*.

²⁸ Departamento de Antropología, 1940:13.

embargo, la duplicidad no se mantuvo por mucho tiempo, ya que en las currículas posteriores al año de 1943, la clase de Palacios sobre el “Centro de México” desaparece de los programas y es sustituida por las de “Arqueología maya” e “Inscripciones mayas”, en las que Palacios se ocupaba de

La civilización maya desde los vestigios considerados arcaicos y de la cultura Q, hasta el Gran Periodo, y las etapas posteriores comprendidas en el Nuevo Imperio y las fases subsecuentes. El elemento tradicional e histórico incipiente; cuadro, distribución y relaciones idiomáticas; lineamientos artísticos peculiares; construcción de tipos civil y religioso; exposición global de la cerámica y las figurillas; naturaleza, caracteres y alcance de la escritura, vista en códices y en monumentos; realizaciones astronómicas; aspectos etnográficos enlazados con los vestigios materiales. Contactos con otras culturas.²⁹

Es posible que Palacios, decidiera concentrarse en los estudios de la cultura maya (ante los que siempre estuvo fascinado), dejando para ello las discusiones sobre el Centro de México. También es factible, sin embargo, que la duplicidad de profesores (Caso y Palacios) y sus posibles discordancias interpretativas no conviniera a los cursos generales y obligatorios brindados a los estudiantes. Al respecto Armillas recuerda que la materia de Caso

[...] no se adentraba en el estudio de lo maya que en aquel tiempo era considerado cosa aparte y se enseñaba en cursos segregados (*las relaciones profesionales entre mexicanistas y mayistas eran generalmente antagónicas*) que dictaba el maestro Enrique Juan Palacios[...]³⁰

Es muy posible que estas “relaciones profesionales antagónicas” reflejaran, hasta cierto punto, el enfrentamiento teórico de dos posturas que se arrogan el origen civilizatorio de las culturas precolombinas y que Bernal estuviese, desde sus años de estudiante, al tanto de tales discordancias entre sus profesores. No se interesó en los estudios de la zona maya ni las posturas teóricas de Palacios. Por el contrario, como complemento de su formación profesional, inició su aprendizaje en la arqueología de campo en Monte Albán al lado de Caso.

Alfonso Caso había iniciado sus labores arqueológicas de manera independiente (a las instituciones gubernamentales) en la década de los años veinte. En 1930 obtuvo la autorización del gobierno federal, así como el financiamiento de diversos particulares,

²⁹ Ibidem.

³⁰ Idem. *Cursivas mías.*

para excavar la zona arqueológica de Monte Albán. Al año siguiente de iniciadas las exploraciones, el hallazgo de la Tumba 7 -con numerosas piezas de oro- le brindó gran notoriedad en el ambiente arqueológico nacional. A partir de este momento, Caso ingresó como profesor de arqueología del Museo Nacional e inició su carrera ascendente en el medio arqueológico. Las temporadas de campo en Monte Albán se prolongaron durante varios años más y el prestigio de Caso se aseguró por décadas.³¹ Ignacio Bernal acompañó a Caso en cada una de estas temporadas de campo como parte del equipo de trabajo.

Desconozco datos precisos para saber si Bernal, durante su estancia como estudiante en la Escuela, conoció de manera cercana o no a Palacios, sin embargo, es muy factible que tuviese contacto con él durante las temporadas de campo de Monte Albán en las que Palacios participó en la organización de la colección cerámica de las exploraciones.³²

No obstante, el juicio de Bernal sobre estos dos profesores en su historia de la arqueología no es equitativo. Mientras Caso figura como uno de los dos manantiales que dan vida a la disciplina arqueológica, Palacios no aparece en la genealogía ni siquiera como personaje secundario. Como discípulo, tal pareciera que Bernal además de ser heredero de las posturas teóricas de Caso, también lo fue de aquellas “posturas antagónicas” referidas por Armillas.

Sería ingenuo y tendencioso suponer, sin embargo, que la cercanía de Bernal con su mentor fue el único parámetro que utilizó aquél para la escritura de su historia. Como mencioné arriba, la vida laboral de Bernal fue amplia y exitosa, lo que, seguramente le brindó elementos y juicios independientes a los aprendidos de su maestro.

Para la escritura de *La historia de la arqueología en México*, Bernal no consultó fuentes de archivo. No obstante, tenía un conocimiento profundo de la bibliografía de

³¹ No existen biografías de Alfonso Caso que ahonden en los inicios de su carrera. Para algunos datos biográficos del personaje, cf. p. ej. Bernal, 1970-71; SEP, 1971; Paddock, 1986; León Portilla, 1973; Ruz, 1973; Comas *et al* (organizadores), 1951; Castro-Leal, 1988:293; López Hernández, 2003:cap. 2.

³² De hecho, Palacios estuvo involucrado con Caso y el proyecto de Monte Albán desde el inicio de éste último. Antes del ingreso de Bernal a la Escuela, a raíz de la polémica sobre la autenticidad de las piezas de la Tumba 7, Palacios fungió como perito, fallando a favor de Alfonso Caso. Cf. López Hernández, 2003: cap. 2.

la época y, por tanto, familiaridad con las preocupaciones centrales de la disciplina en aquellos tiempos. 17 años antes de publicar su historia, Bernal –siendo director del Museo Nacional de Antropología- publicó una *Bibliografía de arqueología y etnografía. Mesoamérica y Norte de México. 1514-1960* como una edición conmemorativa de la XXXV reunión del Congreso Internacional de Americanistas.

La obra consta de 23 000 fichas bibliográficas sobre los temas que enuncia el título, resultado de las pesquisas de Bernal en numerosas bibliotecas y archivos de Europa, Estados Unidos y México. En esta obra, de verdadera erudición, Bernal asegura que no dejó que sus “opiniones personales” lo influyeran en la selección de las obras. Recopiló prácticamente todo lo publicado hasta el momento sin olvidar “ninguna [obra] de verdadera importancia”, incluso aquellas reseñas que fueron producto de “la amabilidad o si se quiere de la caridad cristiana”.³³

Se podrá discutir la utilidad de reunir, junto a tantos trabajos científicamente válidos, otros prácticamente inútiles que tan solo son refritos, opiniones emitidas por personas sin conocimiento de causa, o material de simple divulgación periodística; molesta ver todo este fárrago junto a obras admirables. Desde el punto de vista de la historia de la ciencia indican, si bien a veces con retraso, las opiniones prevalentes entre el público; también señalan el interés que hacia estos temas dirige la sociedad o bien las ideas que esta sociedad o época posee sobre temas arqueológicos aquí mencionados.³⁴

Puede suponerse que, en buena medida, este trabajo significó para Bernal, tras 30 años como profesional, una primera reflexión sobre la historia de la arqueología y la demarcación del quehacer científico. Posiblemente este reconocimiento primario le ayudó a observar, de manera global, ciertos parámetros para pensar los límites de la arqueología a lo largo del tiempo.

Con esta base, posteriormente, en la escritura de la historia de la arqueología, Bernal ya no tuvo consideración alguna para con las obras y personajes que, a su juicio, no fueron relevantes para el devenir de la disciplina, como Palacios, de quien, no cabe duda, conocía su obra escrita. Entre las miles de fichas concentradas en la bibliografía, las obras de Palacios suman 80, entre artículos y libros. No obstante, en *La historia de la arqueología en México* de Bernal, Palacios no figura en la narrativa –como mencioné- ni

³³ Bernal, 1962:VIII, XIV.

³⁴ Idem, p. X.

sus obras aparecen en las referencias bibliográficas. ¿Acaso esos trabajos se encontraban a su vez entre las obras de ideas desordenadas e inconexas que no formaban parte auténtica del devenir de la disciplina?

Para su historia, Bernal, con base en claros parámetros sobre la cientificidad de la arqueología, seleccionó personajes a través de la relevancia que atribuyó a sus obras escritas, entendidas éstas como resultado de trabajos de investigación científica. Es posible que en la demarcación de tales parámetros, Bernal estuviera respondiendo a la historia que, unos años atrás, el arqueólogo Gordon Willey (1913-2002) y su ex alumno, Jeremy Arab Sabloff (¿?), habían construido para la arqueología de Estados Unidos, misma que Bernal cita para reafirmar sus propias conclusiones.

[...] como ya lo expresaron ampliamente Willey y Sabloff, este periodo [1910-1950] estuvo esencialmente consagrado en México a la cronología, o sea a colocar en la debida sucesión culturas y épocas. Creo que este capítulo demuestra lo correcto de esa aseveración.³⁵

La historia de estos autores, publicada en 1974, es una clara periodización para la disciplina arqueológica que inicia con los primeros exploradores europeos en el nuevo mundo a finales del siglo XVI. Este primer periodo, de carácter puramente especulativo, es sucedido por el correspondiente al siglo XIX en el que la arqueología adquiere visos de profesionalización (sale de la práctica amateur) y, por medio de la clasificación de los objetos, realiza investigaciones de carácter descriptivo. Las incipientes clasificaciones de esta segunda etapa se complementan con la mirada cronológica a partir de 1914 gracias a la metodología estratigráfica y a Franz Boas y, posteriormente, a los estudios de patrón de asentamiento y la concepción contextual realizados desde 1960. Es sólo a partir de esta fecha que la explicación científica ingresó de lleno a la práctica arqueológica. Esta última etapa, desde la cual hablan los autores, sólo ha comenzado e incluye las investigaciones estadounidenses más recientes.

Como puede observarse, en términos generales, existen ciertas coincidencias entre la periodización propuesta por Bernal y la de Willey y Sabloff. En ambas historias, la precisión cronológica –como resultado de los trabajos estratigráficos– aportaba los ele-

³⁵ Bernal, 1992:186.

mentos objetivos y científicos para las descripciones, pero no alcanzaba necesariamente el ámbito de la interpretación histórica.

No obstante, hay diferencias de carácter local en ambas apreciaciones, como lo señala el mismo Bernal. Los arqueólogos estadounidenses ubican la transición del periodo descriptivo al interpretativo en los estudios de análisis de patrón de asentamiento, de los que ellos mismos son impulsores. Bernal, por el contrario, sitúa el cambio en los estudios de interpretación de las fuentes coloniales, es decir, en la práctica de su mentor –y la suya. Alfonso Caso significa, en la narrativa de Bernal, la primera propuesta seria y científica que atendió las problemáticas cruciales de la interpretación arqueológica.

En este punto pudiera existir cierta coincidencia con la historia que por las mismas fechas narra su coetáneo, el antropólogo José Lameiras, “La antropología en México. Panorama de su desarrollo en lo que va del siglo”.³⁶ En este escrito, el autor también pretende mostrar el desarrollo de la antropología en el país pero, a diferencia de Bernal, desde una marcada influencia de las propuestas historicistas de la ciencia. Al identificar el “paradigma” de la antropología mexicana, Lameiras considera que, previo al periodo de profesionalización y cientificidad de la disciplina, los estudiosos y antropólogos liberales atendieron cuatro temáticas: las avocadas a las recopilaciones etnográficas y registros lingüísticos; los estudios de la realidad social indígena y campesina en el marco de una sociedad mayor y

- Los estudios sobre el México Antiguo. Incluidos al pasado prehispánico y basados en fuentes históricas escritas y documentos pictográficos. Los escasos datos arqueológicos entonces existentes significaron poca ayuda para una mayor comprensión de la sociedad prehispánica [... y, finalmente]

- Las investigaciones y los investigadores que, más allá del bien y del mal, pero más cerca de “Los Científicos” y los positivistas, optaron dentro de una *antropología miscelánea* por hacer investigaciones sobre Cronología, Biografía, Genealogía, Heráldica, Jeroglíficos, Prehistoria, Biografía, Paleontología, Filología, Bibliografía e incluso Bellas Artes; aportando conocimientos relativamente útiles pero que, en la situación social imperante, buscaban todo lo que no pudiera descubrir la problemática social de indios, muertos o

³⁶ Lameiras, 1979.

vivos, ni la de la situación nacional que para 1904, enésima reelección del general Porfirio Díaz, ya presentaba un cielo encapotado.³⁷

Como puede observarse, el autor reconoce los estudios con base en fuentes coloniales desde el siglo XIX. Como hemos visto, Bernal quiere dar la primicia de esta práctica a Alfonso Caso. José Lameiras, por su parte, matiza al afirmar que dichos análisis, como parte de las preocupaciones liberales, no alcanzaron la cientificidad debido a que, por un lado, carecieron de datos empíricos y, por el otro, porque se centraron en preguntas equivocadas sin carácter científico. Estas líneas de investigación (de trasfondo liberal), para Lameiras, pervivirán en la vida casi latente del Museo Nacional. Mientras tanto, la revolución y el nuevo proyecto de nacionalidad y ciencia han cundido por todo el ambiente intelectual de la época. Esto puede observarse claramente en el proyecto del Valle de Teotihuacán, en donde Gamio materializa la influencia recibida de la Escuela Internacional y de Boas, a la vez que cristaliza los anhelos revolucionarios.

Para Lameiras, los años que siguieron a las revueltas armadas significaron el reestablecimiento, no sólo de la economía y la política, sino además el ensayo de nuevos patrones culturales, sociales e ideológicos que significaron un nuevo nacionalismo. En este ensayo, la antropología tuvo un papel predominante.

Las preocupaciones profesionales de Gamio estaban referidas en los años veinte a la situación económico-política del país: el reparto de la tierra y el agrarismo, y a la situación ideológico-social: la búsqueda de los orígenes nacionales, la recuperación de la tradición mexicana y el logro del mestizaje fundado en el mito de la unidad racial y cultural de una sociedad consciente de su propio destino.³⁸

El objetivo de Lameiras es reconocer y explicar el desarrollo de la antropología en general. En esta historia no explica el sentido científico-social de cada una de las disciplinas antropológicas de manera independiente y no repara de manera directa en los trabajos arqueológicos, más allá de lo referido arriba. No obstante, su narrativa contribuyó a idealizar el proyecto del Valle de Teotihuacán y su “integralidad”.

En este punto es necesario aclarar algunos aspectos. En el proyecto de Teotihuacán, como tipo representativo del centro de México, se realizaron estudios antropológi-

³⁷ Idem, p. 120-2.

³⁸ Lameiras, 1979:135.

cos e históricos (además de los arqueológicos) denominados como “trabajos integrales”. La finalidad de la Dirección de Antropología era analizar y evaluar toda la historia de los pobladores hasta la actualidad y, poder con ello, proponer medidas políticas para insertar a los pobladores en la sociedad mexicana. Se consideraba que éstos, como indios, debían conservar ciertos rasgos folklóricos de su cultura y, además, abrazar los de la cultura mestiza para fortalecer la raza. Era necesario definir cada grupo indio y sus principales rasgos. Para ello servirían los trabajos integrales de la Dirección. No obstante, estas ideas no fueron incorporadas por Franz Boas, sino que se encontraban latentes en varios intelectuales mexicanos desde el siglo XIX.³⁹ La DA, en este sentido, fue una dependencia pionera al poner en la práctica gubernamental algunas de estas inquietudes.

Tiempo después, a partir de la década de los años sesenta del siglo pasado, en el contexto de las luchas obreras y estudiantiles, la utilidad social de la antropología y su especialización fueron criticadas fuertemente.⁴⁰ La liga establecida por Lameiras entre la cualidad científica de la antropología y su compromiso político es, en su narrativa, la única vía para revalorar a la antropología en este contexto politizado. En este sentido, la “integralidad” y la aplicación política de los trabajos realizados por la Dirección de Antropología fueron considerados como el ideal para los estudios antropológicos. Por medio de esta metodología se puede atender a la realidad social de los marginados recuperando, a la vez, el anhelo revolucionario.

A partir de las narrativas de Bernal y Lameiras se observa un creciente interés por la historia de la arqueología y la antropología en general, aunque son pocos los trabajos avocados a las primeras décadas del siglo.⁴¹ Si bien es posible reconocer diferencias en el enfoque de cada uno los autores que se han dedicado a este periodo, en general, sus historias muestran fuertes coincidencias con las historias de los autores arriba reseñados, de tal suerte que pareciera que los presupuestos y olvidos de estos

³⁹ Un estudio por demás interesante al respecto de las polémicas entorno al mestizaje en Basave, 2002.

⁴⁰ Cf. por ejemplo Olivera, Warman, Nolasco, Valencia y Bonfil, s/f.

⁴¹ Cf. entre otros Noyola, 1988; Marquina, 1994; Matos, 1998; y Arboleyra et al, 2003, entre otros.

últimos se instauraron en la historia colectiva del gremio arqueológico de las siguientes décadas.⁴²

Las coincidencias de la mayor parte de las historias de estos autores, sobre todo, se colocan en el parteaguas de científicidad impuesto a la disciplina, cristalizado en la práctica arqueológica de campo y el uso de la técnica estratigráfica. El proyecto del Valle de Teotihuacán se convierte en el ejemplo a seguir por los trabajos antropológicos integrales y con compromiso social. A la vez, gracias a la estratigrafía desarrollada en este proyecto el largo pasado –ahora netamente indígena- pudo dividirse en grandes periodos con base en el análisis tipológico de los tepalcates. Este material se convirtió en el “mejor índice cronológico”, la estratigrafía en la técnica imperante, y los tipos cerámicos en “páginas de la historia” junto con los análisis de fuentes coloniales.⁴³

Fue durante las primeras cuatro décadas del siglo pasado, a partir de 1910, que la arqueología se volvió adulta en la mirada de estos autores. Por un lado, la disciplina logró formar personal especializado y bien preparado, institutos, museos y laboratorios y, por el otro, salió de la fase descriptiva para ingresar a la interpretativa. En las palabras de Bernal esto significó el triunfo de los tepalcates y de la arqueología de campo, por encima de los estudios llamados *misceláneos* de trasfondo liberal identificados Lameiras.⁴⁴

La frontera de científicidad

es clara para estos autores. Se encuentra delimitada, socialmente, por el cambio de régimen (del porfiriato a la revolución) y, científicamente, por la incorporación del método estratigráfico importado desde Europa. El avance de la disciplina se ha construido de manera progresiva y ascendente rechazando los elementos no científicos y acumulando objetividad y precisión. Los actores responsables del paso de la inicial ca-

⁴² Tal seguimiento no es gratuito. Las historias realizadas por Bernal y Lameiras son, hasta la actualidad, las más generales y profusas al respecto de la historia de la antropología y la arqueología en este periodo.

⁴³ Bernal, 1992:186.

⁴⁴ Idem, p. 188. *Cursivas más.*

lidad amateur de la práctica arqueológica a la científica, eran portadores de una clara visión progresista y fueron acumulando éxitos y aciertos en su trayectoria.

Esta frontera del saber arqueológico en construcción se basa en varios presupuestos como parámetros de definición de la disciplina: el tiempo y su registro; el origen clásico como objetivo definitorio de la disciplina; la objetividad como base de la práctica metodológica moderna; la interpretación objetiva de las fuentes; y, finalmente, el compromiso social que justifica la práctica.

Bajo estas miradas, la arqueología pareciera explicarse y justificarse como ciencia moderna en un doble sentido. Por un lado, la introducción de métodos de observación y registro estratigráficos se convierten en la base objetiva del conocimiento. Por otro lado, el sentido social derivado de la conciencia revolucionaria es el que sostiene la utilidad social de la arqueología como ciencia. Al señalar como acta de nacimiento de la práctica arqueológica el contexto político social de los años revolucionarios, se liga la cientificidad de la disciplina, directa o indirectamente, con la historia política del país. Es la cronología de la historiografía política de la posrevolución la que marca la pauta de cientificidad para la disciplina.

Numerosos intelectuales han estudiado al liberalismo con el propósito de legitimar el orden político creando una línea de continuidad entre la Guerra de Independencia, la Reforma, la Revolución y el México contemporáneo. Así se presenta un primer problema para el análisis historiográfico: la imagen de que los mexicanos somos herederos de un liberalismo en continua evolución.⁴⁵

En esta historia lineal, la revolución se cosifica y se convierte en la pauta y medida para el pasado. Siguiendo esta historia evolutiva, los historiadores de la arqueología trasladan la cronología patria al ámbito científico. Se rescatan los aportes de los decimonónicos como antecedente (liberalismo); se rechaza el porfiriato, los trabajos misceláneos de los profesores del Museo o los de Leopoldo Batres durante el régimen; y, finalmente, se ensalza el genio revolucionario de Gamio y Caso (revolución) para alcanzar la práctica contemporánea.

⁴⁵ Luna, 1997. Son diversos los autores que han señalado esta problemática, cf. por ejemplo los trabajos de Benjamín, 2003 y Hale, 2002.

También se traslada la explicación de la revolución. En esta línea progresiva, la ciencia se convierte en un elemento que es a la vez causa y efecto de la revolución. Causa en el sentido de impulso en las tareas tecnológico económicas de avance cognoscitivo para la sociedad en su conjunto. Resultado cuando aquella es observada como una consecuencia directa del cambio social en la modernidad. Para el caso de la antropología, ésta se convierte en ciencia gracias al contexto social revolucionario y, a la vez, como práctica, propicia la acción y el cambio con su mirada científico-social.

La objetividad metodológica impuesta al interior de la práctica arqueológica, define también límites hacia los demás saberes sociales. La arqueología queda pues definida, no sólo por los materiales con los que trabaja (restos culturales, en particular cerámica) y las sociedades objeto de estudio (prehispánicas), sino además por el trabajo de campo, consignado en la estratigrafía. Habrá que considerar además, que se pretende que la calidad técnica de estos métodos de trabajo confiera objetividad a los datos resultantes, haciendo del arqueólogo un mero instrumento intermediario de los tepalcates. De esta manera, las prácticas (epistémicas y metodológicas) de otros quehaceres, que también están en construcción durante estas décadas, tales como la historia o la antropología, quedan también fuera.

Las historias construidas a partir de estas prácticas también son separadas. El llamado México Prehispánico se convierte en el tema exclusivo para la disciplina y se hace una escisión rotunda entre el indio vivo y el indio prehispánico, y las narrativas de ambos se excluyen.

No es de extrañar entonces que para estas historias de la arqueología, los investigadores que defendieron y aplicaron quehaceres distintos de los estratigráficos sean considerados como “personajes secundarios”, que no participaron en el desarrollo que condujo a la arqueología objetiva y profesional –la actual. Su calidad “amateur” los condena a realizar trabajos decimonónicos y “misceláneos”. Forman parte de episodios que nunca aportaron algo sólido debido a su falta de científicidad. Marginada y obliterada, en estas historias, se encuentra la figura de Palacios.

Enrique Juan Palacios, pese a haber realizado numerosas exploraciones en diversos lugares del país, no usó la estratigrafía como base exclusiva de sus investigaciones. Por el contrario, desde el inicio de su carrera, se avocó a los estudios de interpretación de fuentes coloniales y a los análisis iconográficos. Ubicados en las historias arriba esbozadas, es natural pensar que Palacios no fue reconocido porque careció de calidad “científica” y fue un marginal en su propio tiempo. Esta marginalidad tiene, sin embargo, a diluirse conforme se observa más de cerca su vida y obra en el contexto de las primeras décadas del siglo pasado. Surge de ahí otra visión en la que su obra crece hasta aparecer como una presencia más entre las que conformaron lo que hoy reconocemos como arqueología.

Es necesario entonces ubicar y entender la labor de este autor. Es posible que su práctica haya antecedido los trabajos de Alfonso Caso -que Bernal señaló como fundadores. También lo es que sus estudios sean del tipo que Lameiras consideró como “misceláneos”. Al alejarse de la metodología estratigráfica, la práctica de Palacios pudo quedar separada de lo que, décadas después, los historiadores de la arqueología han considerado como científico y revolucionario -y ello podría ser una de las razones por las cuales se ha olvidado a este personaje- pero no necesariamente tuvo que ser una práctica marginal en su propio tiempo. Conocer la concepción de Palacios de la investigación en arqueología y de la narrativa histórica requiere, considero, la construcción de otras memorias que centren la mirada en él y lo alejen del margen invisible al colocarlo en el centro. Es preciso entonces dejar hasta aquí estos olvidos y construir, en otros, otra historia posible. Avanzar en esa dirección es el objetivo del resto de este trabajo. Permítaseme, en lo que sigue, mostrar tan sólo un pequeño esbozo al respecto.

ii. vida

PARADO SOBRE LA CIMA DEL EDIFICIO adosado al templo de Quetzalcóatl, Enrique Juan Palacios recorre con la mirada la Calzada de los Muertos de la ciudad arqueológica de Teotihuacán. Ya han finalizado los trabajos que realizaba el equipo de Manuel Gamio en el lugar. Es el año de 1922.

En esa “límpida mañana”, desde la privilegiada posición que le brinda la altura del edificio, junto con el Presbítero C. Flores -compañero en intereses históricos y arqueológicos-, Palacios concibe la forma en que se celebró antaño, en ese mismo lugar, la ceremonia del fuego nuevo. Los 14 templos distribuidos a ambos lados de la calzada simulan los sacerdotes que, haciendo un nuevo atado de años, esperan que surja el sol.

Este es el relato que encontramos en un estudio que presentó para la celebración de del Centenario de la Consumación de la Independencia del país en 1923.⁴⁶ El gobierno del general Álvaro Obregón, pasadas las revueltas más álgidas de los años revolucionarios, había decidido no quedarse atrás en los festejos nacionales. Por segunda ocasión el país celebraría el centenario de su independencia. Esta vez, y a diferencia de la gala y glamour de los festejos del gobierno de Porfirio Díaz diez años atrás, habría una fiesta popular dedicada a la culminación del proceso independiente durante todo el año de 1921.⁴⁷

En este marco, Alejandro Sodi y Salvador Betancourt editaron el *Álbum histórico mexicano*.⁴⁸ Con dos guerreros águila y tigre grabados al fuego en la portada y, en el reverso, el águila republicana, la publicación de gran formato presentaba -en 900 páginas de papel couché con dos mil grabados y tricomías- un recorrido cronológico del

⁴⁶ Palacios, “La gran ciudad sagrada de Teotihuacán”, en Betancourt y Sodi, 1923:sin número de páginas.

⁴⁷ Díaz y de Ovando, 1996.

⁴⁸ Betancourt y Sodi, 1923.

país desde el periodo prehispánico y hasta el gobierno de Obregón. La finalidad era levantar un “monumento perdurable” al México nuevo, libre y demócrata, así como brindar

[...] un resumen de nuestra labor de cien años; que pusiera [sic] a la vista del mundo civilizado lo que es el México actual, a pesar de todas sus desventuras; que nos diera a conocer a los ojos de los otros países por lo que somos y por lo que valemos en el noble terreno de la ciencia, de las letras, del arte, de todo aquello, en fin, que, por su esplendor y belleza, forma la energía propulsora de la civilización [...]

Necesitábamos probar a todos los pueblos de la tierra, que los cien años que llevamos de libertad no han pasado para nosotros en vano; que, sean cuales fueren las calumnias que contra nosotros se propalen, no hemos perdido el tiempo, hemos aprovechado los instantes, y somos ya un pueblo culto y progresista, tan culto y progresista como que ocupamos la vanguardia al lado de los del mismo origen que alientan y laboran en este continente [...]⁴⁹

La conmemoración de la consumación de la Independencia era, además, el pretexto ideal para resaltar el papel “tan brillante” desempeñado por Agustín de Iturbide, figura histórica que suscitó una gran polémica en la reescritura de la historia del país durante estos años.⁵⁰

Los gastos del *Álbum* corrieron a cargo de los editores (Betancourt y Sodi) y fue dedicado al general Álvaro Obregón y al pueblo mexicano, como el resultado del esfuerzo conjunto de un grupo de intelectuales reconocidos en el mundo de las letras. Entre ellos se encontraba Palacios, quien dedicó tres artículos a diferentes temas de la época prehispánica y la conquista, así como otro sobre la hispanidad del país. Lo acompañaron en la empresa de la escritura de la época prehispánica las plumas de Jesús Galindo y Villa (1867-1937), Miguel Othón de Mendizábal (1890-1945), Luis González Obregón (1865-1938), y los textos de los ya fallecidos Alfredo Chavero (1861-1906) y Genero García (1867-1920).

⁴⁹ Ibidem.

⁵⁰ No es este el espacio para desarrollar tal temática. Sin embargo, cabe recordar que la figura de Iturbide fue polémica desde el siglo XIX, cuando se debatió la pertinencia de colocarlo junto con los demás héroes de la independencia, o bien, convertirlo en un enemigo de la patria. Su defensa en este *Álbum* pudiera estar relacionada con la filiación de varios de los autores a la Academia Mexicana de Historia, asociación de intelectuales católicos que defendían la “teoría católica de la historia” (comunicación personal, Ricardo Candia Pacheco, abril de 2005). Si bien Palacios no escribió nada al respecto para el *Álbum*, años después apoyará la primer tesis señalada en un artículo publicado en los *Anales* del Museo Nacional, siguiendo muy de cerca lo propuesto años atrás por Vicente Riva Palacio. Cf. Palacios, 1934; Ortiz Monasterio, 2004.

Palacios tenía poco más de 40 años y comenzaba a perfilarse de lleno en una nueva actividad: los estudios histórico-arqueológicos. Desde hacía poco menos de una década había decidido concentrar su mente en la investigación de las culturas precolumbinas y por estas mismas fechas se avocaría por completo a esta actividad como miembro del Museo Nacional.

Los años de formación

y los primeros de la vida académica de Palacios, resultan complejos para quien, a la distancia, pretenda entenderlo. Enrique Palacios es un personaje que, si juzgamos por sus escritos, que aparecen en diversos espacios académicos de importancia, gozaba de gran cercanía a los principales grupos intelectuales porfirianos y posrevolucionarios y cierto reconocimiento en ellos.

Hijo de Don Agustín Palacios Pliego y Doña Adelaida Mendoza Arteaga, Enrique Juan Palacios Mendoza nació en la Ciudad de México el 23 de enero de 1881. Hizo sus primeros estudios en el Colegio del Estado de Puebla y, tras haber ganado una mención honorífica en los Juegos Florales de 1902, le fue concedida una cátedra de Literatura Española en la Escuela Normal de esa entidad. Regresó al Distrito Federal para ocupar la clase de literatura española en la Escuela Nacional Preparatoria (ENP). Posteriormente, una vez creadas la Universidad Nacional y su Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), impartiría cátedras de arqueología incluso, hasta después de su retiro de la investigación arqueológica institucional, en la década de los años cincuenta del siglo pasado.⁵¹



Figura 1. Enrique Juan Palacios Mendoza, ca. 1922.

⁵¹ Los datos biográficos de estos primeros años son referidos en la única semblanza biográfica que he localizado (Marquina, en Palacios, 1981). Cf. Anexo, Cuadro 1. Por otro lado, no he localizado su expediente laboral como profesor de la ENP antes de 1926.

Un ejemplo de su movilidad temprana en espacios importantes es su participación en uno de los grupos intelectuales y literarios más notables de principios de siglo, el Ateneo de la Juventud. Con la publicación de la revista *Savia Moderna* en 1906, un grupo de intelectuales y escritores dieron inicio a un proyecto que pretendía renovar la anterior *Revista Moderna*. Los jóvenes querían infundir nueva savia al viejo tronco y modernizar la literatura del país. Únicamente pudieron publicarse, a partir del 31 de marzo de 1906, cinco números de la revista (hasta julio). *Savia Moderna* fue, sin embargo, el espacio de confluencia para los personajes que, poco después, formarían el Ateneo. Veinte de los miembros activos de este último grupo, tuvieron una participación como redactores en dicha revista.⁵²

Otra de las vertientes identificadas como origen del grupo del Ateneo fue la Sociedad de Conferencias. Por medio de ésta se organizaron, en la Ciudad de México, un par de series de pláticas complementadas con la lectura de poemas y números musicales, primero en el Casino de Santa María y, después, en el Conservatorio Nacional. Con las conferencias se pretendía establecer un instrumento de comunicación cultural para acercar a un grupo de jóvenes informados con el público interesado en ponerse al día en cuestiones filosóficas, estéticas y literarias.

Con dichos antecedentes, el 28 de octubre de 1909 26 jóvenes formaron una asociación civil denominada Ateneo de la Juventud con Antonio Caso (1883-1946) como presidente. Tal vez el punto de mayor coincidencia de los integrantes de este grupo fuera el de su juventud: todos eran menores de 30 años. Además, al iniciar el proyecto, todos se identificaban con la lectura, es decir, con el afán de conocer y dar a conocer a la comunidad el valor de los libros.

Fueron gente que en sus años estudiantiles dejó el destrampe juvenil por la lectura. Todo lo que hicieron de mayor significación tiene en el libro el eje de sus preocupaciones [...] La lectura llevó a los miembros del Ateneo a la creación y a la política. [...] Leer para comunicar, para enseñar, pero también para actuar y crear. Los ateneístas se comportaron como maestros. [...] No sólo en el hecho de impartir cátedras, sino en toda su obra. De ahí su enciclopedismo y su didactismo. Pero enseñaban para formar ciudadanos, para crear una *polis* nacionalista, iberoamericana, con sus raíces hundidas en Atenas, en las

⁵² Reyes y Moterde, 1980:9-12; Matute, 2000:1-15.

creaciones dantescas, en Cervantes. Una *polis* sustentada por un *demos* bien formado, sólido y capaz de tomar mejores decisiones.⁵³

Los ateneístas pertenecieron a la clase media urbana y profesional, capitalina o cosmopolita, educada durante el Porfiriato que, no obstante, fue revolucionaria.⁵⁴ Fueron parte de la “generación revolucionaria” (denominada por González y González), la de los nacidos entre 1875 y 1890, misma que fue educada en la Preparatoria “en decadencia”.⁵⁵ A ello regresaré adelante.

El acto más reconocido del grupo fue, sin duda, la serie de conferencias impartidas durante el año de 1910. De éstas cabe destacar, en opinión de Álvaro Matute, el nacionalismo e iberoamericanismo, así como la revalorización del pasado lejano e inmediato. Además se observa una insistencia en la comunidad hispanoamericana y en la superación del positivismo.⁵⁶

La presencia de este grupo creció considerablemente en el medio intelectual, y aún cuando hubo una dispersión durante los meses de la crisis porfiriana y el levantamiento de Francisco I. Madero, el Ateneo se reagrupó, aumentó su membresía e intentó, sin conseguirlo, adquirir un cariz político. Para el 25 de septiembre de 1912, el grupo fue reorganizado con el objetivo de laborar “en pro de la cultura intelectual y artística” bajo el nombre de Ateneo de México.⁵⁷ A partir de esta reorganización sus mejores frutos fueron la creación de la Universidad Popular, así como el aglutinamiento de buena parte de sus miembros en la Universidad Nacional y, posteriormente, en la Secretaría de Educación Pública (SEP), bajo la égida vasconceliana. Su participación individual en cada una de estas instituciones puede observarse como la continuación de su interés por participar en la reconstrucción nacional.⁵⁸

Palacios fue uno de los actores y partícipes de este grupo. Como señalé arriba, desde el inicio del siglo fue profesor de la ENP y es probable que, de este modo, se acer-

⁵³ Matute, 2000:20-1. Cursivas en el original.

⁵⁴ Curiel, 2001.

⁵⁵ Matute, 2000; Curiel, 2001:LVIII; González y González, 1997.

⁵⁶ Matute, 2000:15.

⁵⁷ Curiel, 2001:8.

⁵⁸ Matute, 2000:16-7.

cara a la intelectualidad capitalina en general, y al grupo de ateneístas en concreto. Usando únicamente su primer nombre de pila (Juan), Palacios participó como redactor de *Savia Moderna* durante toda la vida de la misma. En el primer número (marzo de 1906) presentó una breve nota necrológica de José M. de Pereda, recién fallecido. La nota, de tan sólo cinco páginas y escrita de manera muy sencilla, es un reconocimiento a la importancia de la obra de Pereda.⁵⁹

Si bien durante toda la publicación de *Savia Moderna*, Palacios fue uno de los redactores, no presentó ningún otro artículo de su autoría. Como ya mencioné, Palacios fue, sin embargo, uno de los 20 participantes de esta revista que se integraron al Ateneo de la Juventud. Al parecer, no fungió como conferencista ni como profesor en la posterior Universidad Popular. No obstante, es muy probable que participara en las preocupaciones, motivaciones y discusiones generales de la agrupación, como por ejemplo la hispanidad de México, tema acerca del cual escribiría en repetidas ocasiones a lo largo de su vida.⁶⁰

Es en este sentido que Palacios no escapa a las definiciones generacionales que han intentado explicar a este movimiento intelectual, algunas de las cuales ya he señalado. De acuerdo con los datos biográficos de los que dispongo, Enrique Juan Palacios hizo sus primeros estudios en Puebla y se graduó como maestro normalista. Pese a ignorar con precisión qué materias integraron sus diversas currículas, creo posible considerar que, como estudiante, estuvo sujeto al plan comtiano de la Preparatoria y a las polémicas que éste desató.

⁵⁹ Palacios, 1906. Este artículo lo firmó únicamente con su primer nombre de pila y apellido paterno. De esta forma firmaría al menos tres trabajos más hasta 1910 y su última novela en 1947-8. Entre ambas fechas, ya dedicado de lleno a las preocupaciones histórico-arqueológicas, incluye ambos nombres (Enrique Juan) y el apellido paterno en la rúbrica de sus trabajos publicados. Autores como Curiel (2001:139) traducen esta diferencia en dos personajes homónimos.

Me inclino a considerar, sin embargo, que se trata del mismo personaje y que las rúbricas distintas marcan cambios en su trayectoria académica y personal. El hecho pudiera responder a la muerte de su hermano homónimo (ing. Enrique Palacios). Asimismo, el cambio podría señalar los giros en sus intereses profesionales. De esta forma, firmó como Juan Palacios sus obras sobre educación y parte de las literarias, mientras que apareció como Enrique Palacios en sus trabajos arqueológicos. A lo largo del presente texto precisaré cuáles son los escritos firmados como Juan Palacios.

⁶⁰ Cf. p. ej. Palacios, "El descubrimiento de América. Sus trascendentales consecuencias en orden a la expansión del genio latino", en Betancourt y Sodi, 1923: sin número de páginas; Palacios, 1931; y Palacios, s/f.

Habría que tener cuidado, no obstante, de igualar sin más a los miembros de esta generación apelando simplemente a la tendencia positiva de la época. Como señala Charles Hale, el positivismo en México fue una mezcla heterogénea y no consensuada de diversas posiciones teóricas y políticas que, en el discurso político posterior, se homogeneizó y ubicó como una etapa histórica que sucedió al liberalismo.⁶¹ Es muy posible además que, cada uno de los actores de dicha generación asumiese la educación recibida en las aulas de manera distinta, ligera o dramáticamente divergente de la del resto de los miembros de la generación o del marco general idealizado como positivismo.

Palacios, como se observará a lo largo de este trabajo, es un personaje peculiar, multifacético, que siente una profunda simpatía ante el rigor científico de la investigación y que, a la vez, se lanza a la tenaz aventura de la identificación del espíritu de los pueblos. A pocos años de su muerte, de hecho recordará

[...] las charlas en el Weber, con Ruelas, con dos dibujos, a lo que pienso originales suyos. Y mi pequeña Virgen de los Remedios del pincel de Miguel Cabrera, propiedad después de una hija de don Alfredo Chavero. Y las cátedras de lógica del doctor Rafael Serrano, sapiente de Aristóteles. Y aquéllas de sociología y psicología de don Francisco Béiztegui, donde formé, no embargante vislumbres a la infinitud, mi contextura filosófica positivista [...]⁶²

Fue maestro –educador-, pero, al igual que sus coetáneos ateneístas, siempre mezcló esta actividad con la investigación. En ésta última adoptó un abordaje enciclopédico y abierto que, si bien lo mantuvo por largos periodos encerrado en los gabinetes de los museos y las salas de las bibliotecas, también lo hizo recorrer gran parte del país en infatigables caminatas y recorridos de campo. Al igual que los jóvenes ateneístas que describe Matute, Palacios conservó un ardiente amor por la lectura y la escritura. Nunca abandonará el estilo lírico de sus primeros escritos, y a menudo se verá atraído por el erotismo que advierte en la naturaleza, el arte y la mujer.

Quién la hubiese contemplado en la redonda bañera [a Citlalin en los baños de Texcoco], mirándose en límpida obsidiana... húmeda todavía y no trenzada la cabellera de ébano; fresca y sedaña la morena piel; aun no pendientes en las sonrosadas orejas los

⁶¹ Hale, 2002.

⁶² Palacios, 1947-8:144.

discos con mosaico de oro y de turquesa; no colocados todavía sobre la mórbida garganta los cañutos de jade; desnudo y tentador el torso; y, como nido de voluptuosidades el seno palpitante, cuyas ondulaciones y turgencias ofrecieran inefables delicias al amor...!⁶³

Tenacidad y rigor positivo,

sin embargo, acompañaban tales fascinaciones románticas. Para la publicación de *Azul* y el inicio de las polémicas en torno al positivismo como columna vertebral de la educación en la Preparatoria, Palacios se encuentra en el centro de las actividades del Ateneo totalmente convencido del rumbo positivo que debe guiar la educación.

En 1910 y junto con el ateneísta Alfonso Pruneda (1879-1957) publicó una *Guía de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes*, texto sencillo y descriptivo que detalla cada uno de los establecimientos de la Secretaría.⁶⁴ Años atrás (1902) Pruneda había sido convocado por Justo Sierra (1848-1912) para formar parte del Consejo Superior de Educación. Este Consejo, que se mantuvo durante diez años, pretendía mejorar la instrucción pública en el país, poniéndola a la altura de Europa y Norteamérica. Para responder a las preocupaciones del ministro Sierra, sobre la educación en el país y la construcción espiritual de México, el Consejo planificaría los mejores caminos para el desarrollo de la educación desde el jardín de niños hasta la universidad.⁶⁵ Es posible que el texto que Pruneda realizó con Palacios, fuese parte de este mismo proyecto de reorganización y revalorización de las tareas de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes (SIPBA). La coaturía de este documento ilustra por un lado la posición y las relaciones que Palacios mantenía en la SIPBA, así como con los miembros del Ateneo (Pruneda entre ellos) y, por otro, señala sus intereses sobre el proyecto educativo nacional.

Pocos años atrás, Palacios había participado –posiblemente como miembro del Ateneo o en su calidad de profesor de la ENP- en una agria polémica en torno a las modificaciones del plan positivista de la Preparatoria. Si bien este plan había sido criticado

⁶³ Idem, p. 185.

⁶⁴ Palacios (Juan) y Pruneda, 1910.

⁶⁵ Meneses, 2001:593-602.

desde su implantación en 1868, por lo que incluso se ha considerado que el positivismo estuvo en decadencia hacia finales de la centuria, para la vuelta del siglo la ENP mantenía la jerarquización de las ciencias y esquema positivo comteano. No se trataba del estancamiento de la filosofía positiva en las aulas de la Escuela, sino de la férrea convicción de que este tipo de educación ayudaría a la transición de la sociedad metafísica a la positiva. Además, el discurso liberal de la política mexicana fue incluyendo paulatinamente ciertos aspectos de la filosofía comteana (englobado como positivismo) como parte de la evolución local de México. De tal suerte, algunos de los anteriores detractores de esta filosofía, como el mismo Sierra, apoyaban con fuerza el plan positivo de la Preparatoria en los primeros años del siglo XX.⁶⁶

Este apoyo desde las altas esferas del ministerio de Instrucción no evitó las críticas de diversos actores. En 1907 Francisco Vázquez Gómez (1860-1933) publicó una serie de críticas a las continuas reformas del plan de estudios de la ENP (cuatro hasta entonces), así como al perfil positivista de sus contenidos. Críticas que evidentemente tenían como blanco adicional a Sierra e, incluso, a los miembros del Ateneo.

Primero fue el médico Porfirio Parra (1854-1912) quien, en una serie de artículos periodísticos, replicó los ataques vertidos por Vázquez Gómez. Poco después, Abraham Castellanos (1871-1918) también defendió el plan de la Preparatoria. Finalmente, en 1909, la polémica fue continuada por Palacios, gracias a las facilidades que Sierra le dio para la publicación de *El problema de la enseñanza secundaria ante los intereses vitales de la nación (a propósito de una polémica suscitada entre los doctores Don Porfirio Parra y Don Francisco Vázquez Gómez)*.⁶⁷

Su réplica a Vázquez Gómez está encaminada en dos sentidos. En primera instancia, Palacios defiende el positivismo del plan de la Preparatoria, tanto en el orden de las asignaturas como en su contenido. Para él, la instrucción de la lógica, arte y ciencia del conocimiento humano –siguiendo a Stuart Mill (1806-1873) y Parra- tiene como objetivo ayudar al joven a tomar “norte definitivo en el campo científico” y orientarlo, una

⁶⁶ Hale, 2002:21-265.

⁶⁷ Meneses, 2001:716-722.

vez que éste concluya sus estudios, “para el campo de la vida”, alejándolo de las creencias erróneas de las mayorías ignorantes. Es por ello que el perfil positivista del plan es el único viable para formar e instruir a los estudiantes en su vida diaria con pensamientos razonados, tanto si éstos continúan sus estudios profesionales, como si únicamente realizan los preparatorios. El programa propuesto por Barreda es la solución a la instrucción de las masas y no una religión como pretende hacer creer Francisco Vázquez en sus críticas.⁶⁸

El texto está escrito en un tono bastante fuerte, directo e irónico. Si bien el tema central del escrito es el positivismo del programa preparatorio, resulta obvio que a Palacios las críticas de Vázquez Gómez no le molestaron únicamente por su contenido académico. El otro sentido en el que se encuentra dirigido el texto es una defensa al prestigio y calidad académica de Porfirio Parra. Entre líneas, Palacios deja ver un gran respeto y cierta simpatía hacia el médico, y un fuerte enfado en contra de Vázquez por haberlo criticado. Si bien considera que la polémica y la crítica no deben temerse sino que hay que desear

[...] esa lucha de ideas, por amigos y enemigos, adversarios y partidarios; ya que el progreso á modo de la tela de Penélope, no se hace sino ahora para destejer mañana, y volver a tejer más tarde á entrecruzar sólidamente, los hilos de oro del pensamiento humano [...],⁶⁹

seguramente consideró que las palabras de Vázquez, al ofender al maestro Parra, transgredieron toda regla válida en la discusión. A pesar de aceptar algunos “atinos” de Vázquez Gómez en sus críticas, considera que

[...] no tuvo Ud. razón ni derecho para zaherirlo en su mérito científico [a Parra], como lo hace Ud. acre y enconadamente en el último capítulo de su folleto; ni tiene Ud. personalidad para volverle la oración por pasiva al referirse a los cargos que él, su maestro, le dirigiera al replicarle. Y decimos que no es Ud. quien pida volverle la oración por pasiva, porque, pese á sus méritos, que ampliamente reconocemos y que declaramos inmensamente superiores á los nuestros, ellos no bastan para medirse con los del señor Parra que está reputado como una de nuestras glorias científicas [...] Preguntarle á un hombre como el Dr. Parra, que es académico de las ciencias y de las letras, y que ha sido capaz de producir una Lógica, qué le deben la Física, la Astronomía, la Biología, no es lo mismo que preguntarle al Sr. Vázquez Gómez porqué él no es un Virchow. El primero

⁶⁸ Palacios (Juan), 1909:124.

⁶⁹ Idem, p. 3.

puede dejar que los demás contesten por él, pero el segundo, ¿qué podría responder? [...] ⁷⁰

Ignoro cuáles eran las relaciones de Palacios con Porfirio Parra y Vázquez Gómez para dar a su réplica un tono tan fuerte, pero el texto muestra claramente algunas de sus afinidades y discrepancias académicas y personales. Asimismo, es posible que esta publicación no sea únicamente una muestra del exceso de pedantería de un discípulo o admirador de Parra (tenía sólo 26 años), sino también la toma de postura de un joven miembro de la intelectualidad de la época que cree firmemente en el progreso del país y su modernidad.

La participación en los festejos de la independencia del país

de Enrique Palacios como redactor de uno de los álbumes conmemorativos, es una muestra más de sus principales convicciones y su inserción en los espacios de elite. 1910 fue el año en el que el régimen porfiriano desplegó todos sus recursos, humanos y materiales, con la finalidad de mostrar a propios y extraños el progreso y la paz alcanzados.

Parte del proyecto modernizador del gobierno porfiriano fue la creación de una imagen moderna de este país, equiparable a los centros pujantes del otro lado del océano. La antigüedad clásica europea debía ser igualada por el pasado prehispánico para mostrar contundentemente el mismo origen antiguo de la simiente civilizatoria. A ello colaboraban, en parte, las actividades arqueológicas del Museo Nacional, así como las realizadas por la Dirección de Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos.

Para este momento, el Museo Nacional era ya el principal centro de investigación antropológica e histórica en el país y gozaba de reconocimiento intelectual entre las instituciones pares del mundo. El gobierno de Díaz y, sobre todo, el proyecto educativo de Sierra y Ezequiel A. Chávez (1868-1946) habían impulsado la investigación

⁷⁰ Idem, p. 120-1.

antropológica y su profesionalización en este centro.⁷¹ Por su parte, la Inspección de Monumentos con Leopoldo Batres a la cabeza, desde su creación en 1885, había concentrado sus esfuerzos en la custodia y vigilancia de los restos materiales de las culturas prehispánicas, así como en algunas exploraciones, sobre todo de las principales zonas monumentales conocidas hasta el momento.

La participación mexicana en las ferias internacionales a lo largo del siglo XIX, da también una clara muestra del interés porfiriano por el pasado prehispánico/clásico y la modernización. Desde la publicación de la obra *México a través de los siglos* se alcanza a percibir el clasicismo impuesto al constructo del pasado mexicano. El mismo sentido se observa en las delegaciones mexicanas llevadas a las ferias internacionales. Por ejemplo, en las cariátides del Pabellón Mexicano, presentado en la feria parisina de 1889 (obra de Antonio Peñafiel -1839-1922-), es posible percibir reminiscencias del ideal estético griego impuesto a las figuras prehispánicas. Igual sucede con las obras escultóricas del artista Jesús Contreras en las que resaltan las musculosas figuras de los aztecas envueltas en largas túnicas griegas.⁷²

En este tenor, a la vuelta del siglo, 1910 y sus festejos significaban la primera oportunidad del régimen para mostrar ese progreso de raíces clásicas en su propio suelo. Estos festejos y sus beneficios, también alcanzaron, en buena medida, al ámbito académico antropológico y arqueológico. Como parte de ello se realizaron grandes exploraciones en la pirámide del Sol en Teotihuacán a cargo del inspector Leopoldo Batres y, tras largos años de negociación, se inauguró la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas.⁷³

Una de las obras dedicadas de manera exclusiva a mostrar el rostro de este México moderno y su antigüedad durante los festejos del Centenario, fue la publicación del álbum *México en el Centenario de su independencia*. Con 418 láminas de gran formato, la obra consta de imágenes fotográficas de hermosos paisajes citadinos y naturales de los principales estados de la República. Las tomas muestran a claras luces las bellezas

⁷¹ Rutsch, 2002.

⁷² Tenorio, 1998.

⁷³ Rutsch, 2002.

naturales (de origen) y artificiales (producto del progreso alcanzado). Cada imagen incluye, además, breves líneas descriptivas del personaje o paisaje escenificado. Es muy probable que, por el contenido de la obra, ésta tuviese la finalidad de servir como regalo a los asistentes extranjeros y personalidades políticas e intelectuales del país invitados a los festejos. Se realizaron dos ediciones y de la segunda el tiraje (en el mismo año, 1910) fue de 2 000 ejemplares.

La realización de la obra estuvo a cargo de la Sociedad Anónima “México en el Centenario de su Independencia”, cuyo consejo de administración estuvo conformado por Othón Balcázar, como presidente; Juan B. Ordóñez (vicepresidente); Melchor Álvarez (primer vocal y tesorero); Enrique Gutiérrez (segundo vocal); Alfredo Amescua (tercer vocal y secretario); Francisco Villavicencio (comisario); y Eugenio Espino Barros (gerente). Finalmente, como redactor, aparece Palacios.⁷⁴ Su participación en esta obra pudiera ser, por un lado, el resultado del aprecio y reconocimiento intelectual del que gozaba a sus tempranos 29 años. Por el otro, los escritos, aunque sencillos, muestran su conocimiento del territorio nacional y su historia oficial, así como algunos atisbos de giros en sus intereses.

En el marco de estos festejos y proyectos de recreación del imaginario, el álbum *México en el Centenario de su independencia* adquiere un significado especial. En sus páginas se muestran (al lado de las grandes fábricas de cemento, las industrias textiles y mineras y las obras de ingeniería) fotografías de la ciudad de Teotihuacán, de las ruinas de Mitla, de Monte Albán, de Uxmal y, por supuesto, de las grandes piezas que guardadas celosamente el salón de monolitos del Museo Nacional. El presente moderno aparece de la mano de sus remotas raíces civilizatorias.

Lo más probable es que fuese la Sociedad Anónima organizadora de los festejos quién decidiese la pertinencia de cada una de las imágenes en la publicación y que Enrique Palacios -como redactor- tan sólo haya tomado parte en las discusiones al respecto, concentrándose en escribir las presentaciones para cada una de las mismas.

⁷⁴ Firmado como Juan Palacios.

Por otro lado, las fotografías fueron tomadas por Espino Barros y,⁷⁵ en este mismo sentido, para la descripción de cada fotografía, es posible que Palacios haya utilizado fuentes secundarias y que no conociese el lugar del que estaba hablando. No obstante, su estilo literario, quiere sugerir al lector que él estuvo al lado del objetivo de la cámara y que conoce a cada palmo el lugar del que habla. Por ejemplo, vale la pena reproducir el extenso pie de foto que acompaña la imagen del Antiguo Molino de Pedreguera, Jalapa, Veracruz, en el que se lee lo siguiente:

Aunque tenga que emprender una regular excursión, no debe el forastero dejar de visitar un sitio agradable, sitio no muy distante de la población, á una legua escasa del centro de Jalapa, y que llaman allí el antiguo Molino de Pedreguera. "No deje usted de visitarlo, le dicen á uno los amigos jalapeños.- Pero ¿que tiene? Se pregunta con cierta indecisión.- Nada; usted vaya, y después dirá si quedó descontento." Y allá la emprende uno, subiendo cuestras y bajándolas; cruzando vericuetos y describiendo una especie de zig zag, que en esta tierra no es posible andar de otra manera. Tras de no mucho andar pero no poco cansarse, y decimos esto, porque en este terreno quebrado una legua vale por tres de tierra llana, llegamos al antiguo molino que fue, según nos dicen, del no menos añejo marqués de Pedreguera, y nos convencemos de la exactitud de los vaticinios que se nos hicieran antes de la jornada. Nada, ciertamente nada, es lo que ofrece de particular el molino en cuestión. Es cierto que la tradición ha enredado sus leyendas en torno de la casa, como las yedras que sombrean los viejos paredones; pero nosotros hemos llegado aquí como fotógrafos, y las consejas son inmunes á las agresiones de la cámara; lo pasado y lo porvenir escapan á la lente; dejemos dormir á las tradiciones ó leyendas que envuelven el nombre del dueño de aquel antiguo feudo colonial. Tampoco queda hueco para tratar de esa simpática y tan importante industria, el molino, pues este "antiguo molino" ya no tiene de tal, más que el nombre, pues hoy es prosaica, aunque productiva instalación de hilados y tejidos. ¿Qué hacer, pues, aquí? En marcha... ¡Detente, fotógrafo empedernido; aguarda un momento! No ves que á falta de otra cosa hay una vista como las que á ti te encantan? Pues, ¿qué dices de esas verdes colinas, de los distantes y blancos caseríos, semejantes á nidos de palomas, del cielo puro, de la vegetación florida, y en medio de todo esto, los blancos paredones, tras los cuales se ¿cree oír rodar la vieja muela y el rumor melancólico del arroyuelo que la mueve?... ¡No pierdas esta vista!"⁷⁶

Se trata del mismo estilo con el que escribe los textos que acompañan a las tomas de objetos y monumentos arqueológicos. En éstas imágenes, además, Palacios inserta –casi por descuido– algunas opiniones que exceden el tono de la descripción turística y traslucen algunos de los puntos centrales de la discusión del momento sobre

⁷⁵ Las fotografías no tienen autoría a lo largo del álbum. Palacios la aclarará varios años después en Palacios (Juan), 1947-8:146.

⁷⁶ Palacios, 1910: sin número de página.

la investigación de las culturas prehispánicas. Al hablar de la Piedra del Sol, la Coatlicue, la Piedra de Sacrificios y algunos otros objetos de la sala de monolitos del Museo, Palacios considera que tales piezas develan la

[...] habilidad y fantasía para el dibujo [de los pueblos], y sus costumbres y teogonía retratadas fielmente en su arte suntuario, así como *su vasta civilización expresada en todos aquellos signos y jeroglíficos*, muchos no descifrados todavía, que encierran el secreto de civilizaciones desaparecidas [...] *La historia entera de estos pueblos estaba sin duda inscrita con signos más ó menos enigmáticos en estas placas conmemorativas*, de las que el Museo guarda algunos ejemplares. Pero *la parte más importante la forman los objetos pertenecientes al culto de los aborígenes: los antiguos ídolos, las deidades terribles, esculpidas en granito y traquita durísimas, para que fuesen eternas, como las ideas que representaban*. Esta es la parte escultórica o estatuaría del Museo. Hay también muchos objetos de la cerámica indígena, muchas piezas de ornato y muestras de la orfebrería de los aztecas.⁷⁷

Vista a la luz de su carrera posterior, la posición de Palacios frente a la interpretación de jeroglíficos como herramienta básica para la escritura de la historia precolombina, así como su interés por la cosmogonía de los pueblos, adquieren más sentido. El estudio del folklore (entendido como análisis de la cosmogonía) además de ser el eje de la americanística alemana, era el centro para varios estudiosos mexicanos durante aquellos años y, Palacios, años más tarde, centraría su atención en tales tópicos.

En México, años atrás, Alfredo Chavero había señalado que, pese a la gran destrucción de las culturas aborígenes tras la llegada de los españoles a América, la historia de las culturas de este continente se salvó, en gran medida, por dos tipos de fuentes: los registros de los misioneros y las fuentes escritas por los mismos pueblos devastados. Porque “Es verdad que no se pueda conservar de modo perfecto y absoluto la historia si no es por escrito...”.⁷⁸

Gracias a los misioneros, quienes aprendieron lenguas, costumbres y leyendas, la historia de estos pueblos quedó registrada en crónicas. Pese a que muchas de éstas permanecían inéditas para este momento, habían servido a la reconstrucción histórica. Por otro lado, además de los edificios y los ídolos que permanecieron tras la conquista, se conservaban también los recuentos históricos grabados en piedra por los mismos

⁷⁷ Palacios, 1985[1910]: sin número de página. *Cursivas mías.*

⁷⁸ Chavero, 1981[1889]:iv.

pueblos. Estos monumentos, además, presentaban una cronología perfecta, base principal para la precisión histórica.

Pudieron, pues, nuestros antiguos pueblos dejarnos en sus jeroglíficos, no solamente la historia de sus hechos, sino la de sus costumbres públicas y privadas, sus ideas religiosas, sus conocimientos astronómicos, su cronología y supersticiones, su organización política, y, en una palabra, el conjunto de su civilización. Por lo mismo, *la primera fuente de nuestra historia antigua son lo jeroglíficos*, como obra de aquellos mismos pueblos.⁷⁹

A estas fuentes (coloniales y registros iconográficos) se debe, opina Chavero, que la historia de nuestro pueblo (el mexicano) sea superior a la de otros pueblos primitivos, incluida la de Grecia misma, en la que las leyendas están cargadas de imaginación que la aleja cada vez más de la verdad.

Cierto es que el mismo Chavero fue criticado fuertemente por tener un exceso, precisamente, de imaginación en la escritura de la historia prehispánica.⁸⁰ No obstante, dejando a un lado sus interpretaciones, su opinión sobre la investigación en las fuentes escritas y registros iconográficos, lejos de ser una postura aislada, pareciera representar la práctica académica de todo un grupo de investigadores, tanto de su generación como de las siguientes. Por ejemplo, Justo Sierra, en *México su evolución social*, recuperaba esta preocupación y se lamentaba de la falta de un Champollion que pudiese encontrar la piedra roseta para descifrar el “desesperante mutismo” de las culturas precolombinas y, sobre todo, de las mayas.⁸¹ En este mismo sentido, el profesor de arqueología del Museo Nacional, Genaro García, tenía como principal preocupación el registro adecuado de las fuentes coloniales,⁸² mientras que Jesús Galindo y Villa afirmaba que tanto valor tenía un monumento de piedra como un códice.

Las afirmaciones de Palacios en el *Álbum México en el centenario...* apuntan a que él compartía este tipo de preocupaciones, sin duda, como discípulo de los autores arriba referidos. El conocimiento que muestra en estos textos parece ser muy básico, y bien

⁷⁹ Idem, p. IV.

⁸⁰ Ortiz Monasterio señala algunas de las críticas que suscitó el capítulo escrito por Chavero para *México a través de los siglos*, como por ejemplo las del mismo coordinador de la obra, Riva Palacio, o las posteriores de Justo Sierra. Cf. Ortiz Monasterio, 2004:225ss.

⁸¹ Sierra, 1985:8.

⁸² Aub, 1988.

podría ser únicamente una opinión de segunda mano basada en la lectura de las principales obras históricas de su época (como las de Sierra y Chavero). Con estas líneas, sin embargo, Palacios se inició en la escritura sobre temas prehispánicos, área en la que paulatinamente irá adquiriendo conocimiento experto y consolidando una postura propia, con base en reflexiones profundas y análisis minuciosos. El sentido histórico de la indagación arqueológica será el eje central de sus preocupaciones en los años siguientes.

Para Mechthild Rutsch, la postura de algunos profesores del Museo Nacional, como Galindo y Villa, pone de manifiesto la tradición de esta institución. Es una muestra clara de la integralidad de las ciencias antropológicas y de la conjunción de la historia (natural y patria) y la arqueología. La misma autora considera que, sin embargo, tal tradición en el seno del Museo fue desplazada a la vuelta del siglo primero, por la separación del Museo de Historia Natural (1909) y, después, por la “concepción técnica e instrumental” de la arqueología practicada por la Inspección de Monumentos.⁸³

Me parece que para el caso de Enrique Juan Palacios, así como de algunos de sus posibles maestros (como Chavero, Sierra o del Paso y Troncoso), no es posible hablar de una tradición de antropología integral, pero sí de una estrecha liga de la arqueología con la historia. En otro lado, asimismo, he sugerido la pervivencia de la concepción instrumental en la arqueología (reconocida por Rutsch) en las décadas de los años veinte y treinta del siglo pasado.⁸⁴ No obstante, cabría analizar con mayor detalle la concepción de historia en cada una de las investigaciones realizadas en dicho periodo, en las cuales, de hecho, el mismo Enrique Juan Palacios participó. Tales trabajos, si bien mantuvieron como objetivo primordial la reconstrucción de los monumentos arqueológicos, también desarrollaron una narrativa histórica que, hasta el momento, no ha sido investigada con precisión.

La liga entre la arqueología y la historia también ha sido observada como un antecedente directo de la historiografía positivista mexicana que, a la postre, derivó en la

⁸³ Rutsch, 2002:58ss, 78ss.

⁸⁴ López Hernández, 2003.

profesión arqueológica.⁸⁵ No obstante, esta posición parte de la concepción de saberes diferenciados (arqueológico e histórico) y sus antecedentes cuando, considero, para estos momentos la arqueología es historia, y su demarcación como campo especializado e independiente fue posterior. La preocupación de estos intelectuales por los escritos coloniales y los glifos en piedra apelaba no sólo a la materialidad física y, por tanto, objetiva de las fuentes disponibles para la investigación y su registro. Además existe un claro interés sobre el *qué se narra y cómo se alcanza la verdad* y, por tanto, cómo se construye la narrativa histórica prehispánica, entendida ésta como devenir cronológico de los sucesos pasados y como disciplina profesional. El interés por la cosmogonía de los pueblos se suma a estas problemáticas. Volveré a ello abajo.

El interés por conocer el territorio mexicano

pudo despertarse en Palacios a partir de la elaboración de los textos del *Álbum México en el centenario...*, y los viajes que posiblemente realizó para ello. Lo que es claro es que, a partir de esta fecha su actividad histórica crece de manera considerable y la fascinación por el paisaje se instala de manera definitiva como parte de sus intereses.

Al parecer, los años posteriores al centenario y los primeros de la lucha armada, los dedica a la investigación y escritura de dos obras. De agosto a noviembre de 1914 escribió *Cien leguas de tierra caliente*, primera obra que firma con sus dos nombres de pila: Enrique Juan Palacios. Se trata de su primera novela y constituye el volumen uno de una serie de tres.⁸⁶ *Cien leguas de tierra caliente* es una narración romántica, lineal, que a lo largo de 200 páginas sigue la tradición de la literatura costumbrista del siglo XIX. Narra las aventuras de un joven que, junto con sus amigos, hace un viaje desde la ciudad de México a Puebla y Veracruz. El objetivo es mostrar al lector los caminos recorridos, los poblados y sus costumbres, los paisajes vírgenes y las sorpresas que aguardan la gente, su pensar y sus costumbres.

⁸⁵ Matute, 1997: 25-70.

⁸⁶ Palacios, 1916. Los otros dos textos (*Tierra Sacra* y *3ª serie*) se consignan en la portadilla del primero, pero ignoro si fueron publicados.

Cuando escribió la obra *Palacios* tenía 33 años. Su escritura sugiere las notas diarias de un viaje real que hiciera en 1911. La lectura hace olvidar al lector que el país se encuentra convulsionado por las guerras entre facciones. O bien, hace pensar que las revueltas no resultaron tan problemáticas o terribles para toda la sociedad en su conjunto, y que no todo se detuvo con los movimientos armados. Resulta atractivo, asimismo, considerar la posición económica del autor que le permitió aventurarse por tantas semanas de viaje sin presiones de tiempo, dinero o trabajo (para realizar un viaje en caballo, canoas y a pie), y dedicarse a la escritura de la obra.

Durante la lectura de la novela no puede escapar a la mirada del lector la imaginaria que acompañó al autor en el viaje. El texto se encuentra colmado de frases que muestran asombro ante la naturaleza y sus cualidades exóticas, deslumbrantes, mágicas, atrayentes, excitantes, cual si se tratase de una mujer de voluptuosa figura. El autor aparece así como un viajero romántico recorriendo tierras exóticas.

En las fotografías que acompañan al texto, es posible observar a los viajeros vestidos con jackets, altas botas que sujetan las valencianas de sus pantalones claros y, por supuesto, el saracof que los protege de los rayos del sol. Acompañados siempre de las escopetas y los rifles *máuser*, el grupo de jóvenes cazan por deporte a cuanto animal se les presenta, desde garzas y patos, hasta un puma (¡el mayor trofeo de la expedición!). La alegría extasiante de los profesionistas citadinos convertidos en cazadores y viajeros se completa al pisar caminos, cruzar ríos, matar animales, es decir, al romper la virginidad latente del paisaje.

Pero el tema del escrito no son los jóvenes, sino la “tierra caliente”, el paisaje y su belleza virginal. De tal suerte, me parece, esta novela muestra una faceta más del autor. En su réplica a Vázquez Gómez y los pies de foto del *Álbum México en el Centenario...*, Palacios en gran medida mostró sin reservas su confianza en el orden, el progreso y el positivismo. En esta novela, por el contrario, deja ver su fascinación ante la faz de la naturaleza que se oculta detrás del progreso. También se trasluce su carácter decididamente romántico. Proyecta la impresión de un hombre aventurero, ambicioso y siempre dispuesto a recorrer caminos no explorados antes.

Por otro lado, Palacios no perdió oportunidad de señalar también aquí, y casi por descuido, su atracción hacia el mundo prehispánico. Cuando los jóvenes llegan a El Tajín, Veracruz, el narrador deja escapar, no sin cierta sorna, algunos comentarios sobre un sabio amigo suyo que había publicado en *Cosmos* un artículo sobre estas ruinas.

Tan admirable trabajo, ofrece a los entendidos infinitas y sesudas disquisiciones, suficientes a dejar calvo a quienquiera, menos a su autor, hombre cabelludo como un cometa. Confieso mis pecados: yo no creo en una jota del profundo manuscrito. Y no es que le falten luces; al contrario: precisamente porque tiene demasiadas. Lo llevo por sistema en achaques arqueológicos: mientras más documentados y mejor nutridos se me presentan los autores, menos crédito doy a sus lucubraciones. De esto tienen la culpa ciertos... sabios del Museo, de cuyo nombre no quiero ahora acordarme.⁸⁷

El párrafo alude, de forma irónica, a la práctica común de varios estudiosos de la época, pero también el estilo que él mismo utilizará en sus escritos arqueológicos, en los que cada argumento es sostenido por un sinnúmero de fuentes. Si bien Palacios no figura entre los alumnos el Museo, años después se reconocerá discípulo de uno de esos “ciertos... sabios”: Galindo y Villa.⁸⁸ Es muy posible que, en general su aprendizaje en temas arqueológicos haya sido autodidacta pero, atendiendo a su postura e intereses, es claro que fue un discípulo ferviente de estos profesores decimonónicos, a quienes seguramente conoció desde los primeros años del siglo.

En la redacción de *Savia Moderna* o las reuniones del Ateneo, seguramente tuvo oportunidad de conocer a Luis Castillo Ledón (1880-1944), Jorge Engerrand, Galindo y Villa, Manuel Gamio, Jorge Enciso (1879-1969), Pablo Martínez del Río, Antonio Mediz Bolio (1884-1957), Ramón Mena, Roberto Montenegro (1885-1968), Gerardo Murillo (1875-1964), Porfirio Parra, Isabel Ramírez Castañeda y Alfonso Toro (1873-1952).⁸⁹ Estas relaciones, además, pudieron haberle facilitado su llegada al Museo Nacional posteriormente. De tal forma, en las referencias en su novela de esos “ciertos sabios”, Palacios hablaba de gente que desde hacía tiempo conocía.

⁸⁷ Idem, p. 90.

⁸⁸ Palacios, 1922. Para un recuento pormenorizado de las cátedras y alumnos del Museo durante estos años, cf. Rutsch, 2002.

⁸⁹ Para los diferentes miembros del Ateneo de la Juventud y sus principales datos biográficos, cf. Curiel, 2001.

Otro espacio intelectual relevante

en el que Palacios seguramente tuvo vínculos cercanos con los “sabios” del Museo fue la Sociedad Científica “Antonio Alzate”, de la cual fue miembro durante años.⁹⁰ Fundada en 1884 por un grupo de jóvenes de resuelta vocación científica, a decir de Luz Fernanda Azuela, la Sociedad alcanzó su periodo de esplendor y mayor crecimiento en la primera década del siglo XX.⁹¹ Sus miembros fundadores, formados dentro de los lineamientos de la educación positivista, fueron discípulos de Porfirio Parra y Alfonso Herrera padre (1838-1901) y de los fundadores de la Sociedad Mexicana de Historia Natural. Nacieron en la década de los años setenta del siglo XIX.

En torno a las excursiones domingueras de Herrera y las reuniones informales convocadas por Puga, se formalizaron poco a poco las reuniones de la Sociedad con un claro concepto comteano de la organización del saber como columna vertebral de la Sociedad. Si bien en un inicio se dividió en tres secciones (ciencias matemáticas, ciencias físicas y ciencias naturales), al poco tiempo se agregó una sección de ciencias diversas para el mejor funcionamiento de la Sociedad, lo que le dio ventaja sobre las demás corporaciones porfirianas.

La Sociedad encabezaba tareas de fomento y difusión de la práctica científica por medio de diversas actividades, de tal suerte que contribuyó a la renovación de los esquemas organizativos de la práctica científica que habían regido hasta años recientes. En este sentido, fue un

[...] semillero de sociedades e instituciones científicas. Su reputada actuación en los medios intelectuales fue definitiva para alimentar las vocaciones de los científicos más destacados de la primera mitad del presente siglo, quienes fueron orgullosos miembros de la corporación.⁹²

Durante el decenio que va de 1880 a 1890 la Sociedad alcanzó su consolidación al incorporar paulatinamente personajes de la comunidad científica con prestigio sólido

⁹⁰ Lamentablemente, el único trabajo histórico que conozco sobre dicha Sociedad no refiere la lista de miembros de la misma. Cf. Azuela, 1994. No obstante, Palacios publicó diversos textos en las *Memorias*, lo cual atestigua su participación en las reuniones de dicha Sociedad. Cf. entre otros Palacios, 1920 y 1920a, que dan fe de su participación en las sesiones de 1917.

⁹¹ Azuela, 1994:cap. 4.

⁹² Idem, p. 94-5.

(incluidos los miembros de otras sociedades y personalidades con cargos oficiales dentro del gobierno), mismos que avalaron sus trabajos y colaboraron en la búsqueda de apoyo económico.

Azuela alcanza a observar en la Sociedad las claras muestras del comienzo de la profesionalización de diversos campos científicos. Para la autora, desde su inicio se trata de un grupo de profesionistas especializados dedicados a la enseñanza y al ejercicio de la ciencia y la técnica. La Sociedad era entonces un espacio para extender y proyectar las actividades científicas de sus miembros, ya no como aficiones compartidas, sino como la forma de “alimentar la incipiente profesionalización de la ciencia...”.

Para el cambio del siglo, la Sociedad contaba con 135 miembros nacionales, sus publicaciones iban en aumento y tenía relaciones con 930 corporaciones científicas extranjeras y 49 nacionales, mientras que los miembros iniciadores ya se encontraban en puestos oficiales reconocidos. Para la década siguiente, los miembros contaban con el reconocimiento del gobierno y algunos de ellos participaban en proyectos de envergadura nacional, como la creación de la Escuela Normal Superior, institución en la que, cabe señalar, Palacios impartiría cursos de historia años más tarde.⁹³

Con el paso del tiempo los temas humanísticos en las *Memorias* crecieron con rapidez en proporción a los de otras áreas, llegando a ocupar una quinta parte de aquéllas. Destaca el papel de la historia, la arqueología, la antropología y la educación, así como la presencia de autores como Galindo y Villa, Nicolás León (1859-1925), Ramón Mena y Jorge Engerrand.

Con el inicio de los movimientos armados en el país, las autoridades de la Sociedad siguieron ascendiendo en la jerarquía burocrática, siguieron celebrando reuniones periódicas y se mantuvo la producción escrita. De tal suerte, se publicaron seis tomos del total de las *Memorias* (19) entre el período comprendido entre 1910 y 1914 y, durante la breve presidencia de Francisco I. Madero, se realizó el Primer Congreso Científico Mexicano. En opinión de Azuela,

⁹³ Cf Anexo, Cuadro 1.

Parecería que los autores (de las **Memorias**) consideran los sucesos [revolucionarios] como parte de un proceso evolutivo inexorable, que asumen acríticamente por el momento, y será años más tarde cuando empiecen a aparecer los elementos de un análisis sistemático de los acontecimientos [...] Si atendemos, pues a las **Memorias**, se puede afirmar, que en términos generales la práctica científica no se vio afectada por la crisis. La *Alzate* mostró, en este sentido, su situación privilegiada dentro de las élites, posición que le confirió la independencia que caracteriza a la comunidad científica frente a los desastres políticos y que asegura la permanencia y continuidad de su quehacer a lo largo de la historia.⁹⁴

Es cierto que la postura de los autores de las *Memorias* podría reflejar su mirada confiada frente a los acontecimientos que padecía el país, y que el crecimiento de la Sociedad podría mostrar la fortaleza del grupo y la presencia alcanzada por sus miembros en los gobiernos, independientemente de su color y filiación política.⁹⁵ Por otro lado, sin embargo, estos sucesos pudieran hacer referencia también a la permanencia y/o continuidad de parte de los grupos intelectuales de elite en las esferas políticas y académicas mexicanas a pesar de las transiciones políticas abruptas.

Como parte de este grupo de elite se encontró Palacios. Fue la Sociedad Alzate la que le abrió los espacios de publicación de obras históricas y arqueológicas. Junto a las de Galindo y Villa, Jorge Engerrand y Nicolás León, las obras de Palacios contribuyeron al crecimiento del porcentaje de estas temáticas en las *Memorias*. Hasta 1920, en este espacio, Palacios publicó cuatro de sus 13 obras (entre artículos y libros), y lo siguió haciendo hasta su renuncia al gremio arqueológico, ya en la década de los años cuarenta del siglo pasado.⁹⁶

Como señalé arriba, desde 1914 y a la par de su primera novela, Palacios comenzó la investigación y escritura de otro libro -el primero de carácter histórico- que terminó durante el primer trimestre de 1916. *Puebla, su territorio y sus habitantes* es una obra de 748 páginas (en dos volúmenes) dedicada a la memoria de su hermano, el ingeniero Enrique Palacios. Para la escritura de la misma, utilizó la biblioteca de la Sociedad Alzate (formada por Aguilar y Santillán), por lo cual agradece y dedica el trabajo a di-

⁹⁴ Azuela, p. 119-120. Resaltado en el original.

⁹⁵ Idem, p. 149ss.

⁹⁶ Cf. Anexo, Bibliografía de Enrique Juan Palacios Mendoza.

cho centro. El libro fue publicado en el tomo 36 de las *Memorias y Revista* de la Sociedad.⁹⁷

En este trabajo Palacios ya muestra pericia en el manejo de las fuentes y en la escritura histórica. En cada uno de los apartados, refiere puntualmente cada una de las opiniones vertidas sobre la temática y debate abiertamente con quienes considera necesario. A reserva de sus escritos en los Juegos Florales de 1902 y 1907, será esta obra la que inaugurará su actividad histórica, y esta forma de narrativa la que lo acompañará en el resto de su carrera.⁹⁸

Ignoro la fecha exacta en la que ingresó a la Sociedad Alzate, pero al menos desde 1914 se encontraba preparando la publicación sobre Puebla en la biblioteca de la misma, por lo que resulta posible que también asistiera a las reuniones como miembro activo. Lo cierto es que para el 5 de marzo del año del Constituyente dictó una conferencia en los salones de la Sociedad sobre las condiciones petrolíferas de la costa sur del país.

Dos meses después, el 7 de mayo, presentó un estudio sobre las ruinas de Tuxtepec, Oaxaca, posiblemente como el resultado del mismo recorrido por la costa sur del país. Ese año había visitado la zona -aún enmontada- y, tras algunas semanas, mostraba los resultados a sus compañeros de la Sociedad Alzate.⁹⁹

Se trata de un texto corto acompañado de dos láminas en el que describe las características de las ruinas de Tuxtepec. Para ello se basa en el recorrido y desmonte que realizó en la zona en 1916, así como en la consulta de las publicaciones existentes al respecto. Estos elementos le fueron suficientes para aventurar la hipótesis de que las estructuras de la zona correspondían a fortalezas militares aztecas.

La misma ausencia de signos esculpidos, pinturas o decoraciones nos confirma en la idea de que fueron aztecas, mejor que zapotecas, mayas o toltecas los constructores de

⁹⁷ Palacios, 1917. Cf. Anexo, Bibliografía... Al parecer, su primer escrito histórico apareció en *El Mundo Ilustrado* bajo el título de "San Francisco Ecatepec".

⁹⁸ Los escritos de los Juegos Florales son referidos por Marquina (en Palacios, 1981). No obstante no me ha sido posible localizar tales ejemplares.

⁹⁹ Palacios, 1920a.

estas obras, en cierto modo desprovistas de arte, pero hábilmente dispuestas para servirse de la vecindad del río y de los accidentes del terreno.¹⁰⁰

En este sentido apoyaba lo antes señalado por el americanista Eduard Seler (1849-1922), quien consideraba al lugar como uno de los primeros avances hacia el sur de la cultura azteca. Palacios conocía bien la obra del americanista y es posible que haya tenido oportunidad de conocerlo durante los festejos del Centenario de la Independencia (en los que ambos participaron), o bien en alguno de los viajes que Seler hizo a México. El germano, como se verá a lo largo de este escrito, fue para Palacios una referencia obligada en buena parte de sus estudios.

Esta cercanía teórica con el profesor alemán, podría sugerir además la proximidad de Palacios con los ambientes intelectuales de México y la comunidad de americanistas alemanes. Así, dos años después de las conferencias en la Sociedad Alzate, la revista *El México Antiguo* publicó otro trabajo de Palacios, sobre los viajeros en México.¹⁰¹ El director de esa publicación, Hermann Beyer (1880-1942), es otro de los alemanes que se encuentran de manera constante en los escritos de Palacios.

Ambas instancias (Sociedad Alzate y *El México Antiguo*) fueron la plataforma para que Palacios se insertara en los medios arqueológicos nacionales. Los profesores mexicanos decimonónicos y los intelectuales americanistas alemanes fueron sus mentores y los principales interlocutores en sus primeros ensayos. Y, finalmente, los signos latinos y prehispánicos, así como la historia prehispánica, fueron su punto de partida y constituirían el centro de toda su carrera posterior.

¹⁰⁰ Idem, p. 143.

¹⁰¹ Palacios, 1919.

iii. historia

AQUELLOS AÑOS DE LA SEGUNDA DÉCADA DEL SIGLO XX fueron decisivos para el ingreso de Enrique Juan Palacios a diferentes espacios de la comunidad arqueológica nacional e internacional. Sus publicaciones reflejan esa inserción. Además de los textos mencionados ya, durante 1920 Palacios publicó una biografía sobre Hernán Cortés y un texto sobre la influencia del habla entre los países hispanos de América en el *Álbum de Juegos florales celebrados en la H. Ciudad de Córdoba, Veracruz*. En ese año apareció también su primer texto sobre interpretación iconográfica.¹⁰²

Bajo el ambicioso título de *La piedra del sol y el primer capítulo de la historia de México*, la Sociedad Alzate, en el número 38 de sus *Memorias*, publicó este nuevo trabajo. El escrito (terminado en 1917 y dedicado a su madre, doña Adelaida Martínez) condensaba algunos de sus más “nobles entusiasmos” y afectos más intensos y puros, aquellos que lo motivarían en adelante: la interpretación iconográfica. Al año siguiente, además, esta obra fue traducida al inglés por Frederick Starr y publicada en el *Bulletin* la Universidad de Chicago.¹⁰³



Figura 2. Piedra del Sol.

¹⁰² Palacios, 1920b y 1920c.

¹⁰³ Palacios, 1920d y 1921.

A lo largo de 100 páginas Palacios analizó cada uno de los estudios que daban una descripción y/o interpretación sobre el monolito de la Piedra del Sol. Es así que repasa la historia del monumento desde que éste fue encontrado en las remodelaciones de la Plaza Mayor de la Ciudad de México en 1790 y hasta que fue trasladado a los salones del Museo Nacional por el entonces inspector de monumentos Leopoldo Batres. Asimismo hace un recuento analítico de las opiniones de León y Gama, el barón Humboldt, Dionisio Abadino y Felipe Valentín, Zelia Nutall, Alfredo Chavero, Ramón Mena, Eduard Seler, Francisco del Paso y Troncoso y Galindo y Villa; y de los registros gráficos realizados por W. Bullock (del museo de Londres) y José María Velasco.

Entremezclado con este análisis, se encuentra el estudio de las fuentes coloniales y de los símbolos de la piedra, los cuales son descritos e interpretados minuciosamente por Palacios desde el centro de ésta –con la efigie de Tonatiuh- y hasta el último círculo exterior. Su exposición lleva al lector por cada uno de los pasos que al parecer siguió durante la investigación hasta llegar a las conclusiones. Palacios muestra en ella una profunda seguridad en su proceder al considerar que se ha alejado, hasta donde es posible, de los supuestos arbitrarios. Por medio de la crítica científica emprendida, él confía en el rigor del pensamiento lógico.

La mayoría de nuestras interpretaciones se apoya en importantes monumentos, y unas a las otras se armonizan en la piedra, cuya explicación resulta congruente, integral y esencialmente unitaria. ¡No podría ser de otro modo: monumento de parecida magnitud responde por fuerza a un pensamiento claro y lógico!¹⁰⁴

Con base en el monumento y las autoridades enunciadas a lo largo del trabajo, Palacios concluye principalmente que el monolito refleja la cosmogonía de la raza tolteca y, por tanto, ésta última tiene una realidad histórica. Ubica la llegada de este pueblo al Altiplano tras la erupción del Xitle y, la caída de su poderío, alrededor del año 1000 dC. A partir de entonces, considera Palacios, los elementos capitales de esta civilización se transmitieron a las razas sobrevivientes. Es debido a ello que un gran número de culturas aceptaron el mismo sistema cronológico derivado del tronco común de los toltecas. Éste se encuentra claramente plasmado en el tercer círculo del relieve de la Piedra

¹⁰⁴ Palacios, 1920d:89.

del Calendario (contado desde el centro hacia fuera), que es el “abc” para todo arqueólogo. De tal suerte, la piedra era la base calendárica del pueblo tolteca, un “legado común de un pueblo civilizador, que a todos los otros sirvió de tronco”. En otras palabras, se trataba del origen de la cosmogonía nahua, cuya traducción literal sería la siguiente:

En el año 4,992 concluyó la tercera edad del mundo, pasadas cuatro ocasiones cuatro veces. A su término se juntaron Tonatiuh y Quetzalcóatl en el cielo, y en el Tonalámatl fue el día Ce Cipactli, primero de la cuenta. Era el fin del año 13 acatl. 104 años después, los sabios tulteca fundaron su ciudad y eligieron rey, y reunidos los ancianos y los astrónomos y agoreros principales, dijeron: vamos a comenzar otra vez la cuenta del tiempo. Y así lo hicieron a partir del año siguiente, Ce técpatl, que era el 5,097 de la creación. Y añadieron que esta edad había de acabar por calamidades terrestres, después de 4 veces 416 años, como por la fuerza del agua y la del aire y la del fuego habían terminado las anteriores, porque así lo quieren los dos señores del cielo que se juntan cada 8 y cada 104 años. Y dispusieron escribirlo en un monumento, fuerte y eterno como el tiempo, para que se guardase en él la historia del mundo.¹⁰⁵

Por ello, aseguraba Palacios, la piedra debería llamarse calendario tolteca, por ser este pueblo quien la labró. El nombre de Piedra del Sol, pese a que no podía cambiarse por cuestiones de costumbre, sólo le correspondía de manera parcial, pues se trataba de una piedra del Sol y de Venus. En este sentido, el monumento constituía la prueba fáctica de que la raza tolteca no era un mito, sino que en realidad existió y, además, fue la “raza inventora de la religión astronómica y del culto del *gemelo hermoso*”.

Palacios volvió sobre este mismo tema en dos artículos más durante los tres años siguientes. En el *Álbum histórico mexicano...* (arriba señalado) publicó “Los glifos de la Piedra del Calendario. Su relación con los grandes monumentos de la América Precolombina” y, en las Monografías del Museo Nacional, *Interpretaciones de la piedra del Calendario*. En ambos textos presentó una síntesis de lo ya publicado previamente en las *Memorias* de la Sociedad Alzate, es decir, un estudio sobre el carácter cronológico de la piedra.¹⁰⁶

¹⁰⁵ Idem, p. 40.

¹⁰⁶ Palacios, en Batancourt y Sodi, 1923: sin paginación; Palacios, 1924. Tal vez el único elemento interpretativo diferente entre estos textos y el presentado en las *Memorias* de la Sociedad Alzate sea la lectura del quinto círculo del monumento. No obstante, éste no resulta sustancial para la tesis básica.

El énfasis en las bases analíticas,

no obstante, fue un punto central en estos siguientes estudios sobre la Piedra del Calendario. A diferencia del primer escrito, en los nuevos textos Palacios se preocupó por destacar las bases de su análisis.

[...] racional parece que si los cronistas mexicanos inmediatos a la conquista no lograron transmitirnos con fidelidad completa las nociones elevadas de la teogonía, la cosmogonía y la cronología de los naturales, tanto más cuanto que ello guardaba cierta relación con el culto idolátrico, entonces perseguido en todas sus fases, sí es probable que se aproximaran a lo cierto; y siendo indudable que los monumentos precolombinos contienen la clave del enigma, sólo habrá que confrontar los elementos que presentan, con la parte más sólida de los datos de los historiadores.¹⁰⁷

El énfasis no era gratuito. Los relieves de la piedra habían sido interpretados principalmente a partir de dos tesis: la cronológica y la decorativa. De acuerdo a la primera, los glifos eran simbólicos al mismo tiempo que ornamentales, mientras que la segunda tesis, la decorativa, aseguraba que los relieves no tenían significado, por lo que la Piedra era un vaso para la sangre y los corazones de las víctimas de los aborígenes. Palacios pretendía debatir con los que apoyaban esta última propuesta –decorativistas– y sustentar metodológicamente su propia tesis, es decir, que los relieves de la Piedra eran símbolos con significado y, por tanto, elementos factibles de lectura cronológica.

*Lo racional es la inspección del monumento: el análisis directo de los glifos, a la luz de los avances de la ciencia arqueológica. Juntamente la crítica de las disquisiciones de los autores principales, compulsadas entre sí y puestas en confronta con la Piedra misma. Añádanse los elementos de carácter histórico o tradicional, que aparezcan en las crónicas más antiguas, hechas a raíz de la conquista. Añádanse los monumentos prehispánicos que expresen ideas análogas. Sobra decir que, si los códices indígenas consignan alguna indicación, y ésta se interpreta rectamente, su valor resulta decisivo. Todo conciliado con el sentido común, eje de diamante de la ciencia.*¹⁰⁸

Y a pesar del prestigio de los personajes que apoyaban la tesis cronológica (León y Gama, Humboldt, Gallatin, Orozco y Berra, Chavero, etc.), Palacios descartó todo criterio de autoridad para defender su postura. Del otro lado, entre quienes eran partidarios de la tesis contraria, se encontraban fundamentalmente Selser, aunque de manera sesgada, y Hermann Beyrer.

¹⁰⁷ Palacios, en Betancourt y Sodi, 1923: sin número de página. *Cursivas mías.*

¹⁰⁸ Palacios, 1924:5. *Cursivas mías.*

En las sesiones de la Sociedad Alzate, Beyer había debatido la tesis cronológica de Palacios. Éste último respondió a las críticas de Beyer y los otros decorativistas con diversos argumentos. Primero, afirmó que el monumento difícilmente podía satisfacer las funciones de piedra de sacrificios. Debido a su forma y dimensiones, el sacerdote encargado del ritual simplemente no podría ejecutar a la víctima de sacrificio.

Es, pues, cuestión de sentido común. Entre los aborígenes, como entre nosotros, el menor esfuerzo imponía naturalmente su ley; y al menos de mirar en el acto una tortura para el propio ejecutante, cuyas veces las desempeñaban con frecuencia el rey, sus parientes y los miembros de la nobleza, hay que persuadirse de que la ordinaria y verdadera piedra de los sacrificios, debió tener forma y dimensiones distintas.¹⁰⁹

Pero más importante aún, la Piedra no presenta oquedad, luego no hay vaso. Ahora bien, para los aborígenes la cuenta del tiempo era, debido a los ciclos cosmogónicos, algo singularmente precioso y de extrema importancia. La cronología se asociaba con la esperanza de la prolongación de la existencia en un nuevo Sol que marcara el comienzo de un ciclo más. Era racional, entonces, que los prehispánicos grabaran los elementos esenciales de su sistema en un monumento consagrado al astro que los engendraba. Siendo que la lectura de los conjuntos de los caracteres de la Piedra del Sol concordaban con las entidades cronológicas naturales de día, año, eras y etapas cosmogónicas de la historia del mundo, lógico resulta pensar que era una

[...] lápida votiva al Sol, por completo llena de emblemas, ¿a qué otra cosa puede referirse, sino a dichos movimientos, máxime siendo la mayoría de los emblemas, glifos o signos numerales dispuestos en círculo, forma usual de la representación del año en las ruedas de los indios?¹¹⁰

[...] No podría dudarse, entonces, que los aborígenes se preocupaban hondamente por grabarlo [el calendario] en monolitos prominentes, siendo ello más significativo si la práctica se comprueba entre familias y nacionalidades diversas, bien que ligadas por el gran vínculo cultural de la cronología, que parece en realidad la estampa común impresa en las civilizaciones anteriores a la conquista, por el pueblo misterioso que les sirvió de tronco intelectual.¹¹¹

Los caracteres del relieve guardaban relación con el astro del día y las fiestas anuales que se le tributaban, así como con el sistema de medición del tiempo. A la vez,

¹⁰⁹ Idem, p. 6. *Cursivas mías.*

¹¹⁰ Idem, p. 10.

¹¹¹ Palacios, en Betancourt y Sodi, 1923:7 (paginación propia). *Cursivas mías.*

la Piedra expresaba las etapas principales de la existencia histórica del pueblo constructor, y el concepto mítico-cosmogónico del universo.

Beyer había puesto en duda que las *xiuhcóatls* que rodean el último círculo de la Piedra simbolizaran a Tonatiuh y Quetzalcóatl. Por el contrario, interpretaba este elemento como demonios (las lenguas de las serpientes que se tocan en la parte inferior del monumento). Para Palacios, tales seres infernales no podrían observarse ni con la ayuda del microscopio.

[...] la unión de las lenguas de los numenes [Quetzalcóatl y Tonatiuh], exige tal explicación [la cronológica]. Únicamente el concepto de que se trata, se aviene a ese tropo jeroglífico. El Sol y el Fuego poseen la propia esencia; uno y otro se encuentran identificados, ¿a qué, pues, insistir gráficamente en lo que es evidente por sí mismo? No creemos a los sacerdotes mexicanos y a sus admirables artistas, capaces de tan ociosa redundancia. [...] Significa de ese modo, que los calendarios de uno y otro se combinan (lo que era un hecho), como los cuerpos celestes concurren en el firmamento.¹¹²

[...] nada tan natural, tan lógico, tan expresivo y a la vez tan brillantemente metafórico, como la confrontación de los dos astros cuya aproximación en el firmamento y el enlace de cuyos movimientos en el calendario, formaban la cronología. Es decir, la confrontación de los rostros del planeta Venus y del Sol. Entre uno y otro engéndrase la medida del tiempo, o sea el calendario. Y por eso, glifos venusinos y solares alternados integran los círculos de la admirable Piedra.¹¹³

El error de Beyer, de acuerdo a Palacios, consistía en querer interpretar a su conveniencia las crónicas de Diego Durán, cuando éste hizo las descripciones de los *cuauhxicallis* –piedras de sacrificio-. Palacios proponía, por el contrario, que una lectura correcta del texto de aquel cronista brindaba las referencias necesarias para apoyar la tesis cosmogónica, pues aquél refiere la construcción de una piedra de los meses y años durante el mandato de Axayácatl.

¡Categoricas palabras [las de Durán]! La interpretación de carácter cronológico encuentra en ellas cimiento indestructible. Ninguna conjetura acerca del sentido de los puntos, por seductora que se juzgue, puede borrar la fuerza de esa declaración. [...] Necesitan pues, los adversarios de la tesis cronológica, si trabajan revestidos de verdadera probidad científica, afrontar el estudio del pasaje de Durán. El les suministrará orientaciones luminosas.¹¹⁴

¹¹² Palacios, en Betancourt y Sodi, 1923:15 (paginación propia).

¹¹³ Palacios, 1924:31.

¹¹⁴ Idem, p. 14-5.

Además, la Piedra registraba las cuatro edades del mundo, lo que constituía sustento suficiente para considerarla como monumento cronológico. Evidentemente, al afirmar esto, Palacios daba por supuesto que existieron relaciones entre las familias tolteca y tenochca. Para él, la lengua (nahuatl) y el sistema calendárico de los dos grupos eran iguales, debido a que ambos provenían del mismo linaje (el tronco tolteca de la metrópoli de Culhuacan). De estas relaciones, Enrique Palacios desprendía que la “nacionalidad tolteca” tenía suficientes relaciones con la mexicana como para que los sacerdotes de Tenochtitlan expresaran en un monumento histórico-cronológico los grandes eventos de la historia de aquel pueblo, del cual podían considerarse descendientes.

Palacios estaba dispuesto a considerar errores en su interpretación, dejando abierta la posibilidad de hacer nuevos análisis comparativos al respecto. En lo que no dejaba cabida a la duda era en el carácter simbólico de los relieves. Consideraba que tenía bases suficientes para afirmar esta tesis porque sus conclusiones no eran gratuitas. La “filiación de las ideas” que guiaron su investigación transcurrió por la interpretación del simbolismo calendárico de la pirámide de Papantla (El Tajín), las Piernas Colosales (Tula, Hidalgo), el templo de Quetzalcóatl de Teotihuacán y el templo de Xochicalco, el monolito de Tenanco, el Mausoleo III de Chichén Itzá, el Codice Borgia, el mapa de Sigüenza, los códices Feyerabend y Vaticano, así como por las investigaciones de Fernando Ramírez, del Paso y Troncoso, Eduard Seler y Zelia Nutall, entre otros.

En esto último radicaba a la vez, la importancia de su tesis, porque la Piedra fue –retomando la frase de Leopoldo Batres– “un gran libro de consulta para los aborígenes, libro de caracteres de piedra” y “muchos monumentos y códices precortesianos expresan la misma idea y, de hoy, más podrán leerse, aplicándoles la clave hallada en la Piedra Mexicana”.¹¹⁵ Para Palacios, la “piedra roseta”, por la que había clamado Justo Sierra años atrás, había sido encontrada e interpretada.

A reserva de continuar el análisis de la polémica sobre la interpretación del significado de la Piedra en otro espacio, quisiera detenerme en algunas consideraciones

¹¹⁵ Palacios, en Betancourt y Sodi, 1923:27 (paginación propia).

sobre los presupuestos de Enrique Palacios con referencia a la construcción de la narrativa histórica. Me parece interesante destacar, en primer instancia, el hecho de que de todo el recuento de investigaciones que presentó en el estudio, únicamente consideró como posiciones atinadas las de Galindo y Villa, Ramón Mena, Del Paso y Troncoso y Alfredo Chavero, José Ramírez y Eduard Seler (pese a los errores de éste último acerca del significado no cronológico del monumento). Algo que tienen en común estos personajes, además de su pertenencia a un centro de trabajo (en el caso del Museo Nacional), es la valoración que hacen de las fuentes escritas, al considerarlas, incluso, como monumentos.

Es en este sentido que considero que su mención en la narrativa de Palacios no es azarosa. El reconocimiento que hace el autor de los trabajos de este grupo de historiadores podría sugerir una suerte de cercanía con su postura teórica y/o interpretativa. Al igual que ellos, Palacios consideraba que

Ahora que creemos poder leer el relieve, resulta verdad que allí se contienen el saber astronómico, la cosmogonía y las fechas principales de la historia de la raza constructora; del pueblo autor de un monumento que no sólo debía sombrar al mundo, como síntesis de la más prodigiosa de belleza y de ciencia que acaso los hombres hayan creado, sino que, por la naturaleza de su material, sobrevivirá a la vida de la especie humana en el planeta.¹¹⁶

En este análisis, Palacios puso a prueba las ideas que, doce años atrás, había esbozado en los textos que acompañaron las imágenes del *Álbum del Centenario* en 1910. En primera instancia, pareciera que el valor que asignaba a la fuente escrita radica en el hecho de que ésta es un objeto material y, por tanto, objetivo y sujeto de lectura.

Pero más allá de la materialidad del objeto, se trataba de un producto directo del pueblo estudiado, es decir, de la historia escrita por los actores que la vivieron. Es en este sentido que los íconos pueden leerse como una fuente de primera mano que no ha sido modificada por interpretación alguna. La historia, en este sentido, queda plasmada en la cosmovisión del pueblo. Por un lado, este acontecer queda enmarcado por fechas calendáricas precisas que pueden ser trasladadas al registro occidental actual. Por otro, este mismo acontecer muestra el desarrollo de la religión del pueblo y, por tanto, de su

¹¹⁶ Palacios, 1920d:8. Cursivas mías.

civilización. La historia, entendida como narrativa del pasado, queda acotada a la traducción fidedigna de los acontecimientos pasados que, por lo demás, ya han sido contados en otro idioma, pero sin interferencia alguna de velos culturales entre pasado y presente.

Además de los monumentos existe, para Palacios, una segunda fuente para la historia que se encuentra muy cercana a la verdad: la realizada por los cronistas. El investigador interesado debe acercarse a este tipo de evidencias para guiarse en la lectura y, finalmente, realizar un análisis comparativo de fuentes coloniales y monumentos.

En buena medida, estos serán los supuestos con los que Palacios inauguró sus investigaciones arqueológicas y los que acompañarán su obra en los años siguientes enmarcando la pregunta acerca del origen civilizador de las culturas prehispánicas. De hecho, para el momento de la publicación de los dos últimos textos sobre la Piedra del Calendario, Enrique Palacios había dado un giro definitivo en su carrera al ingresar como bibliotecario del Museo Nacional.¹¹⁷

Para este momento la actividad arqueológica del país se realizaba, de manera oficial, por dos dependencias: en el Museo Nacional y en la Dirección de Antropología. El Museo, institución de larga tradición (creado en 1825) reunía en sus salones colecciones históricas y arqueológicas, así como estudiosos de todas las áreas de la antropología (etnología, antropología física, lingüística, arqueología) por medio de departamentos especializados en cada una de estas materias.¹¹⁸

La vida del establecimiento se tornó problemática con las revueltas armadas de la revolución y esta situación se acentuó a partir de 1917 cuando, además, el establecimiento tuvo que lidiar con el creciente prestigio de un nuevo proyecto más atractivo ante los ojos de los nuevos caudillos revolucionarios y populistas. Luis Castillo Ledón se encontraba en la dirección del Museo y Ramón Mena en la jefatura del Departamento de Arqueología.

¹¹⁷ AC-INAH, exp. Palacios Mendoza, Enrique Juan, nombramiento con fecha del 26 de enero de 1922, s.n.f.

¹¹⁸ Rutsch, 2002.

La nueva dependencia, que compartiría las funciones de investigación con el Museo, se creó una vez asentada la constitución en 1917 y fue denominada Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos (Dirección de Antropología –DA- a partir de 1919). Como sucesora de Inspección de Monumentos Arqueológicos y dentro de la estructura de la Secretaría de Agricultura y Fomento (SAF), esta nueva instancia tenía por objetivo realizar estudios de antropología y arqueología aplicadas en todo el país. Manuel Gamio estaba a la cabeza del proyecto.

La coexistencia de ambas dependencias (Museo y DA) significó una duplicidad de funciones de las instancias federales, más que una colaboración en las tareas antropológicas del país. No existieron proyectos conjuntos ni posibilidad de diálogo entre ambas instituciones. Al contrario, cada una pretendía sustentar el valor de su trabajo marginando el de la otra con la intención de obtener la exclusividad de las tareas, sobre todo arqueológicas.¹¹⁹

La balanza, al menos presupuestal, se inclinó en favor de la DA afectando considerablemente el desempeño del Museo en las labores arqueológicas de campo. Mientras que éste último prácticamente no tuvo posibilidades de realizar estas labores (salvo algunos recorridos en Puebla y Guerrero), la DA inició el magno proyecto del Valle de Teotihuacán. Es así que, para el momento en que Palacios ingresó como bibliotecario, el Museo trataba de estirar los magros \$5 000.00 para sus exploraciones de campo. Entre tanto, la Dirección de Antropología gestionaba los \$225 000.00 del presupuesto asignado para este año a sus labores de exploración y presentaba, ante la comunidad nacional e internacional, la publicación de los resultados de sus investigaciones en el Valle de Teotihuacán.¹²⁰

Enrique Palacios tuvo el privilegio de ser uno de los tres investigadores que realizaron en el Museo una de las dos únicas exploraciones en ese año de 1922. Como bibliotecario, Palacios no se limitó a la custodia de los materiales bibliográficos o a su

¹¹⁹ López Hernández, 2003.

¹²⁰ 1922 es el año en el que las diferencias presupuestales entre las dos dependencias se hicieron más patentes. El Museo, hasta 1924, obtuvo entre \$2 000.00 y \$5 000.00 anuales para la investigación de campo de todos sus departamentos. El presupuesto de la DA, por el contrario, durante el mismo periodo osciló entre \$15 000.00 y \$225 000.00. Cf. López Hernández, 2003:37.

consulta e investigación (gracias a lo cual pudo escribir sobre la Piedra del Calendario), sino que emprendió sus primeros recorridos arqueológicos con anuencia y paga institucional. Al mes siguiente de su ingreso fue comisionado por tres meses al sur del país para realizar exploraciones arqueológicas.¹²¹

Junto con Miguel E. Sarmiento –también empleado del Museo-, Palacios recorrió la zona del Cofre de Perote. A su regreso informó al Museo que, tras visitar varios sitios de relevancia, entre ellos el Huayaltépetl, llegó a Cantona, Puebla. Palacios consideró este último sitio como la “ciudad más extraña del mundo”, y no pudo evitar admirarse de haber localizado una zona arqueológica en donde se creía que ya no había nada por conocer.¹²²

La satisfacción de los miembros del Museo no fue menor que la de los exploradores. Con este descubrimiento –reportaban las autoridades del establecimiento ante la SEP-, el Museo, “centro neto, legal y científico”, recuperaba las actividades y atribuciones que otros le disputaban pero que legítimamente le correspondían.¹²³ Además, el hallazgo fue dado a conocer a la comunidad internacional como el episodio más reciente de la historia científica de la arqueología en México. El vocero de tal hallazgo fue el profesor de arqueología del Museo, Ramón Mena. En 1922 José Vasconcelos le pidió al profesor una historia de las exploraciones arqueológicas en la República que se acompañase de fotografías e ilustraciones que la hicieran más comprensible. El escrito de Mena fue presentado en el Congreso Histórico celebrado en Brasil con motivo del centenario de la independencia de este país y tuvo el título “Las exploraciones arqueológicas en México” con 131 ilustraciones.¹²⁴

Tras un largo recorrido cronológico por las principales investigaciones arqueológicas realizadas en el país, Mena cierra el texto con el recorrido de Palacios y Sarmiento por el Cofre de Perote y el descubrimiento de las ruinas del Huyaltépetl. Señala que, en

¹²¹ AC-INAH, exp. Palacios Mendoza, Enrique Juan, oficio fechado el 07 de febrero de 1922, s.n.f.

¹²² Palacios, 1922a.

¹²³ SEP, 1922:245-248.

¹²⁴ AHSEP, 4.11 Departamento de Antropología, fólder 1, 1922, 40fs. Lamentablemente el expediente no contenía las ilustraciones.

adelante, esta extensa ciudad con pirámides de tres o cuatro cuerpos, sería investigada, consolidada y conservada por el Museo siguiendo el sistema racional, es decir,

[...] recogiendo el material en los mismos lugares y acomodándolo en sus mismos sitios de procedencia, sin quitar ni añadir, sin retocar, sin inventar; ni siquiera del mampostado piensan hacer uso; en todo caso, cuando los sillares no pueden sostenerse en sus paramentos, cuñas de madera servirán para consolidarlos [a los monumentos].¹²⁵

Finalizar el escrito con este descubrimiento era, de alguna manera, reafirmar la calidad científica del Museo, a todas luces superior a la mostrada por la DA en los trabajos de Teotihuacán. Páginas antes, Mena había considerado que Manuel Gamio “exploró la Ciudadela, reincidiendo en los mismos errores que censuró al Sr. Batres. En la Ciudadela se perdió todo antecedente antiguo de sistema constructivo y un 90% de la edificación es obra nueva” y no se llevó un diario de excavación.¹²⁶ Es claro que, para él, los trabajos interdisciplinarios realizados por la Dirección de Antropología carecieron de toda calidad científica porque sus resultados se acercaban más a la imaginación de los exploradores que a la verdad de la ciencia.

Tales afirmaciones de Mena reflejan las pugnas entre ambas dependencias y sus respectivas comunidades. Pese a que Gamio había sido alumno de los profesores del Museo Nacional, para la creación de la Dirección no convocó a ninguno de sus viejos conocidos y mentores. Por el contrario, el personal de la DA no tenía ninguna experiencia previa en el ámbito arqueológico y, con esto, Gamio rompió sus relaciones con sus maestros y condiscípulos del Museo Nacional.¹²⁷

Además de los enfrentamientos por competencia y autoridad, entre el viejo establecimiento y la nueva dependencia había fuertes tensiones por el control oficial de la práctica misma, es decir, por normar la práctica e instaurar los principios técnicos y metodológicos válidos que conformarían en adelante la ciencia de la arqueología. Teotihuacán fue el sitio que sirvió, en muchos sentidos, para ventilar tales discrepancias.

¹²⁵ AHSEP, 4.11 Departamento de Antropología, fólder 1, 1922, f. 33. Cabe señalar que Mena asegura que la zona que Palacios señala como Cantona es, en realidad, Huyaltépetl.

¹²⁶ AHSEP, 4.11 Departamento de Antropología, fólder 1, 1922, f. 22.

¹²⁷ El personal de Departamento de Arqueología de la DA estaba conformado principalmente por el ingeniero Ignacio Marquina Barredo, el ingeniero José Reygadas Vértiz y Eduardo Noguera Auza. Cf. López Hernández, 2003.

El principal trabajo de la Dirección de Antropología consistió en investigaciones arqueológicas y antropológicas de índole práctica que fueron denominadas “integrales”. Aquellas del Valle de Teotihuacán fueron dadas a conocer a la comunidad nacional e internacional el mismo año en que Palacios exploraba el Hueyaltépetl y Mena presentaba su historia de la arqueología en el Congreso de Brasil (1922).¹²⁸

Ignacio Marquina, arquitecto de profesión, fue convocado por Manuel Gamio para formar parte del equipo de la DA. En Teotihuacán, el arquitecto se encargó de los registros topográficos y arquitectónicos y la liberación de los edificios. En el capítulo tercero de la obra sobre Teotihuacán, “Arquitectura y escultura”, correspondiente a la historia prehispánica, Marquina presentó el recuento de los trabajos que sobre arqueología se habían realizado en el lugar. La finalidad era que se conociera “el concepto que se ha tenido de las ruinas en distintas épocas y el estado en que han quedado después de las exploraciones”.¹²⁹

Su recuento inicia con los cronistas, los cuales, según señala Marquina, al no conocer la ciudad en funcionamiento, brindaron referencias vagas y/o erróneas. Los siguientes trabajos descritos son los informes de los viajeros. De éstos únicamente resalta la participación del barón Humboldt, quien a diferencia de los demás, no se limitó a repetir lo ya señalado antes por otros sino que aportó datos relevantes para el estudio de los monumentos.

La narración es continuada con los “estudios modernos”, entre los que Marquina menciona los realizados por la Comisión Científica de Pachuca, los de Antonio Peñafiel, Desiré Charnay, Gumesindo Mendoza, Williams H. Holmes, Brancoft y Stansbury y Hágár. Salvo los tres últimos, que incurrieron en fantasías e imaginaciones sin fundamento, el arquitecto consideraba que los demás constituían verdaderas aportaciones modernas e interesantes, aunque no siempre exentas de errores. La medida la brindan, para el autor, los métodos que cada uno utilizó en su investigación.

¹²⁸ Gamio, 1979 [1922].

¹²⁹ Marquina, “Arquitectura y escultura”, en Gamio, op cit, vol. 2:108.

Por ejemplo, la participación de la Comisión Científica de Pachuca era relevante debido a que determinó las coordenadas geográficas, hizo un plano de la zona que indicaba los principales montículos, y trató de establecer la orientación de los edificios, sus medidas y unidades de medición y los posibles sistemas constructivos, así como su relación con el meridiano astronómico actual. Lamentablemente, considera el arquitecto, las exploraciones de esta Comisión, terminaron por destruir el montículo explorado dejando los escombros amontonados en el mismo lugar. También los escritos de Holmes resultaban de interés. Este autor, aprovechando los datos ya conocidos, mostraba un “espíritu moderno” al describir con método la distribución de los montículos y su sistema de construcción.

A este recuento, le sigue un apartado de las “exploraciones oficiales”. En estas líneas Marquina destacó principalmente las exploraciones realizadas por Batres mientras estuvo al frente de la Inspección de Monumentos. El arquitecto no encontró un solo elemento de valor en estos trabajos. Por el contrario, consideraba que Batres, además de incurrir en graves errores de interpretación, destruyó el patrimonio (edificios y objetos muebles) sin dejar registro alguno de sus trabajos, ocasionando con ello que estos vestigios se perdieran para siempre. Los cargos que denuncia Marquina eran graves. El inspector, según esta lectura, reconstruyó mal la Pirámide del Sol al no haber localizado las aristas del edificio; no registró las pinturas descubiertas ni hizo cosa alguna por procurar su conservación posterior; no registró los objetos procedentes de las exploraciones; arrumbó el escombros en las áreas aledañas a los edificios; cortó (destruyó) varios montículos al hacer pasar el Ferrocarril Pirámides por en medio de los mismos, etc. Finalmente, en este mismo apartado, Marquina también dedicó unas cuantas líneas para resaltar los errores cometidos por García Cubas, quien realizó exploraciones durante la gestión de Batres y, se entiende, gracias a su autorización.

Marquina concluyó este recorrido por el tiempo con un apartado intitulado “trabajos recientes” que inicia con la llegada de Manuel Gamio a la Inspección de Monumentos. El arquitecto consideraba que fue a partir de esta gestión que se realizó el registro minucioso y adecuado del estado de la zona y se fijaron sus límites. Evidente-

mente, a este apartado introductorio de recuentos históricos, le siguen los estudios efectuados por la Dirección de Antropología –entre los que se encuentran los suyos-, dando continuidad a los “trabajos recientes” metódicamente realizados, encabezados por Gamio y que se guiaban por el método estratigráfico.¹³⁰

Semejantes líneas despertaron el enfado –comprensible- de Batres, quien, a los pocos años de publicada la obra y poco antes de su muerte, dedicó algunas letras para defender la trascendencia de sus investigaciones “que con tanta ligereza señala el asalarado amanuense del señor Gamio”.¹³¹ El viejo exinspector brinda un relato minucioso sobre las condiciones en las que inició sus exploraciones, así como los tropiezos que tuvo que superar para descubrir y conservar las pirámides del lugar, sobre todo, con el escaso presupuesto del gobierno.

Asimismo, destaca las técnicas que utilizó para consolidar los edificios descubiertos y los registros en acuarela, hechos por manos expertas, de las pinturas localizadas. Echó mano de este tipo de registros gráficos debido a la falta de recursos económicos que le permitiesen consolidarlas o protegerlas de la intemperie, y recalca que hizo “todo lo que estuvo de mi parte y lo que fue humanamente posible para la conservación de los frescos”.¹³² Señala también que sí realizó los planos correspondientes pues, de lo contrario, no hubiera obtenido recursos del erario para sus labores ni la aprobación necesaria y que, el plano detallado de los montículos no era necesario porque utilizó el de la Comisión Científica del Valle de México. Finalmente asegura que sí clasificó y etiquetó los materiales procedentes de la pirámide del Sol.

El enojo no le restó sentido del humor. Al contrario de Marquina, Batres fue bastante irónico para defender sus puntos de vista. Respecto a la reconstrucción de la Pirámide del Sol, el ex inspector enfatiza que no existió tal, pues su labor consistió en

¹³⁰ Esta es una de las banderas que enarbolaba el trabajo del Valle de Teotihuacán, sobre todo rescatando la autoridad de Franz Boas y los trabajos que realizó la Escuela Internacional. No obstante, en otro lugar he llamado la atención (cf. López Hernández, 2003) sobre el procedimiento seguido por el equipo de Gamio en la zona, en cual fue inverso a lo realizado años antes por Boas y su equipo.

¹³¹ Batres, en Gallegos (coord.), 1997:319. Coincido con los compiladores, al considerar que el texto pudo ser escrito alrededor de 1925 o 1926, esto es, cuando Batres, e incluso Gamio, se encontraban en el extranjero.

¹³² Idem, p. 323.

descubrir toda la pirámide desde su base y en sus cuatro lados, salvo un pequeño pedazo que conservó sin explorar, de manera intencional, a solicitud de un grupo de hombres de ciencia. Y si la pirámide resultó irregular, es obvio que este fuese el resultado porque en ningún momento trazó las aristas, ya que “... no iba a hacer la pirámide de nuevo sino a presentar lo que los antiguos habían hecho, respetando la técnica original de los constructores”. De la misma forma, si eliminó espesores distintos en cada lado fue porque “los indios no usaron un cartabón métrico decimal para dar un espesor uniforme a las construcciones superpuestas”.¹³³

En lo que respecta al ferrocarril, señaló que la vía no cortaba los montículos sino que, en su construcción, se aprovechó el espacio de la Calle de los Muertos y el corte hecho, desde hacía mucho tiempo, por el camino vecinal Otumba-Teotihuacán. Valiéndose de esta tecnología (del ferrocarril), fue el mismo Batres quien sacó los materiales de escombros, no como sus colegas de la Dirección, quienes utilizaron “cuatro carritos tirados por un par de fatigadas acélimas de orejas caídas, impulsadas a fuerza de chichte”.¹³⁴

En este escrito Batres no sólo se defendió, sino que además aprovechó el espacio para calificar las obras realizadas por García Cubas y Gamio como “totalmente destructoras”. Además acusó a éste último de mostrar sus descubrimientos y láminas (en la publicación de *El Valle de Teotihuacán*) sin darle crédito alguno, así como de destruir la obra que él realizó en el Museo de Teotihuacán, pues el

[...] emporio de antigüedades y de maravillas que yo, con tantos años de dedicación y de empeño jamás desmentido, formé poseído del santo amor a la ciencia y a mi patria, hoy es tan solamente una bodega de cachivaches, un hacinamiento de sillones viejos, de mesas extraídas por el señor Gamio de los curatos de los alrededores, y de platos de Puebla que ha puesto este señor allí sin ninguna razón ni con el menor objeto.¹³⁵

Resulta obvio que la intención de Batres es, a la vez que defenderse, desacreditar la científicidad enarbolada en los trabajos de la Dirección de Antropología. El ex inspector pretende también resaltar la importancia de su trabajo, valioso, más que por sus

¹³³ Idem, p. 326-7.

¹³⁴ Idem, p. 239.

¹³⁵ Idem, p. 335.

méritos científicos, por sus alcances como pionero en un ambiente adverso. Desde París, Batres seguramente añoraba el lugar privilegiado y el poder que había gozado por tantos años, así como el reconocimiento de sus compatriotas y colegas.¹³⁶

Por su parte, para el arquitecto Marquina, el debate se centraba en la calidad científica de los trabajos y no en los obstáculos que enfrentó el investigador. Aquélla se basaba en el método, y en particular, en el uso de técnicas modernas que pudieran proporcionar datos cuantificables. Todos los trabajos anteriores a este tipo de metodologías no eran más que meras “imaginaciones” sin base objetiva, por lo que únicamente se limitaban a la repetición de datos y/o reconstrucciones erróneas (como en el caso de Batres y todos los decimonónicos). El investigador, entonces, debía atender a herramientas (exploración sistemática –estratigráfica- y el registro metódico) que le permitieran entresacar el trigo (verdad) de la paja (imaginación). Para Marquina, pareciera que la verdad estaba en los datos fácticos y la metodología moderna.

Todas estas posturas alrededor de los trabajos arqueológicos hechos en Teotihuacán, muestran la enorme diversidad de criterios frente al trabajo arqueológico y la interpretación histórica. Tanto la historia como la arqueología estaban conformándose como disciplinas autónomas. En el caso concreto de ésta última, todos los autores arriba reseñados pertenecen a las primeras instituciones especializadas y subsidiadas por el Estado (Inspección de Monumentos, Museo Nacional y Dirección de Antropología). Ninguno de ellos recibió instrucción formalizada para realizar la actividad arqueológica, pues la profesionalización de este campo aún estaba en largo proceso de gestación.¹³⁷ En este aprendizaje informal, ninguno de ellos tuvo los mismos mentores.¹³⁸ Es preci-

¹³⁶ Sin embargo, la memoria de la comunidad no lo favorecería. Existe, hasta la fecha, una leyenda negra sobre este personaje. Cf. p. ej. Matos, 1998; Guerrero, 2003; Vázquez, 1993.

¹³⁷ Como señala Rutsch (2002), pese a que los primeros cursos de antropología y arqueología se brindaron en el MNAHE desde 1906, la profesionalización de estas materias sólo se consiguió hasta 1936 en el Departamento de Antropología del Instituto Politécnico Nacional.

¹³⁸ Los biógrafos de Batres señalan que éste recibió instrucción especializada en Francia (cf. Manrique, 1988). Por su parte, es posible que la instrucción de Mena se diese de manera informal y sobre la marcha con los profesores del MNAHE (cf. Rutsch, 2002). Lo mismo sucedió en el caso de Marquina pero, con sus colegas de la DA y Manuel Gamio, aunque es posible que este aprendizaje lo combinara con su propia experiencia como arquitecto, sobre todo con las enseñanzas de su maestro y colega, Federico Mariscal.

samente de esta falta de consenso de la disciplina en formación de lo que dan cuenta los escritos arriba esbozados.

Batres se defiende de los ataques de Marquina y justifica sus decisiones y actividad arqueológica. Al parecer no lo consigue, pues nunca volverá a ser considerado un interlocutor y la leyenda negra del Porfiriato también lo alcanzó a él. Marquina, por su parte, enfatiza la calidad objetiva y moderna de los registros, y justifica la reconstrucción con bases objetivas. Mena, en cambio, no aprueba la reconstrucción bajo ningún concepto y rescata como antecedentes fundamentales de la disciplina a aquellos cronistas y decimonónicos que Marquina no considera científicos. Todos apelan a la cientificidad de sus prácticas, pero mientras que para Marquina lo científico llegó con Gamio, los otros se afianzan del pasado remoto, el de los eruditos coloniales. En ninguno de los casos se atiende a criterios similares (sobre las técnicas descritas ni sobre la forma de interpretar los datos). En cada caso el autor parte de su propia forma de hacer arqueología. En este sentido pareciera que sus narrativas tuvieran la intención de fundamentar la investigación que cada uno realiza, es decir, de instaurar la forma válida para hacer arqueología y alcanzar la verdad histórica.

Es claro que las fuertes críticas de los miembros de la Dirección de Antropología tenían la intención de justificar y validar sus trabajos ante la comunidad internacional y nacional en tiempos posrevolucionarios, y de distanciarse con ello del precedente más inmediato para la dependencia y el país: el pasado porfiriano. La revolución, entendida como cambio hacia el progreso, no sólo se limitaba a los acontecimientos políticos, sino que también marcaba una diferencia en la ciencia. Como señala Thomas Benjamín, la “Revolución” -con mayúscula- iba cosificándose en el discurso de los actores hasta convertirse en una entidad autónoma que se confundía con el liberalismo, la patria y, agregaría yo, la ciencia.¹³⁹

Asimismo, me parece clara la intención de validar en la polémica el trabajo de un equipo carente de antecedentes académicos, y colocarlo como la punta de la modernidad científica y la revolución. La publicación de *El Valle de Teotihuacán...* –como claro

¹³⁹ Benjamín, 2003.

resultado del trabajo emprendido por la DA - fue promovida como el primer estudio cabalmente interdisciplinario y antropológico y con indiscutible aplicación social. Estos rasgos legitimaban la actividad en momentos turbulentos sumamente politizados.¹⁴⁰

Enrique Juan Palacios también participó en la polémica sobre Teotihuacán; ciudad que era “piedra de toque” para todos.¹⁴¹ Es posible que, alrededor de la fecha en que ingresara al Museo como bibliotecario, Palacios haya recorrido la zona de Teotihuacán en compañía del presbítero C. Flores. Fue por entonces que escribió el texto que presentó en el *Álbum histórico mexicano*.

Como referí antes, Palacios consideraba que Teotihuacán había sido el lugar en el que se festejó un nuevo atado de años. Esa imagen es la que lo acompañaba al observar la Calzada de los Muertos. Pero más allá de esto, Palacios consideraba que existían varias preguntas cruciales sobre la ciudad. Una de éstas era la concerniente a sus constructores; es decir, a la pertenencia cultural del lugar.

A diferencia de sus análisis sobre la Piedra del Calendario, sobre la pertenencia cultural de Teotihuacán, Palacios consideraba que sí era posible estudiar los restos materiales procedentes de las excavaciones, es decir, los datos que el suelo suministra y que son “directos por su índole, [e] indirectos porque hay que interpretarlos”. Con base en estos elementos, el investigador podía ser capaz de realizar estudios comparativos arquitectónicos y estratigráficos con base en los edificios y la cerámica.

Pero si bien los estudios estratigráficos eran modernos y sólidos, así como seguros en los resultados, Palacios consideraba que debían complementarse con otros, porque

En presencia de dos tipos de cerámica sobrepuestos, cualitativamente diferenciados ¿cómo podría decirnos el método estratigráfico por sí sólo, si se trata de productos de distintos pueblos o de fases sucesivas de una misma evolución? Habrá que acudir a la arqueología comparada, a las aportaciones de la tradición o a los otros documentos históricos, cuando falten constancias de carácter más preciso.¹⁴²

¹⁴⁰ Como ha sido señalado por otros autores (Gallegos Téllez-Rojo, 1996 y González Mello, 2004) los objetivos de la dependencia compartían las preocupaciones centrales del constituyente de 1917 y de ideólogos como Andrés Molina Enríquez.

¹⁴¹ Palacios, 1921.

¹⁴² Idem, sin número de página.

La objetividad, como había referido en sus investigaciones sobre la Piedra, estaba en las historias ya escritas por los propios prehispánicos y los cronistas, así como en la pericia del investigador para indagar y comparar diferentes fuentes y datos. Palacios se consideraba discípulo de Galindo y Villa y de Del Paso y Troncoso y heredero de su forma de investigar.¹⁴³ Es posible que compartiera con éstos (y los profesores porfirianos del Museo) la idea de que un edificio tenía el mismo valor que un códice, pues tan monumento era el uno como el otro.¹⁴⁴

La definición de la práctica arqueológica para la elaboración de la narrativa histórica era clara para Palacios: si bien los estudios arqueológicos podían ser complementados con análisis cerámicos, arquitectónicos e, incluso, osteológicos, se tenían que basar, primordialmente, en los análisis comparativos de fuentes y monumentos.

Estas ideas las condensó en 1929, cuando publicó, en varias entregas, un escrito intitulado "Los estudios histórico-arqueológicos en México. Su desarrollo a través de cuatro siglos".¹⁴⁵ Al igual que el escrito hecho por Mena para el Congreso en Brasil (arriba citado), el de Palacios pretende dar cuenta del desarrollo de la disciplina y ubicarle un origen. Ése es su objetivo. Su ancla temporal coincide también con la del profesor Ramón Mena, pues como el mismo título lo indica, los estudios histórico-arqueológicos tienen ya cuatro siglos y comenzaron con los primeros cronistas de la Nueva España. La arqueología es, fundamentalmente, historia. A partir de aquí, Palacios trazó una genealogía que transita por los principales historiadores liberales del siglo XIX para detenerse justo antes de su propio tiempo, el de sus contemporáneos y predecesores inmediatos.

Este fue el criterio básico que Palacios aplicó en sus investigaciones. Es posible que, con esta forma de proceder, Palacios únicamente estuviese apelando (como discípulo) a la tradición de los estudios sobre las culturas prehispánicas de décadas atrás, como los de Chavero y Sierra, así como los de algunos de sus contemporáneos, como

¹⁴³ Palacios, 1922.

¹⁴⁴ Rutsch, 2002.

¹⁴⁵ Palacios, 1929.

Othón de Mendizábal, Galindo y Villa e, incluso, Ramón Mena. No obstante, Palacios fue determinante en su proceder al considerar que las fuentes procedentes del virreinato eran indispensables para la comprensión de las culturas prehispánicas y, de hecho, eran el mejor acceso, incluso ante métodos más modernos de análisis, como la estratigrafía.

El sentido de la narrativa histórica

es, para Palacios, la base de la investigación arqueológica. Esto se convierte, a la vez, en la pauta para entender el hecho de que, a lo largo de su trayectoria, Palacios avocara la mayor parte de sus trabajos al análisis iconográfico, pese a que también participó en exploraciones arqueológicas en diversos lugares del país.

Palacios siguió trabajando en el Museo Nacional hasta 1924 como bibliotecario abordando diferentes temáticas pero, al parecer, sin salir al campo. Ello no le impidió seguir investigando. Además de los textos referidos arriba (sobre Teotihuacán y la Piedra del Calendario), publicó artículos diversos en el *Boletín del Museo* y los *Anales*. Por ejemplo, publicó textos acerca de la obra arqueológica e histórica de Del Paso y Troncoso, y los trabajos de Saville, William R. Harris y Don Miguel de Triana; sobre las zonas de Teutenango (Tenango) y el Hueyaltépetl, el Desierto de los monjes carmelitas; del descubrimiento de América y la importancia de las raíces latinas del pueblo mexicano; y hasta sobre Benito Juárez y Maximiliano de Habsburgo.¹⁴⁶

Fue hasta 1925 cuando cambió su nombramiento por el de arqueólogo y reinició sus actividades de campo. Las diferencias institucionales y la duplicidad de las funciones arqueológicas, referidas arriba, se resolvieron en 1925, cuando Gamio, como subsecretario de educación, cambió la adscripción de la Dirección de Antropología a la SEP. La dependencia, ahora bajo la denominación de Departamento de Antropología, integró institucionalmente al Museo Nacional y algunos de los profesores de los departamentos del viejo establecimiento fueron sustituidos por los empleados de la anterior

¹⁴⁶ Palacios, 1922b; 1922c; 1922d; 1923; 1923a; 1923b; 1923c; 1924a; 1924b; 1924c; “El descubrimiento de América. Sus trascendentales consecuencias en orden a la expansión del genio latino” y “Juárez y Maximiliano”, en Betancourt y Sodi, 1923:sin número de páginas.

Dirección. Castillo Ledón, Nicolás León y Ramón Mena dejaron sus puestos en el Museo, mientras que Palacios y Mendizábal pudieron seguir laborando en la nueva dependencia.

Al año siguiente (1926), la suerte cambió: el Departamento de Antropología se desintegró, el Museo recuperó su independencia, y se creó la Dirección de Arqueología para la inspección, custodia e investigación de los monumentos prehispánicos. Las labores de antropología aplicada quedaron encomendadas al Departamento de Educación Rural e Incorporación Indígena de la SEP.¹⁴⁷ Los antiguos profesores del Museo regresaron a sus labores en el establecimiento, mientras que Palacios obtuvo el puesto de inspector de arqueología en la nueva Dirección de Arqueología gracias a la solicitud del secretario de educación, Puig Casauranc (1888-1939).¹⁴⁸ Junto con él, siguieron laborando sus antiguos colegas de la anterior Dirección de Arqueología: Ignacio Marquina, Eduardo Noguera y Roque Ceballos Novelo (1885-¿?), todos bajo la dirección de José Reygadas Vértiz (1886-1939).

Con este nuevo puesto, Palacios reinició sus labores de campo y sus exploraciones crecieron considerablemente. En febrero de 1926 fue comisionado a Guanajuato para verificar algunas ruinas y, al mes siguiente, a Yohualichan, Puebla.¹⁴⁹ Asimismo, en mayo de este mismo año, fue comisionado a la Comisión Destructoras de la Langosta en Tabasco y Chiapas para realizar estudios arqueológicos.¹⁵⁰

El ingeniero Amalio Ruiz Velasco y el doctor Alfonso Ernesto Dampf (¿?-1949), de la SAF, habían convocado a una expedición del sureste como parte de la campaña emprendida por dicha Secretaría para la erradicación de la langosta de la región. El proyecto consideró conveniente la intervención de varias instancias para realizar diversas investigaciones complementarias y, aunque no estuvieran directamente

¹⁴⁷ López Hernández, 2003.

¹⁴⁸ AC-INAH, expediente personal Enrique Juan Palacios Mendoza, oficios fechados el 23 y 24 de diciembre de 1925, y del 02 de enero de 1926, s.n.f.

¹⁴⁹ AC-INAH, expediente personal Enrique Juan Palacios Mendoza, oficios fechados el 03 de febrero y 01 de marzo de 1926, s.n.f.

¹⁵⁰ AC-INAH, expediente personal Enrique Juan Palacios Mendoza, oficios fechados el 03 de febrero de 1926, s.n.f.

relacionadas con el tema, éstas podrían ser emprendidas por la expedición para aprovechar el esfuerzo. Por ello, con el apoyo de la SEP (con Puig Casauranc y Moisés Sáenz -1892-1941- como secretario y subsecretario respectivamente), se convocó a diferentes sociedades científicas y dependencias. Así acudieron, por el Museo Nacional, Miguel Othón de Mendizábal y Enrique Palacios por la Dirección de Arqueología. También se integraron los naturalistas Carlos Reyche (1860-1932) y Pérez Angulo, Artidoro Pinto (meteorologista), Marcos Becerra (1870-1940) -naturalista, etnógrafo y filólogo-, Hermann Beyer, el sociólogo Frank Tannenbaum, Ernesto Dampf, el ingeniero Muñoz como representante del gobierno de Guatemala, el ingeniero Francisco Cravioto, y Enrique E. Meyer como médico de la expedición.

La expedición inició en Veracruz, a donde partieron el 18 de mayo de 1926. Vehículos motorizados, carretas, burros, caballos, lanchas y canoas fueron los medios utilizados para recorrer los cientos de kilómetros de la expedición, aunque varios trechos tuvieron que ser cruzados a pie. De Veracruz los expedicionarios siguieron a Oaxaca y luego a San Cristóbal de las Casas, Chiapas. A partir de este punto cada uno de ellos tomó su propio camino.

Debido a la falta de recursos económicos y a lo inhóspito de la región, la comisión se fue desintegrando paulatinamente y a partir de Comitán, Chiapas, sólo continuaron Palacios, Mendizábal y Tannenbaum, pues todos los demás regresaron a la Ciudad de México desde varios puntos y en diversos momentos de la expedición. Palacios visitó 19 lugares durante el recorrido, en cortas visitas de uno o dos días o bien de paso y, una vez terminada la exploración y de regreso en la capital, se dispuso a preparar los resultados para su publicación.¹⁵¹

Los hallazgos fueron presentados como contribución al XXIII Congreso de Americanistas celebrado en Nueva York dos años después. Palacios llevó personalmente su

¹⁵¹ ATA, c. 37, exp. 2704 B/021“26”/1, f. 164, 203-4; exp. 2701 B/021“27”/1, f. 18.

obra ante el Congreso, para lo cual estuvo comisionado, junto con Eduardo Noguera y Castillo Ledón, todo el mes de septiembre.¹⁵²

La Dirección de Arqueología presentó ante este congreso cuatro obras de arqueología. Tres de estas giraron en torno a los monumentos: la primer síntesis de arquitectura precolombina realizada por Ignacio Marquina; el estudio comparativo de los monumentos de la zona maya llevado a cabo por el arquitecto Federico Mariscal (1881-1971), y un recuento del estado de los principales monumentos prehispánicos del país hecho por todos los miembros de la Dirección. La cuarta fue el trabajo de Palacios, titulado *En los confines de la Selva Lacandona*.¹⁵³

La narración de Palacios en este libro es colorida y, a diferencia de las otras presentadas ante el Congreso, no tiene a los edificios como objetivo central. En su estilo narrativo, el autor lleva al lector paso a paso por todo el recorrido de la expedición de 1926, haciéndolo partícipe de sus miradas y disertaciones, así como de las travesías y aventuras de los expedicionarios. De tal suerte, el texto no es una descripción arqueológica de carácter técnico ni una clasificación de materiales, sino una amena narración etnográfica y arqueológica de los lugares visitados, no exenta, incluso, de las explícitas opiniones políticas del autor.

Al narrar su paso por Chiptic, por ejemplo, Palacios describe el sistema de bandillaje y de la tienda de raya, sucesos que, en su opinión, llegaron a constituir una esclavitud abominable que fue resuelta gracias a las bondades de la revolución y, sobre todo, de la presidencia de Carranza. También refiere el trabajo de monterías, así como algunos de los males que legó el régimen de Díaz y denuncia el soborno, práctica de hondas raíces que, en su opinión, va en contra del prestigio nacional. Palacios consideraba al respecto que el jornalero es “motor ciego y esclavo de una riqueza que dará la vuelta al mundo sin que de ella participe ni en la proporción de un átomo”.¹⁵⁴

¹⁵² AC-INAH, exp. personal Enrique Juan Palacios Mendoza, oficio fechado el 05 de septiembre de 1928, s.n.f.

¹⁵³ Marquina, 1928; Mariscal, 1928; SEP, 1928; Palacios, 1928.

¹⁵⁴ Palacios, 1928:101-3.

De esta misma forma, al llegar a la zona de los lacandones, Palacios no pierde la oportunidad de hacer una descripción de los pobladores, “indígenas tan famosos como decadentes”, y su medio. Tampoco escapa a su mirada el trabajo de las monterías y las consecuencias de la tala de árboles de caoba para venta en el extranjero.¹⁵⁵ La travesía también le sirve para hacer algunas elucubraciones sobre las relaciones culturales entre la zona maya y Tula. Si bien considera que el tema merecería un volumen aparte (que posteriormente realizará), recuerda la posibilidad de que Tula tenga origen maya, idea, por cierto, apoyada por sus amigos y colegas, Ignacio Marquina y Miguel Othón de Mendizábal.¹⁵⁶

Con todo, el centro de *En los confines de la selva lacandona* son los jeroglíficos. Con este trabajo, Palacios retornó a los análisis iconográficos, ahora tomando como base los monumentos de la zona maya, el otro gran centro cultural prehispánico. Durante la expedición por el sureste, Palacios tuvo la oportunidad de llegar Santa Elena (Poco-Uninic, a poca distancia del poblado El Amparo, Chis.), primera ciudad maya descubierta por mexicanos. Usó la falta de bóvedas falsas y cresterías en los techos de la arquitectura del lugar, -rasgos característicos de urbes como en Copán o el mismo Teotihuacan- para establecer la filiación cultural del lugar.¹⁵⁷

Posteriormente realizó la lectura de una de las estelas del lugar (la número III). De acuerdo con ésta, consideraba que el lugar perteneció al Imperio Antiguo, particularmente al final del Primer Periodo y al principio del Periodo Medio, lo cual lo colocaba al lado de sitios como Tikal, Palenque, Piedras Negras, Uaxactun y Toniná, entre otros. Luego de sus disertaciones sobre las fechas del sitio señala las divergencias que le fueron anotadas por Franz Blom antes de la publicación del libro, resultado del recorrido de éste último por la zona. Paso a paso va dando la opinión del danés, así

¹⁵⁵ Idem, p. 147-55.

¹⁵⁶ Idem, p. 157.

¹⁵⁷ Idem, p. 107, 120.

como sus réplicas, dejando al lector la posibilidad de evaluar por sí mismo los argumentos.¹⁵⁸

Los jeroglíficos de la zona maya y su interpretación será, a partir de esta fecha, un nuevo tema en sus investigaciones, que se enlazarán a sus disertaciones sobre la iconografía del Altiplano. Asimismo, el área de la Huasteca se integrará a sus intereses. Estas tres áreas de estudio, aparentemente inconexas (Altiplano, maya y Huasteca), encontrarán su punto de encuentro en dos problemáticas básicas: primero en el origen cultural y civilizatorio de las culturas precolombinas y, segundo, en el desarrollo en tiempo y espacio de las mismas.

Estos problemas no eran inéditos, pues el origen fue la piedra angular en la construcción de la nacionalidad mexicana y su historia patria. Desde el siglo XIX, los estudiosos se encontraban preocupados por identificar el origen de las culturas prehispánicas y, en general, la incipiente comunidad arqueológica de las primeras décadas del siglo XX compartió por entero este interés. Por ejemplo, los trabajos de Ignacio Marquina y Federico Mariscal en cuanto a la arquitectura prehispánica, tuvieron como objetivo definir los elementos básicos del estilo arquitectónico y su desarrollo en tiempo y espacio. Asimismo, Eduardo Noguera, único personaje mexicano que se dedicó de manera exclusiva al análisis cerámico, realizó diversos estudios que pretendían establecer los tipos de cerámica de las principales culturas prehispánicas.¹⁵⁹ Las polémicas sobre la cultura olmeca y Mesoamérica desarrolladas en las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo pasado apuntalan a la misma problemática.

Palacios había abordado el problema del origen desde sus primeras investigaciones, pero fue con la integración de sus trabajos sobre la zona maya y la Huasteca, que consiguió redondear su postura y contestar sus preguntas. Para Enrique Palacios, las tres zonas (Altiplano, zona maya y Huasteca) fueron centros decisivos para com-

¹⁵⁸ Idem, p. 137-40. Cabe señalar que su interpretación sobre la estela sigue considerándose válida actualmente y, ésta es una de las pocas aportaciones que se le han llegado a reconocer en el ámbito arqueológico mexicano. Cf. Navarrete, 1984:15.

¹⁵⁹ Marquina, 1928; Mariscal, 1928; Noguera, 1930 y 1968[1930].

prender el inicio y los puntos principales del desarrollo de la civilización o cultura precolombina del territorio.

Es claro que a lo largo de su trayectoria, Palacios fue modificando sus apreciaciones sobre los procesos de desarrollo de los pueblos. Hay, asimismo, elementos que permanecieron inmutables en su pensamiento. En primera instancia, para él existía un centro cultural gracias al cual pudo desarrollarse la civilización. Una segunda tesis que mantuvo, fue considerar que, entre otros elementos, es la cosmogonía del pueblo, principalmente, la que marca la pauta del desarrollo histórico-evolutivo y refleja su espíritu. Finalmente, Palacios siempre consideró que la historia, como reflejo de la cosmogonía, está escrita en elementos gráficos factibles de lectura y, por tanto, la interpretación de los glifos y el análisis comparativo de los monumentos es la mejor vía de acceso para la escritura de la historia de los pueblos desde el presente.

Es en este sentido que la mayor parte de sus trabajos se enfocarán a la lectura de glifos de las tres áreas de su interés (Huasteca, zona maya y Altiplano). Del total de 132 textos publicados (entre libros y artículos), 56 estuvieron dedicados a este tópico.¹⁶⁰ Este énfasis en el grafo, entendido como símbolo, es el que marca una profunda diferencia de su postura con la de algunos de sus contemporáneos mexicanos, quienes, si bien se avocaron a la misma problemática del origen, la observaron desde los análisis arquitectónicos y cerámicos. Otros de sus coetáneos, en cambio, participaron de sus inquietudes en la lectura de los grifos, como Othón de Mendizábal, el profesor del Museo Nacional Ramón Mena, el inspector de arqueología Roque Ceballos y, posteriormente, Alfonso Caso.

Como parte de estas preocupaciones escribió dos guías para la lectura de los relieves mayas. Para este momento, la Dirección de Arqueología para la que había laborado desde 1926, se había transformado en Oficina de Monumentos Prehispánicos e integraba, junto con el Museo Nacional y la Oficina de Monumentos Históricos, el nuevo Departamento de Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos de la SEP.¹⁶¹ En

¹⁶⁰ Cf. Anexo, Bibliografía de Enrique Juan Palacios Mendoza.

¹⁶¹ López Hernández, 2003.

esta nueva organización, desde 1931, Palacios laboraba como inspector de monumentos, y desde este cargo, redactó los textos arriba señalados.

El primero, publicado en 1932, es un breve estudio (17 páginas) que reseña algunos de los elementos principales para la lectura de los glifos, los cuales, asegura, guardan sentido astronómico y, principalmente, cronológico.¹⁶² Al año siguiente (1933) publicó un análisis más extenso (178 páginas) dedicado de manera exclusiva a la interpretación de los glifos mayas.¹⁶³

Para la realización de éste último consultó las obras de diversos autores (principalmente germanos y estadounidenses) así como las *Relaciones de Yucatán*.¹⁶⁴ En la parte introductoria, aclara que hasta el momento sólo existen tres libros pictográficos en los cuales puede apoyarse el investigador en sus estudios (Dresdensis, Troano-Cortesiano y Peresianus). Este tipo de fuentes son valiosas para documentarse sobre el pueblo maya, es decir, sobre sus usos, idiomas, tradiciones y antecedentes. En ello, las fuentes coloniales pueden aportar datos de gran riqueza. Los frailes, de agudo espíritu de observación, realizaron registros sobre la religión, mitos y costumbres de los mayas, en buena parte relacionados con la cosmogonía y el calendario, además de las aportaciones de positivo carácter histórico.

Pero, por otro lado, asegura Palacios, las investigaciones del área maya se ven enriquecidas por la existencia de cerca de un millar de inscripciones pétreas escondidas entre los densos bosques tropicales. Estas constituyen la base para cotejar la información previa y, además, ubicar el registro cronológico de los sucesos. Si bien hasta hace poco, las inscripciones era prácticamente enigmáticas, los conocimientos sobre la materia han avanzado de tal forma que ya se conoce su naturaleza numérica, es decir, su base de lectura. Evidentemente, la escritura de las piedras es más antigua que la de los

¹⁶² Palacios, 1932.

¹⁶³ Palacios, 1933.

¹⁶⁴ Los autores consultados fueron: Hermann Beyer, Franz Blom, C. P. Bowdich, E. Foerstemann, F. T. Goodmann, C. E. Guthe, William Holmes, R. C. E. Long, H. Lüdendorff, Alfred Maudslay, Teobert Maler, J. Martínez Hernández, M. Meinhausen, Sylvanus Morley, E. Krickegauer, Th. Von Oppolzer, Pérez J. Pío, R. Schram, Eduard Seler, Herbert Spinden, John Lloyd Stephens, J. E. Teeple, Alfred Tozzer, Eric Thompson y R. W. Willson.

códices y esto hace que, a la vez que ésta es más elaborada, completa y clásica, es también más difícil de leer.

Por ello, y además por la abundancia relativa de los elementos que suministra, constituye el material preferente de estudio para el investigador del calendario y de la escritura cronográfica maya, única hasta hoy donde el análisis de los emblemas ha conseguido obtener adelantos considerables. También los códices pueden leerse en ese sentido, aun cuando con distinciones; y desde luego no aportan el subido número de fechas, propiamente dichas, que encontramos en los monumentos. Sin embargo el sistema de registro del tiempo y el sistema glífico en general son similares.¹⁶⁵

Es partiendo de esta base, que Palacios brinda una guía para la lectura de los glifos en la zona maya. Para ello se valió de los registros previos de algunos exploradores y estudiosos (Alfred Maudslay, Teobert Maler, Sylvanus Morley, Humboldt, etc.) dibujados por Luis Orellana. Al respecto Palacios considera que, debido a la dificultad de acceso a la zona, lo más factible para realizar este tipo de investigaciones era valerse de tales registros gráficos, sean éstos fotográficos o gráficos. Evidentemente y, al igual que en la escritura de los pueblos que estudia, Palacios confía plenamente en la objetividad de sus propios registros (grafos), convirtiéndolos en una suerte de copia fiel y objetiva del monumento.

Con esta seguridad en el registro escrito, Palacios continuó sus investigaciones y participó en las principales polémicas en las décadas de los años treinta y cuarenta sobre los olmecas y la identificación geográfica de la ciudad de Tula referida en las fuentes coloniales. Para tales momentos Alfonso Caso tenía una reconocida presencia académica y administrativa en el gremio. Sus opiniones al respecto de tales problemáticas fueron decisivas en las discusiones llevadas a cabo por la comunidad arqueológica y tuvieron mucho más peso que las sostenidas por Enrique Palacios.¹⁶⁶ Me parece que dichas polémicas son sustanciales para comprender a éste último, su lugar y postura teórica en la comunidad arqueológica nacional e internacional, así como el olvido que se construyó a la postre entorno a su figura. No obstante, tales puntos quedan pendientes en este trabajo.

¹⁶⁵ Idem, p. 458.

¹⁶⁶ La participación de Palacios en las discusiones sobre los olmecas, en Palacios, 1942.

Para el momento de estos debates, Palacios ya desarrollaba sus investigaciones como arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, al cual ingresó desde su creación, en 1939. Entre 1944 y hasta 1946, ocupó el único cargo administrativo de toda su carrera, al asumir la dirección interina de la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH. No obstante, su vida académica estaba por concluir en las instituciones arqueológicas gubernamentales.

Su retiro

se efectuó cuando se hallaba en pleno ejercicio de sus facultades, a los 65 años. De acuerdo con su viejo amigo, el arquitecto Marquina, su renuncia del INAH no tuvo otra razón más que el

[...] deseo –según lo expresó- de no tener ya obligaciones formales, para dedicarse con exclusividad a sus estudios y de preferencia a sus actividades literarias y poéticas, a las que no había podido consagrar el tiempo necesario y las que constituían su mayor afición y un anhelo que no quería dejar de realizar antes de su muerte.¹⁶⁷

El retiro de don Enrique Palacios sólo fue laboral. En los siguientes años siguió publicando trabajos sobre arqueología y literatura. En su última novela publicada, *Destellos de medio siglo*, y usando su firma inicial (Juan Palacios), se divirtió reseñando parte de sus vivencias en la intelectualidad porfiriana y revolucionaria.¹⁶⁸ Narra así el encuentro de Juan Pasos –protagonista de la historia- con algunos viejos amigos en un lugar de reunión para hombres de la Ciudad de México. Entre copas y deliciosos guisos, los amigos (entre los que se encuentran Henríquez Ureña y Othón de Mendizábal), intercambian anécdotas y viejos poemas, propios y ajenos. Se dibujan así las figuras de Manuel Gamio, José López Portillo y Rojas, Francisco Pérez Salazar, Jaime Torres Bodet, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Andrés Molina Enríquez, Ezequiel A. Chávez, Justo Sierra, y algunos otros que escapan a la identificación del lector.

¹⁶⁷ Marquina, en Palacios, 1981: sin número de páginas. La historia oral del gremio arqueológico, sin embargo, recuerda otra razón. El arqueólogo Carlos Navarrete, discípulo de los contemporáneos de Palacios, asegura que éste último fue obligado por Alfonso Caso a renunciar del INAH. Comunicación personal, marzo de 2005.

¹⁶⁸ Palacios (Juan), 1947-8.

La novela, de añoranzas, recuerdos y nostalgias, es como las de su juventud: lineal y romántica. Los personajes se confunden sin cristalizar en una personalidad individual. Antes bien, alrededor de la mesa pareciera desdoblarse el mismo personaje con pretendidas voces distintas. Es la voz del autor que, ante la necesidad de narrarse así mismo, intenta mimetizarse en sus personajes sin conseguirlo. Es así que, en el recorrido de recuerdos, Palacios termina con los propios, los que lo movieron en su vida: el legado indígena e hispano, los helenos de América, la historia y las leyendas indígenas y la “sombra amable” de su amigo Miguel Othón de Mendizábal.



Figura 3. Enrique Juan Palacios Mendoza, ca. 1940

La vida de Enrique Juan Palacios estuvo llena de riquezas, en conocimiento y satisfacciones profesionales. De esta forma se permite recordar sus exploraciones arqueológicas, hallazgos, principales tesis y publicaciones.

Las correrías a pie, a caballo, en tranvía de mulitas, en guayín, encaramados en burro – ensimismados, usted [Mendizábal] decía- y de cien otras maneras, que hicimos por cuecos y vericuetos de este México, bajando barrancos, escalando montañas, metiéndonos en maniguas... ¡vaya!... [...]

Somos y hemos sido millonarios. Y por arriba de todo, las personales dádivas que debemos a la Providencia, en los representantes familiares –madre, padre, esposa, hermanas; hijo e hijas, superiores a cuanto tesoro pudiera enumerar.

¿Títulos...? ninguno; ni aun los que por gravitación del tiempo nos correspondían. Tampoco a agrupaciones pertenecemos... En suma, nada somos [...] Jamás concedimos nada a las medianías, menos a las petulantes. Jamás escatimamos nada a los grandes valores ya desaparecidos del vivir.

Somos, sin embargo, millonarios, siquier de ideas y jubilos de luz, de sol.¹⁶⁹

En el recorrido de añoranzas, además, le queda la certeza y el orgullo de que

¹⁶⁹ Idem, p. 142, 147-8.

Sostuvimos juntos [con Mendizábal], en materia de alguna disciplina científica en liga al ayer de este país, campañas en que tal vez nos equivocamos o tal vez no; o quizás hay verdad en una parte de las tesis propugnadas. Señalábamos la prioridad teotihuacana, atribuyéndole valor de matriz de culturas, inclusive de ésa que adjetivase como tolteca. Conste, amigo, que en la medida de mis alcances he procurado mantener la liza. Y estoy en el palenque.¹⁷⁰

Esta actitud confiada y decidida, incluso algunas veces arrogante, es la que caracterizó su vida e investigaciones. Si don Enrique Juan Palacios había dado por terminado sus labores en el INAH, ello no le impidió seguir en el “palenque”. La pelea de Enrique Palacios por sus ideas, la siguió dando desde las publicaciones y las aulas -impartiendo cátedras de “arqueología maya” e “inscripciones mayas” en la FFyL de la Universidad Nacional Autónoma de México hasta el año de su muerte, en marzo de 1953- aún cuando la memoria oficial posterior no lo incluyese como parte de la historia.¹⁷¹

¹⁷⁰ Idem, p. 151.

¹⁷¹ AC-INAH, expediente personal Enrique Juan Palacios Mendoza; AHUNAM, exp. 2795; AHSEP, fondo SEP, Sección Colección personal Sobresaliente, Serie expediente personal, subserie Enrique Juan Palacios, exp. P1/4.

conclusiones

SIN LUGAR A DUDAS, son diversos los puntos que he dejado pendientes en esta tesis. Julian Barnes refería que la construcción del pasado es igual a la de una red y que, a ésta, se le puede definir de

[...] dos maneras, según cuál sea el punto de vista que se adopte. Normalmente, cualquier persona diría que es un instrumento de malla que sirve para atrapar peces. Pero, sin perjudicar excesivamente la lógica, también podría invertirse la imagen y definir la red como hizo en una ocasión un jocosos lexicógrafo: dijo que era una colección de agujeros atados con un hilo.¹⁷²

Creo sinceramente que esta metáfora es pertinente por insoslayable. La mirada de Palacios que he bosquejado en este trabajo, ha sido pues, tan sólo un breve esbozo, que deja al descubierto varios procesos y que, a la vez, desata nuevas inquietudes. No podía ser de otra manera, sencillamente, al igual que los aquellos primeros historiadores de la arqueología que referí en un inicio, tejí una nueva madeja de historia y olvidos.

Me parece que, con ello y a lo largo de este trabajo, he mostrado en parte cómo las historias generales de la arqueología mexicana han construido vacíos narrativos que han tendido a homogeneizar los procesos de conformación de la arqueología como disciplina autónoma e institucionalizada en las primeras décadas del siglo pasado. Los sesgos narrativos de las mismas se basan en un pretendido avance progresivo y acumulativo del conocimiento, así como en la introducción de ciertos parámetros científicistas de la segunda mitad del siglo. En particular han impuesto la introducción del método estratigráfico en México como el primer paso de la disciplina hacia la científicidad y, a Manuel Gamio, como el principal promotor de este cambio *revolucionario*. Como segun-

¹⁷² Barnes, 2001:45.

do y último paso en este recorrido hacia la calidad científica, han reconocido la figura de Alfonso Caso como un elemento decisivo.

Estas historias, además, han retomado la linealidad de la historia política mexicana, ensalzando el periodo revolucionario como cúspide de la evolución histórica nacional. La ciencia, desde esta reconstrucción histórica, queda definida como factor y motor de progreso y del sentido social revolucionario. A partir de ello, los “padres de la arqueología” se convierten, además, en científicos conscientes racionalmente de la condición social de las masas.

Detrás de estas narrativas que exaltan la trayectoria de una genealogía oficial, varios procesos y prácticas académicas han quedado ocultos, excluidos en apariencia como episodios no-científicos, exteriores al progreso de la disciplina. Es el caso de Enrique Juan Palacios Mendoza. Su larga y profusa práctica académica, que consideraba la metodología estratigráfica como de segundo orden, no fue incluida para formar parte del panteón de la memoria arqueológica.

No obstante, desde una mirada alternativa, es posible observar la figura de Enrique Palacios como parte del proceso que construyó la arqueología mexicana. Palacios formó parte de la comunidad arqueológica en su complejo periodo de gestación. Participó de sus polémicas, y ayudó a forjar sus preguntas, instituciones y formas de trabajo.

Desde el campo educativo y como parte de la intelectualidad porfiriana y revolucionaria, exploró la literatura y la reseña, así como la crítica en temas tan polémicos como el referente a la educación positiva. Sus escritos en estos primeros años de su carrera muestran, no sólo la diversidad de temas en los que incursionó, sino además y más importante, parte de su personalidad multifacética. Palacios no fue un personaje constreñido a la pretendida educación positiva de sus años de formación. Si bien, esta formación comteana marcó el rigor de sus investigaciones a lo largo de su carrera, también le permitió el desarrollo de su mirada literaria.

A la vez, el paisaje fue un componente central en su afición literaria y, también un elemento crucial en sus investigaciones histórico-arqueológicas. Paisaje e historia fueron elementos ligados de manera indisoluble a lo largo de su carrera. Es posible que

en ello, subyazcan elementos de la americanística e, incluso de la confluencia de tradiciones de la geografía y el campo histórico. Dejo, no obstante, este aspecto pendiente.

Lo que puede afirmarse a partir de lo desarrollado este trabajo es que, además de estos elementos de su formación, estos primeros espacios y relaciones intelectuales fueron una plataforma para la carrera posterior de Palacios. Gracias a ellos, pudo acceder al campo histórico de forma autodidacta. La Sociedad Científica “Antonio Alzate” y el Museo Nacional fueron los primeros centros que le facilitaron, además, su inserción en la actividad histórico-arqueológica institucional.

A partir de su colaboración en estos lugares, se especializó en las culturas prehispánicas y fue copartícipe de las preocupaciones sobre el origen de la cultura civilizatoria y su difusión tiempo espacial. Para abordar estos problemas, partió de una plena confianza en su estrategia de lectura e interpretación de los grafos, en piedra o papel, así como en la inteligibilidad de la cosmogonía de los pueblos y su función como principal motor de desarrollo hacia la civilización.

Sus presupuestos no eran ingenuos ni gratuitos. La historia, como pasado y realidad, constituía presente y destino. Entendida como narrativa, la historia era testimonio –del que ve y siente- y, la arqueología, historia. En este sentido, compartió las preocupaciones de personajes como Fernando Ramírez, Galindo y Villa, Del Paso y Troncoso, Mendizábal, Genaro García y Ramón Mena, entre otros.

La cosmogonía, para Palacios, condensaba los ideales y el sentir de los pueblos, era, en cierto sentido, el reflejo de su espíritu y su historia. Compartía con ello uno de los intereses de la americanística alemana. Es en este sentido que Enrique Palacios consideraba que los glifos, como registro de la cosmogonía, eran factibles de lectura y, de hecho, constituían el mejor camino para acceder a la historia de los pueblos pasados.

Si bien estos presupuestos no fueron compartidos por todos sus contemporáneos, esto no impidió el diálogo constante con ellos. Las estrategias fueron diferentes (por ejemplo los análisis arquitectónicos comparativos, secuencias y tipologías cerámicas), pero las preguntas que subyacían permitieron establecer puntos de confluencia en el problema del origen y la difusión de la civilización.

Una de sus obsesiones en este sentido, sin duda, la constituyó la figura de Quetzalcóatl. Desde sus primeros escritos se avocó a demostrar la existencia histórica del “gemelo hermoso”, debido a que lo suponía como el centro cosmogónico de las culturas prehispánicas. Parte de sus contemporáneos también se avocaron a este problema. En gran medida, las polémicas de la década de los años treinta del siglo XX sobre la identificación geográfica de la ciudad de Tula referida en las fuentes buscaron la respuesta a tales interrogantes. El desarrollo de este episodio, así como la participación de Palacios en el mismo, es un punto pendiente en esta investigación.

Otras polémicas importantes para entender la figura de Palacios y su participación en la comunidad arqueológica de las primeras décadas del siglo pasado, son las concernientes al Calendario, y a la cultura maya y su relación con la del altiplano central. En ambas temáticas discutió no sólo los caminos metodológicos de la interpretación arqueológica, sino además, el origen de la civilización prehispánica. En gran medida, además, con la resolución de las mismas, se fincaron los principales presupuestos interpretativos de la arqueología como disciplina.

En estos espacios de polémica no sólo sería posible observar el lugar ocupado por Palacios en la comunidad arqueológica del momento, sino además, rastrear algunas otras razones del olvido posterior de su figura. El desarrollo puntual de estos aspectos es fundamental y, sin embargo, como los puntos ya referidos antes, amerita una investigación independiente a este trabajo.

No obstante, y a reserva de la investigación de tales tópicos y otros que escapen a mi entendimiento, me parece posible considerar, a través de la red de esta narrativa y sus olvidos, que Enrique Palacios constituyó una arista más en el proceso de formación de la disciplina arqueológica, aunque a la postre, no fuese reconocida como tal.

bibliografía citada

- ARBOLEYRA, Ruth et al, "INAH, Tiempo y Nación", Suplemento, N° 30, *Diario de Campo. Boletín Interno de los Investigadores del Área de Antropología*, N° 69, INAH, septiembre, México, 2003.
- ARMILLAS, Pedro, "La formación de un arqueólogo (autobiografía de Pedro Armillas)", *Actualidades Arqueológicas*, N° 14, septiembre-octubre, México, 1997.
- AUB, Elena, "Genaro García", Lina Odena Güemes y Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 10 Los Protagonistas (Díaz-Murillo), Colección Biblioteca, INAH, México, pp. 119-127, 1988.
- AZUELA BERNAL, Luz Fernanda, *Tres sociedades científicas del Porfiriato. Las disciplinas, las instituciones y las relaciones entre la ciencia y el poder*, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, AC/Universidad Tecnológica de Nezahualcóyotl/Instituto de Geografía-UNAM, México, 1994.
- BARNES, Julian, *El loro de Flaubert*, Compactos, Anagrama, Barcelona, 2001.
- BASAVE BENÍTEZ, Agustín, *México Mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, Prólogo de Carlos Fuentes, FCE, México, 2002.
- BENJAMÍN, Thomas, *La revolución mexicana. Memoria, mito e historia*, Taurus, México, 2003.
- BERIAIN, Josetxo (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Anthropos, Barcelona, 1996.
- BERNAL, Ignacio, *Bibliografía de arqueología y etnografía. Mesoamérica y Norte de México, 1514-1960*. Edición conmemorativa en ocasión de la XXXV reunión del Congreso Internacional de Americanistas, INAH, México, 1962.
- , "Alfonso Caso 1896-1970", *BBAA*, vol. XXXIII-XXXIV, 1970-1, pp. 301-314.
- , *La historia de la arqueología en México*, Ed. Porrúa, México, 1992.
- BETANCOURT, Salvador y SODI, Alejandro (eds.), *Álbum histórico mexicano*, México, 1923.
- BOURDIEU, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Argentina, 2000.
- CASTRO-LEAL ESPINO, Marcia, "Ignacio Bernal y García Pimentel", Lina Odena Güemes y Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol.

- 9 Los protagonistas (Acosta-Dávila), Colección Biblioteca, INAH, México, 1988, pp. 293-307.
- COMAS, Juan, "La vida y la obra de Manuel Gamio", *Estudios Antropológico publicados en homenaje al doctor Manuel Gamio*, México, 1956, pp. 1-26.
- , Eusebio DÁVALOS HURTADO, Manuel MALDONADO-KOERDELL e Ignacio MARQUINA (organizadores), *Homenaje a Alfonso Caso*, Imprenta Nuevo Mundo, México, 1951.
- COWGILL, George, "Albert Spaulding and archaeological method and theory", *American Antiquity*, vol. 42, N° 3, 1977, pp. 325-329.
- CURIEL DEFOSSÉ, Fernando, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM, México, 2001.
- CHAUVERO, Alfredo, "Tomo Primero. Historia antigua y de la conquista", Vicente Riva Palacio (dir.), *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, Editorial Cumbre, México, 1981[1889].
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina, "Las fiestas del 'Año del Centenario: 1921'", *México: Independencia y soberanía*, Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, México, 1996, pp. 103-174.
- DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA, *Anuario 1941. Departamento de Antropología*, Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, México, 1940.
- ENA, *Anuario para 1943*, Escuela Nacional de Antropología, México, 1943.
- GALLEGOS, Roberto (coord.), *Antología de documentos para historia de la arqueología de Teotihuacán*, J. Roberto Gallegos Téllez Rojo y Miguel G. Pastrana Flores (comps.), Proyecto Historia de la arqueología de Teotihuacán, Colección Antologías, Serie Arqueología, INAH, México, 1997.
- GALLEGOS TÉLLEZ-ROJO, José Roberto, *Manuel Gamio y la formación de la nacionalidad: el problema de los indios y de los derechos de los pueblos*, tesis de licenciatura en historia, FFyL-UNAM, México, 1996.
- GAMIO, Manuel, *La población del Valle de Teotihuacán*, 5 vols., Colección Clásicos de la Antropología Mexicana, INI, México, 1979[1922], edición facsimilar.
- GÁNDARA VÁZQUEZ, Manuel, *La arqueología oficial mexicana. Causas y efectos*, Colección Divulgación, INAH, México, 1996.
- GONZÁLEZ MELLO, Renato, "Manuel Gamio, Diego Rivera, and the politics of Mexican anthropology", *Res*, N° 45, Spring, 2004, pp. 161-186.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, *La ronda de las generaciones*, Clío, Colegio Nacional, México, 1997.

- GUERRERO CRESPO, Claudia, *La historia de la arqueología mexicana a partir de los documentos del Archivo General de la Nación (1876-1920)*, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH-INAH, México, 2003.
- HALE, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, Trad. Purificación Jiménez, Colección Obras de Historia, FCE, México, 2002.
- LAMEIRAS, José, "La antropología en México: Panorama de su desarrollo en lo que va del siglo", *Ciencias sociales en México*, El Colegio de México, México, 1979, pp. 109-180.
- LEÓN PORTILLA, Miguel, "Alfonso Caso 1896-1970", *American Anthropologist. Journal of the American Anthropologist Association*, vol. 75, N° 3, junio, Washington, 1973, pp. 877-885.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando, "Los procesos de abandono. Blanco y lo negro de la interpretación arqueológica", *Trace*, CEMCA, México, 2003, pp. 56-69.
- LÓPEZ HERNÁNDEZ, Haydeé, *La arqueología mexicana en un periodo de transición, 1917-1938*, tesis de licenciatura en Arqueología, ENAH-INAH, México, 2003.
- LÓPEZ PIÑERO, José María, "Las etapas iniciales de la historiografía de la ciencia. Invitación a recuperar su internacionalidad y su integración", *Arbor*, Vol. CXLII, Madrid, 1992, pp. 21-67.
- LUHMANN, Niklas, *La ciencia de la sociedad*, Antrhopos-Universidad Iberoamericana-Iteso, México, 1996.
- LUNA ARGUDÍN, María, "La recepción del liberalismo por el siglo XX", Saúl Jerónimo Romero y Carmen Valdés (coords.), *Memorias Primer Encuentro de Historiografía*, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Colección Memorias, UAM-A, México, 1997, pp. 213-224.
- MANRIQUE CASTAÑEDA, Leonardo, "Leopoldo Batres", Lina Odena Güemes y Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 9 Los Protagonistas, Colección Biblioteca, INAH, México, 1988, pp. 242-257.
- MARISCAL, Federico, *Estudio arquitectónico de las ruinas mayas. Yucatán y Campeche*. Contribución de México al XXIII Congreso de Americanistas, SEP, México, 1928.
- MARQUINA, Ignacio, *Estudio comparativo de los monumentos arqueológicos de México*, Contribución de México al XXIII Congreso de Americanistas, SEP, México, 1928.
- , *Memorias*, Colección Biblioteca, INAH, México, 1994 .
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, *Las piedras negadas. De la Coatlicue al Templo Mayor*, CNCA, México, 1998.
- MATUTE, Álvaro, *Estudios historiográficos*, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, México, 1997.
- , *El ateneo de México*, FCE, México, 2000.

- MENESES MORALES, Ernesto, *Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911*, Centro de Estudios Educativos-Universidad Iberoamericana, México, 2001.
- NAVARRETE, Carlos, *Guía para el estudio de los monumentos esculpidos de Chinkultuc, Chis.*, Centro de Estudios Mayas-IIF-UNAM, México, 1984.
- NOGUERA, Eduardo, "Algunas características de la cerámica de México", *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, Nouvelle Série, T. XXII, 1930, pp. 249-310.
- , "Decorative aspects of certain types in mexican pottery", *Proceedings of the twenty-third International Congress of Americanists, held at New York, September 17-22, 1928*, Kraus Reprint, New York, 1968[1930], pp. 85-92.
- NOYOLA ROCHA, Jaime, "La visión integral de la sociedad nacional", Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 2 Los hechos y los dichos (1880-1986), Colección Biblioteca, INAH, México, 1988, pp. 133-222.
- OLIVERA, Mercedes, Arturo WARMAN, Margarita NOLASCO, Enrique VALENCIA y Guillermo BONFIL, *De eso que llaman antropología mexicana*, Comité de Publicaciones de los alumnos de la ENAH, México, s/f.
- ORTIZ MONASTERIO, José, *México eternamente. Vicente Riva Palacios ante la escritura de la historia*, Instituto Mora-FCE, México, 2004.
- PADDOCK, John, "Alfonso Caso (1896-1970). Un apunte", *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, N° 7, Facultad de Arquitectura-UNAM, abril, México, 1986, p. 82-3.
- PALACIOS MENDOZA, Enrique Juan, "Pereda", *Savia Moderna*, N° 1, marzo, México, 1906, pp. 71-75. [Edición facsimilar: *Revistas literarias Modernas. Savia Moderna, 1906. Nosotros, 1912-1914*, FCE, México]
- , *El programa preparatorio. Refutación al 2º folleto del dr. Francisco Vázquez Gómez*, Imprenta y Librería de Inocencio Arriola, México, 1909.
- , (editor), *Álbum gráfico de la República Mexicana, 1910*, edición a cargo de Juan Cortina Portilla, Talleres Gráficos de Contabilidad Ruf Mexicana, México, sin paginación, edición facsimilar de la segunda edición de *México en el Centenario de su independencia [1910]*.
- , *Paisajes de México. Cien leguas de tierra caliente*, 1ª serie, Ediciones Bouret, 1916.
- , *Puebla. Su territorio y sus habitantes*, Departamento de Talleres Gráficos de la Secretaría de Fomento, 2 vols., México, 1917.
- , "Autores descriptivos y viajeros artistas de México", *El México Antiguo. Revista internacional de arqueología, etnología, folklore, prehistoria, historia antigua y lingüística mexicana*, T. I, N° 2, agosto, México, 1919, pp. 25-48.
- , "Indications petrolifères sur la côte du Pacifique", *Memorias y Revista de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"*, T. 37, N° 1, México, mayo, 1920, pp. 45-50.

- , "Ruinas arqueológicas de Tuxtepec, Oaxaca", *Memorias y Revista de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"*, T. 37, N° 3, México, agosto, 1920a, pp. 137-144.
- , "Biografía de Hernán Cortés", *Álbum de Juegos florales celebrados en la H. Ciudad de Córdoba por iniciativa de "El Liceo de Veracruz"*, Talleres Blanco y Negro, Córdoba, Veracruz, México, 1920b.
- , "Influencia del habla entre los países hispanos de América y sus relaciones mutuas", *Álbum de Juegos florales celebrados en la H. Ciudad de Córdoba por iniciativa de "El Liceo de Veracruz"*, Talleres Blanco y Negro, Córdoba, Veracruz, México, 1920c.
- , "La piedra del Sol y el primer capítulo de la historia de México", *Memorias y Revista de la Sociedad Científica Antonio Alzate*, T. 38 (1918-1920), N° 1-2, septiembre, México, 1920d, pp. 1-100.
- , "The stone of the sun and the first chapter of the history of México", Trad. Frederick Starr, *The University of Chicago, Bulletin VI*, The University Chicago Press, Chicago, 1921.
- , "Don Francisco del Paso y Troncoso. Su magna labor de arqueología e historia en México", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. I, entregas 4ª -6ª, México, 1922, pp. 581-588.
- , "Descubrimiento de la ciudad de Hueyaltépetl, en los límites de la altiplanicie de México.- Por Juan Palacios y Miguel E. Sarmiento del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía", *Boletín de la SEP*, T. I. N° 2, Dirección de Talleres Gráficos-SEP, 1 de septiembre, México, 1922a, pp. 238-245.
- , "Dictamen del Arqueólogo D. Juan Palacios", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. I, N° 3, septiembre, México, 1922b, pp. 42-45.
- , "Hueyaltépetl", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. I, 2ª entrega, MNAHE, México, 1922c, pp. 179-192.
- , "La máscara preciosa del Museo y un nuevo libro del arqueólogo Saville", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. I, 3ª entrega, MNAHE, mayo-junio, México, 1922d, pp. 301-303.
- , "La ciudad prehistórica de Teutenanco (Tenango)", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 4, MNAHE, octubre-diciembre, México, 1923, pp. 98-99.
- , "Documentos relativos a la exploración inicial de Hueyaltépetl", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 2, MNAHE, abril-junio, México, 1923a, pp. 32-35.

- , "El eminente americanista William R. Harris D D., L L D. Phi D.", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 1, MNAHE, enero-marzo, México, 1923b, pp. 15-17.
- , "Otra ciudad desconocida, en Hueyaltepetl", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 1, MNAHE, enero-marzo, México, 1923c, pp. 31-32.
- , *Interpretaciones de la piedra del calendario*, Monografías del Museo Nacional de México, MNAHE, México, 1924.
- , "Hueyaltépetl (con seis láminas)", *Anales del Museo Michoacano*, vol. 2, México, 1924a.
- , "Tenancingo y el Santo Desierto de los monjes carmelitas", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 5, MNAHE, enero-marzo, México, 1924b, pp. 121-131.
- , "Visita de un sabio arqueólogo al Museo Nacional (Don Miguel de Triana)", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 5, MNAHE, enero-marzo, México, 1924c, pp. 105-107.
- , *En los confines de la selva lacandona. Exploraciones en el estado de Chiapas mayo-agosto 1926*. Contribución de México al XXIII Congreso Internacional de Americanistas, SEP, México, 1928.
- , "Los estudios histórico-arqueológicos de México. Su desarrollo a través de cuatro siglos", *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, T. VIII, N° 2, febrero 1929, pp. 53-57; T. VIII, N° 3, marzo 1929, pp. 71-78; T. VIII, N° 4, abril 1929, pp. 11-15; T. VIII, N° 5, mayo 1929, pp. 6-17; T. VIII, N° 6, junio 1929, pp. 2227; T. VIII, N° 7, julio 1929; pp. 62-68; T. VIII, N° 8, septiembre 1929, pp. 115-127; T. VIII, N° 9-11, oct-dic., 1929, pp. 158-173; T. IX, N° 1-3, enero-marzo, 1930, pp.125-128; T. IX, N° 6, junio 1930, pp. 99-104; T. IX, N° 9-10, sept-oct., 1930, México, pp. 165-172.
- , "Diferentes aspectos del espíritu hispánico en la transformación del Nuevo Mundo", *Quetzalcóatl. Órgano de la Sociedad de Antropología y Etnografía de México*, Año 3, T. I, N° 5, julio, México, 1931, pp. 9-15.
- , *Cómo se leen los jeroglíficos de la cronología maya. Sinopsis preliminar*, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1932.
- , *El calendario y los jeroglíficos cronográficos mayas*, Ed. Cultura, México, 1933.
- , "La reivindicación de Iturbide", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 5ª época, T. I, MNAHE, México, 1934, pp. 189-199.
- , "Los olmecas y los mayas. Conclusión", *Mayas y olmecas. Segunda reunión de Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centro América, bajo la presidencia honoraria del Dr. Rafael Pascacio Gamboa, gobernador del estado de Chiapas*,

- Sociedad Mexicana de Antropología, 27 de abril a 1° de mayo, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, 1942.
- , *Destellos de medio siglo*, Ed. Sagitarium, México, 1947-8.
- , *Prehistoria de México*, Reimpresos 28, IIA-UNAM, México, 1981.
- , *México en el Centenario de su Independencia*, segunda edición, Gran Establecimiento Tipo-Litográfico de Müller Hnos., noviembre, 1985[1910]. –418 láminas de gran formato-
- , *A la gloria de la raza. El descubrimiento de América: ¡La hazaña mayor de los siglos!, España*, por la Baronesa de Alcalí, s/f, pp. 5-39.
- y Alfonso PRUNEDA, *Guía de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes*, Imprenta de Manuel León Sánchez, México, 1910.
- REYES, Alfonso y Francisco MONTERDE, "Presentación", *Revistas literarias Modernas. Savia Moderna*, 1906. *Nosotros*, 1912-1914, FCE, México, 1980, pp. 9-12, edición facsimilar.
- RICOEUR, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, Argentina, 2004.
- RUBÍN DE LA BORBOLLA, Daniel, "Una búsqueda de la autosuficiencia en el ENAH", Eyra Cárdenas Barahona (coord.), *50 años. Memoria de la ENAH*, ENAH-INAH, México, 1993, pp. 27-32.
- RUTSCH, Mechthild (comp.), *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*, Universidad Iberoamericana-Plaza y Valdes, Instituto Nacional Indigenista, México, 1996.
- , *Antropología mexicana y antropólogos alemanes. Desde finales del siglo XIX a principios del siglo XX*, Tesis doctoral en Antropología, IIA/FFYL/UNAM, México, 2002.
- RUZ LHUILLIER, Alberto, "Alfonso Caso Andrade (1896-1970)", *Estudios de Cultura Maya*, vol. IX, CEM-UNAM, México, 1973, pp. 365-369.
- SEP, *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, T. I, N° 2, SEP, México, 1922.
- , *Estado actual de los principales edificios arqueológicos de México*. Contribución de México al XXIII Congreso de Americanistas, SEP, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1928.
- , *Alfonso Caso. Homenaje*, SEP, México, 1971.
- SIERRA, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, prólogo y cronología Abelardo Vilegas, Biblioteca Ayacucho, 2ª edición, España, 1985.
- TENORIO TRILLO, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, FCE, México, 1998.
- , *El urbanista*, FCE, México, 2004.

VÁZQUEZ LEÓN, Luis, "Historia y constitución profesional de la arqueología mexicana (1884-1940)", María Teresa Cabrero G. (comp.), *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, IIA-UNAM, México, 1993, pp. 36-77.

-----, *El leviatán arqueológico. Antropología de una tradición en México*, segunda edición, CIESAS-Porrúa, México, 2003.

----- y Mechthild RUTSCH, "México en la imagen de la ciencia y las teorías de la historia cultural alemana", *Ludus Vitalis. Revista de filosofía de las ciencias de la vida*, vol. V, N° 8, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano/sep-uam/Iztapalapa-Universidad Illes Balears, México, 1997, pp. 115-178.

WILLEY, Gordon y Jeremy SABLOFF, *A history of american archaeology*, W. H. Freeman and Company, San Francisco, 1974.

archivos

AC-INAH - Archivo de Concentración-Instituto Nacional de Antropología e Historia

AHENAH - Archivo Histórico de la Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH

AHSEP - Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública

ATA - Archivo Técnico de Arqueología, Coordinación Nacional de Arqueología-INAH

siglas y abreviaturas utilizadas

- DA - Dirección de Antropología
- DMP - Dirección de Monumentos Prehispánicos
- EIAEA - Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas
- ENAH - Escuela Nacional de Antropología e Historia
- ENCB - Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Departamento de Antropología
- ENP - Escuela Nacional Preparatoria
- ENS - Escuela Normal Superior
- FFyL - Facultad de Filosofía y Letras
- INAH - Instituto Nacional de Antropología e Historia
- IPN - Instituto Politécnico Nacional
- MNAHE - Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía
- OMP - Oficina de Monumentos Prehispánicos
- SAF - Secretaría de Agricultura y Fomento
- SEP - Secretaría de Educación Pública
- SIPBA - Secretaria de Instrucción Pública y Bellas Artes
- UNAM - Universidad Nacional Autónoma de México
- s.n.f. - Sin número de foja

anexo

- cuadro 1. Nombramientos laborales de Enrique Juan Palacios Mendoza
- cuadro 2. Comisiones y licencias de trabajo arqueológico de Enrique Juan Palacios Mendoza
- bibliografía de Enrique Juan Palacios Mendoza

Cuadro 1. Nombramientos laborales de Enrique Juan Palacios Mendoza

Fuente: AC-INAH, exp. personal Enrique Juan Palacios Mendoza; AHSEP, Fondo SEP, Sección Colección Personal Sobresaliente, Subserie Enrique Juan Palacios Mendoza, exp. P1/4; AHUNAM, exp. 2795.

FECHAS	NOMBRAMIENTO
1906	Profesor en la ENP
1920	Profesor de la materia "Historia Patria" en la ENP
enero/1922	Nombramiento como Oficial Tercero Bibliotecario del MNAHE
enero/1923	Nombramiento como Bibliotecario del MNAHE
enero/1926	Nombramiento como Inspector en la Dirección de Arqueología
1-30/enero/1926	Profesor de grupo No 98 en las Escuela Primaria del DF del Departamento de Enseñanza Primaria y Normal
enero/1928	Es nombrado Inspector de 4ª de la Dirección de Arqueología
enero/1929	Es nombrado Inspector de 5ª de la Dirección de Arqueología
1928-1930	Profesor de la materia "Historia Patria" en la Escuela Secundaria N° 4
enero/1930	Es nombrado Arqueólogo de la Dirección de Arqueología
abril/1930	Es nombrado Arqueólogo de la DMP
marzo/1930	Es nombrado Profesor Interino de materias diversas en la ENS
25/junio/1930	Se le designa perito en los inventarios y avalúos de la DMP
1930-1932	Profesor de la materia "Historia Patria" de la Escuela Normal Superior
enero/1931	Es nombrado Jefe de Arqueólogos de la DMP
febrero/1931	Es nombrado Profesor adjunto de investigaciones históricas en la ENS
febrero/1933	Es nombrado Jefe de Arqueólogos en la OMP
junio/1933	Es nombrado Profesor de materias diversas en la Escuela de Verano (por seis semanas)
julio/1934	Es nombrado profesor de la materia "Arqueología maya" (1° y 2° semestres del año) en la Facultad de Filosofía y Bellas Artes
marzo/1935	Es nombrado Profesor de la materia "Arqueología" (1° y 2° semestres) en la Escuela Nacional de Filosofía y Letras, de la Facultad de Filosofía y Bellas Artes
marzo/1936	Es nombrado Profesor de "Arqueología Mexicana" en la Facultad de Filosofía y Estudios Superiores
junio/1936	Es nombrado Profesor de "Arqueología mexicana", Facultad de Filosofía y Estudios Superiores, UNAM
julio/1936	Profesor de materias diversas (1hr diaria) en la Escuela de Verano
enero/1937	Es nombrado Arqueólogo "A" en la OMP
5/julio-20/agosto/1938	Profesor de materias varias en la Escuela de Verano
16/febrero/1939	Profesor de la materia "Arqueología Mexicana" (sintético) en la FFyL
16/febrero/1939	Profesor de la materia "Arqueología Mexicana" (monográfico) en la FFyL
3/julio-19/agosto/1939	Profesor de la materia "Español" (2hr diarias) en la Escuela de Verano
1/julio-19/agosto/1940	Profesor de cursos varios (7hr semanales) en la Escuela de Verano
1/marzo/1941	Profesor de la materia "Arqueología Mexicana" (curso sintético 2hr semanales) en la Sección de Antropología Cultural en la FFyL
1/marzo/1941	Profesor de la materia "Arqueología Mexicana" (curso monográfico de 2hr semanales) en la Sección de Antropología Cultural en la FFyL
1/marzo/1942	Profesor de la materia "Arqueología maya" (2hr semanales) en la FFyL

Cuadro 1 (2/2)

FECHAS	NOMBRAMIENTO
1/marzo/1942	Profesor de la materia "Inscripciones mayas" (2hr semanales) en la FFyL
29/junio-14/agosto/1942	Profesor de materias diversas -Arqueología Maya- (5hr semanales) en la Escuela de Verano
28/junio-13/agosto/1943	Profesor de la materia "Arqueología maya" (5hr semanales) en la Escuela de Verano
1/marzo/1944	Profesor de la materia "Arqueología maya" (2hr semanales) en el Departamento de Antropología-IPN
1/marzo/1944	Profesor de la materia "Inscripciones mayas" (2hr semanales) en el Departamento de Antropología-IPN
1/marzo/1944	Es nombrado director interino de la DMP
28/junio-10/agosto/1944	Profesor de la materia "Arqueología maya" (5hr semanales) en la Escuela de Verano
31/octubre/1946	Renuncia como director de la DMP
julio/1947-diciembre/1948	Licencia por un año sin goce de sueldo para separarse de cátedras de la UNAM
1949	Profesor de la materia "Inscripciones mayas", 2hr semanales en la FFyL
1949	Profesor de la materia "Arqueología maya", 2hr semanales en la FFyL
1950	Profesor de la materia "Inscripciones mayas", 2hr semanales en la FFyL
1950	Profesor de la materia "Arqueología maya", 2hr semanales en la FFyL
1951	Profesor de la materia "Inscripciones mayas", 2hr semanales en la FFyL
1951	Profesor de la materia "Arqueología maya", 2hr semanales en la FFyL
1952	Profesor de la materia "Inscripciones mayas", 2hr semanales en la FFyL
1952	Profesor de la materia "Arqueología maya", 2hr semanales en la FFyL
1953	Profesor de la materia "Arqueología maya", 2hr semanales en la FFyL

Cuadro 2.
Comisiones y licencias de trabajo arqueológico de
Enrique Juan Palacios Mendoza

Fuentes: AC-INAH, exp. personal Enrique Juan Palacios Mendoza; AHUNAM, exp. 2795.

FECHA	DESTINO Y TIEMPO DE LA COMISIÓN/ TIPO DE LICENCIA
febrero?/1922	Comisionado tres meses al sur del país
febrero/1926	Comisionado para verificar inspección e investigar ruinas arqueológicas en Guanajuato
4/febrero/1926	Comisionado en Michoacán
1/marzo/1926	Comisionado en Yohualichan, Puebla
mayo-1926	Es comisionado para realizar estudios arqueológicos e incorporarse a la Comisión Destructora de la Langosta en Tabasco y Chiapas
3/marzo-18/abril/1927	Comisionado en Veracruz, Campeche y Yucatán
septiembre/1928	Comisionado a un mes de estancia en el XXIII Congreso de Americanistas celebrado en New York
16-30/junio/1930	Comisionado en Yucatán
14/junio/1930	Licencia con goce de sueldo para separarse del curso de Investigaciones Históricas de la ENS
8/diciembre/1930	Comisionado en Michoacán
21/diciembre/1932	Comisionado en Oaxaca
31/enero/1933	Comisionado en Calakmul y alrededores de Campeche
09/diciembre/1933	Comisionado en Tajín y Cempoala para hacer recomendaciones sobre el estado de conservación y mantenimiento de las zonas
22/marzo/1934	Comisionado para participar en las direcciones de las obras en Tajín, consistentes en limpieza, desmonte y exploración
19/octubre-4, 6, 8-9, 13/noviembre/1935	Comisionado en los Talleres Gráficos de la Nación
2/diciembre/1935	Comisionado en Mérida
8/enero/1936	Comisionado
22/febrero/1936	Comisionado
9/marzo/1936	Comisionado
17/marzo/1936	Comisionado
26/marzo/1936	Comisionado
31/marzo/1936	Comisionado
7, 08, 14, 18, 20, 22/abril/1936	Comisionado
29/abril/1936	Comisión en el Estado de México
11, 18/mayo/1936	Comisionado
6, 8, 13, 16, 20, 27, 30/junio/1936	Comisionado
11, 14/julio/1936	Comisionado
18/julio/1936	Comisionado para dictaminar exportación de objetos arqueológicos del sr. Husson
20/julio/1936	Comisionado para consultar obras de arqueología en la Biblioteca del MNAHE

Cuadro 2 (2/3)

FECHA	DESTINO Y TIEMPO DE LA COMISIÓN/ TIPO DE LICENCIA
1/agosto/1936	Comisionado para consultar obras de arqueología en la Biblioteca del MNAHE
3, 4, 6/agosto/1936	Comisionado en la zona del Volador para presenciar excavaciones
13/agosto/1936	Comisionado fuera de la Ciudad de México
18, 26-agosto-1936	Comisionado en la Biblioteca del MNAHE
31/agosto- 27/septiembre/1936	Comisionado en Morelos
3/septiembre/1936	Comisionado en la zona del ExVolador
7-8, 14, 18, 22, 25, 26, 28, 30/septiembre- 6, 16, 17, 19, 26, 27/octubre/1936	Comisionado en la Biblioteca del MNAHE para el estudio de códices
7/noviembre/1936	Comisionado en Teotihuacán
12, 14, 17-19, 24/noviembre- 23, 24, 26, 28, 30/diciembre/1936	Comisionado en la Biblioteca del MNAHE para el estudio de códices
17, 23, 24, 26, 29/abril/1937	Comisionado en la zona de Tenayuca
3, 6, 7/mayo/1937	Comisionado en el MNAHE
12, 17/mayo/1937	Comisionado en la zona de Teotihuacán
4-5/junio/1937	Comisionado en MNAHE
7-8, 14/junio/1937	Comisionado en Talleres Gráficos
16/junio/1937	Comisionado en la zona de Teotihuacán
19, 21, 22, 24, 26, 28, 30/junio-2/julio/1937	Comisionado en el MNAHE
julio/1937	Licencia sin goce de sueldo para estar separado de las cátedras de "Arqueología mexicana" y "Arqueología maya" en la Facultad de Filosofía y Estudios Superiores durante dos meses
5-6, 12, 15, 16/julio/1937	Comisionado en la zona de Tenayuca
20/julio/1937	Comisionado en el MNAHE
24, 27/julio y 2, 5, 9, 10/agosto/1937	Comisionado en la zona de Tenayuca
14/agosto/1937	Comisionado en la zona de Cuicuilco
19/agosto/1937	Comisionado en la zona de Tenayuca
24/agosto/1937	Comisionado en la zona de Teotihuacan
30-31/agosto/1937	Comisionado en la zona de Tenayuca
4, 6, 8/septiembre/1937	Comisionado en la zona de Cuicuilco
13-14/septiembre/1937	Comisionado en la zona de Teotihuacán
21-22, 28/septiembre y 4, 6, 14-16, 19/octubre/1937	Comisionado en la zona de Tenayuca
20/octubre/1937	Comisionado en la zona de Teotihuacán
22, 23, 28, 30/octubre y 3, 4/noviembre/1937	Comisionado en la zona de Tenayuca
8-9/noviembre/1937	Comisionado en la zona de Cuicuilco

Cuadro 2 (3/3)

Fecha	Destino y tiempo de la comisión/ tipo de licencia
16/septiembre- 15/octubre/1937	Prórroga de licencia sin goce de sueldo para separarse de la cátedras de "Arqueología mexicana" y "Arqueología maya" en la Facultad de Filosofía y Estudios Superiores
18/abril/1938	Comisionado en San Luis Potosí
22/noviembre- 4/diciembre/1938	Comisionado en San Luis Potosí
14/enero/1939	Comisionado en la zona de Cuicuilco para acompañar al ministro de Bélgica
23/enero/1939	Comisionado en la zona de Teotihuacán
6/febrero-21/abril/1939	Comisionado en Apapantilla, Puebla y Tusapan, Ver.
26/junio/1939	Comisionado en la zona de Cuicuilco
8/mayo/1941	Comisionado
18/septiembre/1941 (a partir de esta fecha)	Comisionado en Tantoc, Tamposoque, Sn. Antonio y Tancahuitzg
23/mayo-6/abril/1942	Comisionado en Tuxtla para asistir a Congreso como parte de la DMP
13-20/septiembre/1943	Comisionado en Jalapa para asistir al VI Congreso Mexicano de Historia
8/marzo/1945	Comisionado en Yucatán y las zonas de Uxmal y Chichén Itzá
26-30/abril/1945	Comisionado en Oaxaca
febrero/1946	Comisionado en Guerrero
marzo/1946	Comisionado en Amanalco, Estado de México, para dos días de exploración
julio/1947-diciembre/1948	Licencia por un año sin goce de sueldo para separarse de las cátedras de la UNAM

Bibliografía
de Enrique Juan Palacios Mendoza

- PALACIOS MENDOZA, Enrique Juan, "Pereda", *Savia Moderna*, N° 1, marzo, México, 1906, pp. 71-75. [Edición facsimilar: *Revistas literarias Modernas. Savia Moderna*, 1906. *Nosotros, 1912-1914*, FCE, México, 1980]
- , "San Francisco Acatepec", *El mundo Ilustrado*, 1908.
- , *El problema de la enseñanza secundaria ante los intereses vitales de la nación (a propósito de una polémica suscitada entre los doctores Don Porfirio Parra y Don Francisco Vázquez Gómez)*, Imprenta y Librería de Inocencio Arriola, México, 1909.
- (editor), *México en el Centenario de su Independencia*, segunda edición, Gran Establecimiento Tipo-Litográfico de Müller Hnos., noviembre, 1910. -418 láminas en gran formato-
- , "El puente de dios", *Florilegio de escritores*, Molcaxac, Puebla, 1910.
- , *Paisajes de México. Cien leguas de tierra caliente*, 1ª serie, Ediciones Bouret, México, 1916.
- , *Paisajes de México. Tierra sacra*, 2ª serie, Ediciones Bouret, México.
- , *Paisajes de México* 3ª serie, Ediciones Bouret, México.
- , *Puebla. Su territorio y sus habitantes*, Departamento de Talleres Gráficos de la Secretaría de Fomento, 2 vols, México, 1917.
- , "Autores descriptivos y viajeros artistas de México", *El México Antiguo. Revista internacional de arqueología, etnología, folklore, prehistoria, historia antigua y lingüística mexicana*, T. I, N° 2, agosto, México, 1919, pp. 25-48.
- , "Indications petrolifères sur la côte du Pacifique", *Memorias y Revista de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"*, T. 37, N° 1, mayo, México, 1920, pp. 45-50.
- , "Ruinas arqueológicas de Tuxtepec, Oaxaca", *Memorias y Revista de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"*, T. 37, N° 3, agosto, México, 1920, pp. 137-144.
- , "Biografía de Hernán Cortés", *Álbum de Juegos florales celebrados en la H. Ciudad de Córdoba por iniciativa de "El Liceo de Veracruz"*, Talleres Blanco y Negro, Córdoba, Veracruz, México, 1920.
- , "Influencia del habla entre los países hispanos de América y sus relaciones mutuas", *Álbum de Juegos florales celebrados en la H. Ciudad de Córdoba por iniciativa de "El Liceo de Veracruz"*, Talleres Blanco y Negro, Córdoba, Veracruz, México, 1920.
- , "La piedra del Sol y el primer capítulo de la historia de México", *Memorias y Revista de la Sociedad Científica Antonio Alzate*, T. 38 (1918-1920), N° 1-2, septiembre, México, 1920, pp. 1-100.

- , "The stone of the sun and the first chapter of the history of México", Trad. Frederick Starr, *The University of Chicago, Bulletin VI*, The University Chicago Press, Chicago, 1921.
- , "Dictamen del Arqueólogo D. Juan Palacios", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. I, N° 3, septiembre, México, 1922, pp. 42-45.
- , "Don Francisco del Paso y Troncoso. Su magna labor de arqueología e historia en México", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. I, entregas 4ª -6ª, MNAHE, México, 1922, pp. 581-588.
- , "Hueyaltépetl", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. I, 2ª entrega, MNAHE, México, 1922, pp. 179-192.
- , "La máscara preciosa del Museo y un nuevo libro del arqueólogo Saville", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. I, 3ª entrega, mayo-junio, MNAHE, México, 1922, pp. 301-303.
- , "Descubrimiento de la ciudad de Hueyaltépetl, en los límites de la altiplanicie de México.- Por Juan Palacios y Miguel E. Sarmiento del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía", *Boletín de la SEP*, T. I, N° 2, SEP, Dirección de Talleres Gráficos, México, 1 de septiembre, 1922, pp. 238-245.
- , "La gran ciudad sagrada de Teotihuacán", *Álbum del Centenario de la Independencia*, Ediciones Salvador Betancourt y Alejandro Sodi, México, 1923, sin número de páginas.
- , "Los glifos de la Piedra del Calendario", *Álbum del Centenario de la Independencia*, Ediciones Salvador Betancourt y Alejandro Sodi, México, 1923, sin número de páginas.
- , "El descubrimiento de América. Sus trascendentales consecuencias en orden a la expansión del genio latino", *Álbum del Centenario de la Independencia*, Ediciones Salvador Betancourt y Alejandro Sodi, México, 1923, sin número de páginas.
- , "Juárez y Maximiliano", *Álbum del Centenario de la Independencia*, Ediciones Salvador Betancourt y Alejandro Sodi, México, 1923, sin número de páginas.
- , "La ciudad prehistórica de Teutenanco (Tenango)", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 4, octubre-diciembre, México, 1923, pp. 98-99.
- , "Documentos relativos a la exploración inicial de Hueyaltépetl", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 2, abril-junio, México, 1923, pp. 32-35.
- , "El eminente americanista William R. Harris D D., L L D. Phi D.", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 1, enero-marzo, México, 1923, pp. 15-17.

- , "Otra ciudad desconocida, en Hueyaltépetl", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 1, enero-marzo, México, 1923, pp. 31-32.
- , *Interpretaciones de la piedra del calendario*, Monografías del Museo Nacional de México, México, 1924.
- , "Hueyaltépetl (con seis láminas)", *Anales del Museo Michoacano*, vol. 2, México, 1924.
- , "Tenancingo y el Santo Desierto de los monjes carmelitas", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 5, enero-marzo, México, 1924, pp. 121-131.
- , "Visita de un sabio arqueólogo al Museo Nacional (Don Miguel de Triana)", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. II, N° 5, enero-marzo, México, 1924, pp. 105-107.
- , "Autores descriptivos y viajeros artistas de México", *El México Antiguo. Revista internacional de arqueología, etnología, folklore, prehistoria, historia antigua y lingüística mexicana*, vols. 1-2, México, 1924-27.
- , "La fundación de México-Tenochtitlan", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. III, N° 3, MNAHE, julio-agosto, México, 1925, pp. 230-254.
- , "Tenancingo y sus reliquias arqueológicas e históricas", *Magazine de Geografía Nacional*, septiembre, México, 1925.
- , *Una región pintoresca: Malinalco y sus ruinas*, MGN, I-2, 1925, p. 19-36, 12 ilus. (*)
- , "¿De dónde viene el nombre de México? México-Tenochtitlan-Aztlan", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. IV, N° 3, julio-agosto, MNAHE, México, 1926, p. 310.
- , [Informe al C. Director de Arqueología], *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, T. V, N° 9, septiembre, 1926, pp. 146-154. [Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, T. IX, N°6)
- , "Tenancingo...", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, MNAHE, México, 1926.
- , *Yohualichan y el Tajín. Monumentos arqueológicos en Cuetzalan descubiertos por la Dirección de Arqueología*, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, T. IX, N° 16, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1926.
- , *La piedra del escudo nacional*, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, T. VIII, N° 14, Dirección de Arqueología, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1927.

- , "De dónde viene el nombre de México?...". *Annaes do XX Congresso Internacional de Americanistas, realizado no Rio de Janeiro*, Vol. II, segunda parte, pp. 345-370. /*Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, T. XVI, N° 18, 1928, p. 110-113.
- , "El equinoccio de primavera en el año 674AD, según la inscripción jeroglífica maya de Santa Elena, Chiapas", *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, T. VII, N° 2, febrero (*Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública*, T. XVI, N° 18, 1928, pp. 106-109)
- , *En los confines de la selva lacandona. Exploraciones en el estado de Chiapas mayo-agosto 1926*, Contribución de México al XXIII Congreso de Americanistas, SEP, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1928.
- , "Etná-Tixmucuy, Campeche", *Estado actual de los monumentos arqueológicos de México*, Contribución de México al XXIII Congreso de Americanistas, Secretaría de Educación Pública, México, 1928, pp. 169-178.
- , "La piedra del escudo nacional", *Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública*, T. XXII, N° 9, Dirección de Arqueología, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1929.
- , "Los estudios histórico-arqueológicos de México. Su desarrollo a través de cuatro siglos", *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, T. VIII, N° 2, febrero 1929, pp. 53-57; T. VIII, N° 3, marzo 1929, pp. 71-78; T. VIII, N° 4, abril 1929, pp. 11-15; T. VIII, N° 5, mayo 1929, pp. 6-17; T. VIII, N° 6, junio 1929, pp. 22-27; T. VIII, N° 7, julio 1929, pp. 62-68; T. VIII, N° 8, septiembre 1929, pp. 115-127; T. VIII, N° 9-11, oct-dic., 1929, pp. 158-173; T. IX, N° 1-3, enero-marzo, 1930, pp.125-128; T. IX, N° 6, junio 1930, pp. 99-104; T. IX, N° 9-10, sept-oct., 1930, pp. 165-172.
- , *Por tierra maya*, MF, V, 1929. (*)
- , "Comment on déchiffre les hiéroglyphes mayas", *L'Art vivant au Mexique*, Sixième Année, 15 janvier, Librairie Larousse, Paris, 1930, pp. 65-70.
- , *Huaxtepec y su reliquias arqueológicas*, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública (Sección de Arqueología, Dirección de Monumentos Prehispánicos), Contribución al XXIV Congreso de Americanistas, 1930.
- , *Tlaxmalac* (Informe al Instituto Nacional de Antropología e Historia), 1930.
- , "Los toltecas y la procedencia del hombre y las primeas civilizaciones, ante los progresos de la ciencia arqueológica", *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, Talleres Gráficos de la Nación, T. X, N° 1-4, nov.-dic. 1930-ene.-feb. 1931, pp. 159-170, 175-178; T. X, N° 5, marzo, 1931, pp. 128-142; T. X, N°6, abril, 1931, pp. 96-103.
- , "Iztlan", *Universidad de México*, T. I, noviembre 1930-abril 1931, México, pp. 297-304.

- , "Diferentes aspectos del espíritu hispánico en la transformación del Nuevo Mundo", *Quetzalcóatl. Órgano de la Sociedad de Antropología y Etnografía de México*, Año 3, T. I, N° 5, julio, México, 1931, pp. 9-15.
- , "Labores desarrolladas en el Departamento de Monumentos (sic) durante el mes de mayo de 1931", *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, T. X, N° 8, junio (Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, T. XXIII, N° 15), México, 1931, pp. 123-135.
- , "El relieve solsticial de Amecameca", *Universidad de México*, T. II, mayo-octubre, México, 1931, pp. 181-197.
- , "La cintura de serpientes de la pirámide de Tenayuca. Su simbolismo. Cultos a que se consagra el adoratorio", *Universidad de México*, T. IV, mayo-octubre, México, 1932, pp. 296-341.
- , *Cómo se leen los jeroglíficos de la cronología maya. Sinopsis preliminar*, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1932.
- , "Maya-Christian synchronology or calendrical correlation", trad. Dolores Morgadanes, *Middle American Papers*, N° 4, Middle American Research Series, The Dep. of Middle American Res. Tulane University of Louisiana, New Orleans, 1932, pp. 145-180.
- , "La orientación de la pirámide de Tenayuca y el principio del año y del siglo indígena", *Universidad de México*, vol. V, N° 25-26, México, 1932, pp. 18-47.
- , *Maya glyphs on Vera Cruz Monuments*, EP, XXXIII, 1932, p. 4-6. (*)
- , *El calendario y los jeroglíficos cronográficos mayas*, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Estudios y Trabajos de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, Ed. Cultura/Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Primer Centenario (1833-1933), T. II, 1933, pp. 457-636.
- , *Esculturas, jeroglíficos y la cintura de serpientes de la pirámide de Tenayuca*, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, México, 1933.
- , *Informe mensual* (al Director de Monumentos Prehispánicos, refiriéndose a la expedición a Campeche en febrero de 1933), 1933.
- , "Naturaleza astronómica y matemática de los glifos mayas. A) Lunaciones. B) Eclipses. Códice de Dresden. C) Valor del año trópico entre los mayas. D) Venus y otros planetas", *Universidad de México*, T. VI, N° 33-34, julio-agosto, México, 1933, pp. 166-190.
- , "Antigüedad del hombre americano a la luz de hallazgos fósiles realizados en México y otras partes del continente", *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia*, T. XI, N° 1, septiembre, Guatemala, 1934, p. 50-65.

- , "La orientación de la pirámide de Tenayuca y el principio del año y del siglo indígenas", *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas (La Plata, 1932)*, T. II, Imprenta y Casa Editora "Coni", Buenos Aires, 1934, pp. 125-148.
- , "La pirámide del Tajín", *Mapa*, vol. I, N° 5, 1934, pp. 17-22.
- , "La reivindicación de Iturbide", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 5ª época, T. I, N° 1, MNAHE, México, 1934, pp. 189-199. (el sobretiro de este artículo se publicó con una portada dentro de la Serie -no numerada- de la Secretaría de Educación Pública, "Publicaciones del Museo Nacional")
- , "Apreciación de los datos históricos y tradicionales acerca de Tenayuca", *Tenayuca. Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública*, Contribución de la SEP al XXVI Congreso Internacional de Americanistas reunido en Sevilla, España, el 12 de octubre de 1935, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1935, pp. 27-62.
- , "La orientación de la pirámide de Tenayuca y el principio del año y el siglo indígenas", *Tenayuca. Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública*, Contribución de la SEP al XXVI Congreso Internacional de Americanistas reunido en Sevilla, España, el 12 de octubre de 1935, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1935, pp. 115-140.
- , "La cintura de serpientes de la pirámide de Tenayuca.- Su simbolismo.- Cultos a que se consagraba el adoratorio", *Tenayuca. Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública*, Contribución de la SEP al XXVI Congreso Internacional de Americanistas reunido en Sevilla, España, el 12 de octubre de 1935, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1935, pp. 233-264.
- , "Esculturas y relieves de Tenayuca", *Tenayuca. Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública*, Contribución de la SEP al XXVI Congreso Internacional de Americanistas reunido en Sevilla, España, el 12 de octubre de 1935, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1935, pp. 265-280.
- , "Jeroglíficos de las escaleras de Tenayuca.- Material, número, posición, distribución, inteligencia", *Tenayuca. Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública*, Contribución de la SEP al XXVI Congreso Internacional de Americanistas reunido en Sevilla, España, el 12 de octubre de 1935, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1935, pp. 281-292.

- , *Guía arqueológica de Chichen Itzá. Aspectos arquitectónicos, cronológicos y de interpretación*, Secretaría de Educación Pública, Departamento de Monumentos Artísticos, Arqueológicos e Históricos, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1935.
- , "Inscripción recientemente descubierta en Palenque", *Maya Research (México and Central América)*, Vol. III, N° 1, enero, Maya Research Inc., New Orleans, pp. 3-17./ *Journal de la Société des Américanistes*, Paris, Vol. XXVIII, pp. 327-336/ *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, T. XIII, N° 2, diciembre, 1936, pp. 192-201.
- , "Lápida N° 2 con relieves (creación o fuego nuevo) descubierta en Palenque. ¿Kukulcan en la metrópoli del Usumacinta?", *Maya Research*, primer trimestre, New Orleans, 1936. (ms. mimeografiado)
- , *El relieve del calendario azteca. Su elucidación arqueológica. Dictamen acerca de la restauración a colores y del texto explicativo del monumento del Calendario Azteca, presentado por el sr. R. Sieck Flandes*, ms., 1936.
- , *Los glifos de la piedra del Calendario, México; 6 siglos de su evolución*, 27 pags. sin núm., 37 ilus., México, 1937. (*)
- , *Lápida número dos, con relieves (creación del fuego nuevo), descubierta en Palenque*, SGHG-A, XIII-4, 1937, pp. 431-447, 3 ilus. (*)
- , *La misteriosa ciudad de Calakmul*, 1937.
- , *Arqueología de México. Culturas arcaica y tolteca (disertaciones novedosas, en parte procedentes de piezas de la colección del autor)*, Enciclopedia Ilustrada Mexicana N° 4, Imprenta Mundial, México, 1937.
- , "Labores y estudios de arqueología maya en 1936", *Boletín bibliográfico de Antropología Americana*, vol. I, N° 1-2, enero-junio, 1937, pp. 31-44.
- , "Más gemas del arte maya en Palenque. Lápidas N° 1 (final o Tun Trece) y N° 2 (creación o fuego nuevo)", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 5ª época, T. II, MNAHE, México, 1937, pp. 193-225. (el sobretiro de este artículo se hizo con paginación particular en el mismo año dentro de la Serie -no numerada- de la Secretaria de Educación Pública "Publicaciones del Museo Nacional")
- , "El relieve del calendario...", *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, T. XIV, N° 1, septiembre, 1937, pp. 71-89.
- , "Culturas arcaica y tolteca", *Enciclopedia Mille*, 1938.
- , "Investigaciones en torno a la estela de Hueyapan (Veracruz)", *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. III, N° 2, mayo-agosto, 1939, p. 134.
- , "Los 'yugos' y su 'simbolismo'", *Vigésimo séptimo Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la Primera Sesión celebrada en la Ciudad de México en 1939*, T. I,

- Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Educación Pública, México, 1939, pp. 509-545.
- , "Más gemas del arte maya...", *Memorias y Revista de la Academia Nacional de Ciencias "Antonio Alzate"*, T. 55, N° 1-2, enero-agosto, México, 1940, pp. 49-59.
- , "El simbolismo del Chac Mol. Su interpretación", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, T. IV, N° 1-2, enero-agosto, 1940, pp. 43-56.
- , "Cien años después de Stephens", *Los mayas antiguos. Arqueología y etnología por un grupo de especialistas*, El Colegio de México, México, 1941, pp. 273-342.
- , "Perspectivas encarnadas del vocablo 'Huasteca'", *Los antiguos mayas. Arqueología y etnología por un grupo de especialistas*, El Colegio de México, 1941, México, pp. 87-97.
- , "Conclusiones", *Primera reunión de Mesa redonda sobre problemas antropológicos mexicanos y centroamericanos (del 11 al 14 de julio de 1941)*, Boletín N° 4, Sesión única de clausura, Sociedad Mexicana de Antropología, ms., 1941.
- , "Teotihuacán, los toltecas y Tula", *Revista mexicana de Estudios Antropológicos*, T. V, N° 2-3, mayo-diciembre, 1941, pp. 113-134.
- , *Cultura totonaca. El Totonicapán y sus culturas precolombinas*, Biblioteca del Maestro (ediciones encuadernables de "El Nacional"), T. 27, 1942 (T. III de la serie "Culturas precortesianas", patrocinada por el Departamento de Asuntos Indígenas).
- , "Hallazgos arqueológicos efectuados en México", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, T. VI, N° 1-2, enero-agosto, 1942, pp. 51-61.
- , "Los olmecas y los mayas. Conclusión", *Mayas y olmecas. Segunda reunión de Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centro América. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. 27 de abril al 1° de mayo*, p. 59/ *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, T. XVIII, N° 1, septiembre, 1942, pp. 9-28.
- , "Las sincronologías A y B, y la nueva tesis del Doctor Spinden", *El norte de México y el sur de Estados Unidos. Tercera reunión de Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centro América. 25 de agosto a 2 de septiembre de 1943*, 1943, pp. 324-338.
- , "Totonicapán" [A manera de prólogo a], José Luis Melgarejo Vivanco, *Totonicapán*, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, Xalapa, Veracruz, 1943, pp. 7-8.
- , *Los yugos y su simbolismo. Estudio analítico, Contribución al VI Congreso Mexicano de Historia con sede en Jalapa, Veracruz. Septiembre, 1943*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1943.
- , "Cipactonal y Oxomoco", *Esta semana en México*, T. X, N° 463, marzo 25, 1945, pp. 25-29.

- , "Cómo se leen los jeroglíficos mayas", *Esta semana en México*, T. X. N° 451, enero 1, p. 25-29, 38; N° 452, enero 8, pp. 25-29, 38; N° 453, enero 15, 1945, pp. 25-29, 38.
- , *Guía arqueológica de Chichén Itzá*, 162 pags, 47 lams., 1m, México, 1945. (*)
- , "Guía arqueológica de Chacmultun, Labna, Sayil, Kabah, Uxmal, Chichen-Itza y Tulum", *Enciclopedia Yucatese...*, México, 1945, pp. 405-554.
- , "El vaso aborigen 'Dr. Castillo y Piña'", *Enciclopedia Yucatese...*, México, 1945, pp. 561-568.
- , *Arquitectura, escultura, pintura, orfebrería y lapidaria*, *Enciclopedia Yucatese*, II, México, 1945, pp. 343-404, 24 ilus. (*)
- , "Cipactonal y Oxocomo", *México Prehispánico. Culturas, deidades, monumentos* (antología de *Esta semana-This Week*, 1935-1946), Editado por Emma Hurtado, 1946, pp. 429-438.
- , "Los jeroglíficos mayas", *México Prehispánico. Culturas, deidades, monumentos* (antología de *Esta semana-This Week*, 1935-1946), Editado por Emma Hurtado, 1946, pp. 400-419.
- , "La piedra del sol. Americae Summa-Gemma", *Biblioteca Pulcherrima Americae gemarum*, N° 1, septiembre, 1946.
- , "Prehistoria de México", *Obras completas de Miguel Otón de Mendizábal*, T. I, 1946, pp. 179-222.
- , "Artes plásticas mayas", 1947.
- , "Las fechas de Xochicalco de la Piedra del Sol y del Códice Vaticano A", *Biblioteca Pulcherrima Americae gemarum*, N° 2, marzo, 1947.
- , "El genio de México y la medida del año natural según las fechas de Xochicalco, las de la Piedra del Calendario y las del Códice Vaticano A", *Esta Semana-This Week*, N° 2-9, 16, agosto, 1947.
- , "Los pueblos de la altiplanicie y su expansión en la costa del Golfo de México", *Anthropos*, vol. I, N° 1, abril-junio, 1947, pp. 11-14.
- , "Sobre la cruz de Palenque", *Universidad de México*, vol. I, N° 4, enero, 1947, p. 4.
- , "La estimación del año natural en Xochicalco, acorde con la ciencia", *Actes du XXVIII Congrès des Americanistes*, París, 1948, pp. 461-466.
- , "Prólogo", Joaquín Meade, *Iziz Centli (el maíz). Orígenes y mitología. Ilustraciones de Códices y Monumentos*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1948, pp. 7-12.
- , "El último estudio del calendario maya-mexicano de Rafael Girard", *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, T. XXIII, N° 1-2, marzo-junio, 1948, pp. 17-28.
- , *Destellos de medio siglo*, Sagitarium, México, 1948.

- , "Las yardas o puentes cósmicos de los aborígenes mayas y mexicanos", *El universo* (Órgano de la Sociedad Astronómica de México), Año XLIX de la Sociedad, N° 16, abril-junio 1951, pp. 45-52; N° 17, julio-septiembre, 1951, pp. 82-94.
- , "La rueda maya del jugador de Chinkultic, Chiapas", *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, v. 26, N° 3-4, 1952.
- , *El último estudio del Calendario Mexicano de Rafael Girard*, ABNH-R, XXVII, 1958, pp. 255-9. (*)
- , *Prehistoria de México*, Reimpresos N° 28, IIA/UNAM, México, 1981 [1953].
- , *A la gloria de la raza. EL descubrimiento de América: ¡La hazaña mayor de los siglos!, España*, por la Baronesa de Álcali, s/f, pp. 5-39.
- , *La cintura de serpientes...*, Imprenta mundial, s/f.
- , *Rafael Cabrera y su tiempo*, Grupo Literario Bohemia Poblana, México, s/f.
- , "El eclipse de la inscripción del cerro de Tenango", *Revista de la Universidad*, s/f.
- , y Alfonso PRUNEDA, *Guía de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes*, Imprenta de Manuel León Sánchez, México, 1910.
- , y Miguel Othón de MENDIZÁBAL, *Quetzalcóatl y la irradiación de su cultura en el antiguo territorio mexicano*, Monografías del Museo Nacional de Arqueología, México, 1921.
- , y Miguel Othón de MENDIZÁBAL, *El templo de Quetzalcóatl en Teotihuacán. Significación histórica del monumento*, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, México, 1921.
- , y Miguel Othón MENDIZÁBAL, *Le temple de Quetzalcóatl a Teotihuacan. Les pyramides yuxtaposées*, L'Echo du M., II-14, 1922, pp. 5-9. (*)
- , y Enrique MEYER, "La ciudad arqueológica del Tajín. Sus revelaciones", *Biblioteca de Estudios Históricos y Arqueológicos Mexicanos*, vol. 1, 1932.
- , y Wilfredo DU SOLIER, "Los petroglifos de Xilitla", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 5ª época, T. III, 1945, pp. 139-145.

* Registrados por Bernal, Ignacio, *Bibliografía de arqueología y etnografía. Mesoamérica y Norte de México, 1514-1960*, INAH, México, 1962